

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos, UCM
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2008-2009
Documento de trabajo 2008/6

LA POLÍTICA DE LOS INSTINTOS. LAS MASAS EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

RAFAEL CRUZ
Profesor titular
Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos, UCM

SESIÓN: MIÉRCOLES, 22 DE OCTUBRE DE 2008, 19 H.

Lugar: La rotonda, edificio central, primer piso
Instituto Universitario José Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

“¿De qué sirve á la multitud que se reconozca en ella una voluntad,
si no tiene para dirigirla un entendimiento?
¿De qué le sirve que el siglo le diga ¡levántate y anda!
si no sabe dónde ir, si está en tinieblas y rodeada de precipicios?
¿De qué sirve que le den la corona y el cetro de la soberanía si es masa,
y ya reciba impulso exterior, ya como un volcán le tenga dentro,
se desploma ó salta mecánicamente, aplastando con su mole
lo que cae debajo, sea malo ó sea bueno?
Si la multitud empieza á moverse, es necesario que sepa dónde camina;
si es fuerza, que sea inteligencia; porque los pobres ciegos,
de donde quiera que vengan, van al abismo”¹

“Los ídolos de las multitudes se marchitan antes que las flores”²

En 1833, Juan de Olavarría publicó una “Memoria dirigida a S.M. sobre el medio de mejorar la condición física y moral del pueblo español”, en la que propuso “pan y luces” para poner a cubierto a “las masas de la indigencia y la inmoralidad”. Enseñarles por un lado sus deberes con Dios, consigo mismas y sus semejantes y, por otro, procurarles una ocupación perenne y un trato urbano, porque servían para disciplinar “el ánimo inquieto y versátil de las masas ignorantes y menesterosas”. En esa labor “de disciplinar masas de hombres informes”, era menester la presencia de los “gefes” y reconcentrar la voluntad y el poder en una sola persona, porque “las masas preocupadas no se funden sino al calor de una voluntad reconcentrada”. Junto con los jefes, era necesario para Olavarría que las “clases afortunadas” se esforzaran y trabajaran, al ser siempre “muy eficaz el ejemplo en la educación de las masas, porque, antes de formarse bien su razón, los pueblos y los niños son meros animales de imitación”.

En su Tesis Doctoral de Derecho publicada en 1912, con el fin de explicar los “crímenes colectivos”, Álvaro Olea Pimentel expuso sus argumentos sobre la responsabilidad de las multitudes, consideradas como una “reunión de individuos con una psicología que exteriorizan con su obrar, bien distinta de la del individuo aislado”. Para ello, proponía el reparto de responsabilidad penal entre los tres núcleos diferenciados en el seno de las

¹ Concepción Arenal (1881:35). Este texto ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación “Conceptos políticos y sociales de la Modernidad en España, Portugal y Brasil”, concedido por el Programa Nacional del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica, 2004-2007, del Ministerio de educación y Ciencia (Referencia HUM2005-06556-C04-04/HIST).

² Álvaro Olea Pimentel (1912:32).

multitudes: el primero, compuesto por los “iniciadores”, esto es, las personas que imprimen “un movimiento de dirección a las masas que les siguen”; el segundo, comprendido por éstas últimas, con la atenuante –nunca eximente- del “contagio”; y el tercero, formado por los delincuentes comunes, que “aprovechan la ocasión para exteriorizar los instintos perversos que tenían escondidos”, a los que cabe asignar “agravantes de alevosía y ensañamiento, y en muchos casos los de premeditación”³.

En 2001, los historiadores Edward Acton e Ismael Saz, profesores de la University of East Anglia y de la Universitat de València, respectivamente, coordinaron un libro titulado “La transición a la política de masas”, como publicación del Quinto Seminario histórico hispano-británico celebrado en Valencia en octubre de 1999. Los editores explican en una nota que el encuentro se propuso estudiar el modo en que las sociedades de Europa occidental hicieron la “transición a la política de masas”. Se referían en esos términos a un contexto político situado en Europa desde el último tercio del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX. Entonces, en la mayoría de los títulos de las contribuciones de los catorce autores participantes, aparece el término masas, para referirse a la “política de masas”; la entrada “en la sociedad de masas”, el “nacionalismo y las masas” en España; proyectos alternativos de “la nacionalización de masas” en Europa occidental; “el dominio de las masas”...

Cada una publicada en un siglo diferente, estas tres citas ilustran la continuidad en la utilización del término masas por intelectuales de diferentes especialidades en la España contemporánea. Al comparar sus contenidos, en estas párrafos se revela además la pluralidad de acepciones y, aunque de manera muy superficial, indica la existencia de una trayectoria o recorrido de los significados de la expresión, al hacer referencia a distintas facetas de los procesos políticos y sociales.

En este texto se explora el origen social del concepto de masas, las primeras referencias, sus características y elementos, los cambios en ellos y la pluralidad de significados en su trayectoria por la España contemporánea, hasta su pérdida relativa de vigencia en el lenguaje empleado para nombrar a los protagonistas de los enfrentamientos en la última década del siglo XX. En el marco de la política de enfrentamiento para legitimar las posiciones políticas propias y deslegitimar las posiciones de los adversarios, el uso de la expresión “masas” -como las de pueblo, anarquistas, socialistas, elite, fascistas o reaccionarios, por poner sólo algunos ejemplos- respondió a una lucha constante por el reconocimiento de un determinado contenido

³ Álvaro Olea Pimentel (1912: 60-61).

semántico de los nombres y de los propios nombres adscritos por diferentes grupos a los protagonistas de los enfrentamientos pasados, presentes y potenciales⁴.

Su uso corresponde a una interpretación o argumento, en forma de imagen, metáfora y lugar común, de las relaciones sociales y, en concreto de una parte de ellas, la política. Son representaciones lingüísticas de los protagonistas. El lenguaje de masas fue utilizado para designar siempre la posición de “otros”, ya que los autores casi nunca se sintieron concernidos ni integrados en la masa.

La expresión “masas” sugiere en términos generales un tipo de política en un periodo –el de los dos últimos siglos- de la democratización de los regímenes políticos. La política vinculada al concepto de masas puede definirse como “la política de los instintos”. Al decir de los diccionarios, el instinto es un móvil atribuido a un acto, sentimiento, etc., que obedece a una razón profunda, sin que se percate de ello quien lo realiza o siente. Representa una reacción constante, maquinal e indeliberada de un organismo frente a un estímulo, que no requiere práctica ni deducción alguna, al contrario del modo de obrar inteligente caracterizado por el ensayo y la experiencia. Pavlov denominó a esa reacción acto reflejo condicionado. Las masas fueron detectadas siempre por su exclusiva reacción instintiva. Al vincularse con un lenguaje de “masas”, los instintos se entendieron dirigidos en política como en el campo de batalla, para avanzar y triunfar sobre el enemigo.

Expuestos en la trayectoria de estos dos últimos siglos, los distintos significados del concepto de masas se originaron como representaciones de experiencias propias y a partir de la difusión de interpretaciones ajenas. Así, desde su origen en las nuevas estrategias militares de las constantes guerras europeas, el concepto se asoció con una visión cíclica de la historia contemporánea, en particular con la fase de decadencia y crisis, una idea muy extendida en el pensamiento occidental desde la Revolución Francesa. Enlazó también con una visión lineal, a través de la concepción de una nueva era -el hombre nuevo, producto de la revolución proletaria y de la construcción del socialismo, desde la segunda década del siglo XX. Se vinculó además con los cambios jurídicos promovidos por las corrientes antiabsolutistas, al eliminar las barreras y obstáculos sociales del Antiguo Régimen. Se relacionó así mismo con la concentración de la población en ciudades en un proceso de urbanización que a escala simbólica y material resaltaba la imagen de una población, cada vez más visible y activa, como sujeto competidor por la soberanía. De esa manera, el concepto, por fin, se asoció a la política, al lenguaje de la competencia entre los distintos grupos por adquirir poder político.

⁴ En la búsqueda de referencias históricas sobre las masas me he beneficiado del esfuerzo de la Real Academia Española, al situar numerosas publicaciones de los siglos XIX y XX con texto completo en su dominio de internet. La pena es que algunos textos aparecen sin numeración de página.

En casi toda su extensión, el concepto a estudiar posee tres dimensiones: la categoría del sujeto movilizador; la naturaleza de las relaciones sociales en su conjunto, y de la cultura en particular; y el carácter de la acción política. De esos ámbitos se extraen tres expresiones: Masas, Sociedad Masa –o de masas- y Política de Masas. Junto con ellas, existen unas expresiones adjuntas, integradas de manera relativa en el concepto de masas como su complemento. Son elites, caudillos, jefes, líderes, directores, conductores... Al incluir esta diversidad de términos, llama la atención en seguida la posible variedad de sus significados, al igual que los anteriores “masa” y “masas”, así como multitud y, en menor medida, muchedumbre. De la misma manera ocurre en otros idiomas con mass, masses, massen, crowds, foules, etc. En este texto se sigue la opinión de una parte de los estudiosos que defienden la indistinción en el uso de masas y multitudes por parte de los protagonistas⁵. Para masa y masas, en cambio, mis reservas son elevadas, al considerar que los significados de cada una de las expresiones son distintos en determinados contextos.

Y para continuar con las precisiones y advertencias, una más. El intento de un análisis sistemático del concepto de masas puede turbar la inconsistencia real de su uso. Al asociarse parte del lenguaje de “masas” con intelectuales de prestigio y al resaltar la variedad de explicaciones y significados puede desembocar en una paradoja: otorgar a “masas” una coherencia que oculta sus contradicciones y sus tópicos.

La fuerza del número y de la densidad móvil en los campos de batalla

Masa se refiere en latín a la pasta de harina con la que se fabrica el pan. Fácil es destacar de ella su naturaleza homogénea y compacta, su desabrimiento, inmadurez y crudeza, a la sazón inútil sin un cocimiento o acabado, por eso dependiente, en definitiva, de un trato realizado con habilidad, dominio y técnica.

Tales significados adscritos a la palabra masa, debieron pesar, sin duda, en la utilización de esa expresión a la hora de nombrar la novedosa formación cerrada de la infantería creada por Federico II de Prusia. La formación en masa obedecía al propósito de desgastar a las fuerzas enemigas en el campo de batalla de la guerra de los Siete Años, entre 1756 y 1763. El rey mejoró la instrucción de sus soldados e indujo a formar a los mosqueteros en tres filas capaces de sostener el mismo ritmo ininterrumpido de fuego que antes había logrado el ejército de Mauricio de Nassau formado de diez en fondo⁶. Otro de los rasgos originales del rey Federico fue el acrecentamiento de la disciplina de su infantería que permitía la realización de maniobras de ataque de las

⁵ Sandor Halebsky (1976: 32); Howard N. Tuttle (1996: 109). El título del libro de la tesis doctoral en alemán, de Robert E. Park, *Masse und Publikum*, fue traducido al inglés como *The Crowd and the Public*.

⁶ Geoffrey Parker (1990: 200)

formaciones en masa a dos pasos de sus enemigos, circunstancia que en otros ejércitos hubiera conducido al caos.

La formación en masa fue una innovación que se extendió por los ejércitos europeos de finales del siglo XVIII, en compañía del crecimiento increíble del número de soldados en batalla. La guerra se desplegaba en un plano por completo distinto hasta una década antes, hasta el punto de transformar su escala. Desde entonces –señaló Alexis de Tocqueville- se dio la victoria en todos los campos de batalla a la fuerza numérica:

“Al ser el número la razón determinante de la victoria, resulta que cada pueblo ha de intentar con todas sus fuerzas llevar al campo de batalla el mayor número posible de hombres... Cuando era posible reclutar tropas más efectivas que todas las demás, como la infantería suiza o la caballería francesa del XVI, no se juzgaba necesario poner en pie grandes ejércitos; más no ocurre así cuando todos los soldados son semejantes”⁷.

A la hora de escribir sobre el arte de la guerra en las primeras décadas del siglo XIX, fue habitual incluir el término masa o masas para designar un número elevado de soldados a los que, mediante la habilidad de un jefe supremo, se podían desplegar con celeridad. “Las masas que se baten”, “las masas enemigas”, “sobre las masas compactas y crecidas”, “despliegue de las masas”, “la unión de los individuos constituye la fuerza de las masas”... son ejemplos de la sustitución del término soldados, compañías, destacamentos y demás nombres alusivos a la organización militar, por la nueva expresión de “masas”⁸. Durante la guerra peninsular en España, incluso, la prensa antinapoleónica expuso un significado más avanzado de masas militares:

“La España ni ha tenido ni tiene ejércitos. Existe desde el comienzo de la revolución una porción de hombres reunida por el tumulto, sin orden ni disciplina; la necesidad, la avaricia, la preponderancia hicieron que esas masas tuviesen como directores a sujetos sin principio alguno del arte militar, avaros de honores que no merecían... ha sido desgracia entre tantas juntas como se formaron haber sido rara la que se valió de los hombres de mérito”⁹.

He aquí la noción de masas relacionadas con la indisciplina, el desorden y el tumulto, así como su dependencia de personas principales que pueden o no saber conducir las y encauzarlas, en este caso, con propósitos militares. En este último texto las personas principales se llaman “directores”, un término utilizado de manera frecuente a partir de entonces con relación a las personas o grupos que conducen a las masas. Éstas y los directores eran interdependientes, sin existencia autónoma de ninguna de las dos partes.

⁷ Alexis de Tocqueville (2005 [1835]: II,361).

⁸ Evaristo San Miguel (1990 [1826]). También en, Juan Romero Alpuente (1989[1834]; 1989 [1834])

⁹ *Semanario Patriótico*, 11 de abril de 1811.

Pero no solo se usará la expresión director, pues convivirá desde el mismo principio con la de “caudillo”.

De la misma manera que el término masas comenzó a ser utilizado en la estrategia militar en el marco de las transformaciones de la guerra, el de caudillo procede del mismo ámbito. El Diccionario de Autoridades de 1729 señala que es aquel “que guía, manda y rige la gente de guerra siendo su cabeza y que como a tal todos obedecen”. El de la Real Academia Española añade a la anterior acepción a fines del siglo XVIII “el que es cabeza o director de algún gremio, comunidad o gentes”. El caudillo, pues, fue tratado como jefe militar que gobernaba masas en los campos de batalla: “mandar grandes masas de esta clase, saber conducir las a toda especie de peligros, es un privilegio concedido a pocos”. Desde finales del siglo XVIII y, sobre todo, con las guerras napoleónicas, sin embargo, debido a situaciones críticas como la guerra peninsular en España, el caudillo militar pudo ponerse al frente de un gobierno o competir con él. El término caudillo, de esa manera, añadió a su acepción militar, la de jefe de masas civiles. Napoleón será “caudillo de la democracia por excelencia” porque “cuán grata es a los pueblos la dominación absoluta de un caudillo de la democracia”¹⁰.

En los años alrededor de 1800 la palabra masa o masas en el ámbito civil fue de uso muy limitado. Edmund Burke y Thomas Malthus en Gran Bretaña, y Juan Menéndez Valdés, el *Filósofo Rancio* o Agustín de Argüelles en España, utilizaron el vocablo como volumen o conjunto de personas en contraposición a personalidades o grupos reducidos. Se encontraban lejos, por lo tanto, de otros significados más concretos que fueron apareciendo conforme se producían cambios jurídicos y políticos, entre los que destacaron los relativos a la representación y la participación.

Un rebaño de animales

A pesar de la refundación “policial” del sistema de Estados europeos con el fin de las guerras napoleónicas, la intervención militar y política de Bonaparte en numerosos países desembocó a corto y medio plazo en una oleada de cambios políticos en buena parte del continente. El periodo que dio impulso al romanticismo se encontró repleto de revoluciones, revueltas, constituciones, guerras regionales, manifestaciones, tumultos, ataques a bienes, cambios de dinastía, nacionalismo, etc. En ese contexto de amplia movilización y cambio político durante los treinta años posteriores al Congreso de Viena los intelectuales realizaron, además, un balance de lo ocurrido antes en Europa y América. Las revoluciones americana y francesa, además del encumbramiento del Parlamento en Inglaterra, fueron interpretados a la luz de la amplia movilización de la

¹⁰ El privilegio, en E. San Miguel (1990 [1826]: 444). El caudillo de la democracia, en Antonio Alcalá Galiano (1984 [1843]: 335).

población, las nuevas capacidades de los dirigentes y la profundidad de las transformaciones políticas. Apareció un verdadero catálogo de consejos para quien quisiera escucharlos, en advertencia de un porvenir con certidumbre de peligro. El pesimismo –encabezado por Arthur Schopenhauer- se adueñó en general del pensamiento político, al imaginar la pérdida de sentido de lo sagrado. La revolución era, a la vez, un nombre paladeado con miras a saborear el derrumbe de lo antiguo, y se publicaron decenas de recetas con los ingredientes y las proporciones de crítica e innovación para el presente. El pesimismo se adueñó también de este pensamiento político al constatar la cortedad y lentitud de los gobernantes para realizar los cambios más osados.

Todo ello se enmarcó en lo que podría denominarse una interpretación romántica de la política. La explicación, en concreto, de las posiciones de los individuos en las cambiantes relaciones sociales se vistió con un ropaje romántico. Resultó habitual el uso de la imaginación como fuente de conocimiento y tolerancia de la cruda realidad, la inspiración y los impulsos para actuar, el espontaneísmo en la toma de decisiones para alcanzar lo inasequible, las visiones de totalidad, de decadencia¹¹.

Para los románticos en esta época se había asistido al fin de la tradición centrada en la jerarquía social. Aunque Proudhon creía que lo nuevo aún no había nacido, afirmaba asistir a lo que llamó “la disolución”. El principio aristocrático había sucumbido ante la propuesta y consecución de la igualdad de los hombres. “Hemos destruido –señaló Alexis de Tocqueville- una sociedad aristocrática, y al detenernos con complacencia entre los restos del antiguo edificio, parece como si quisiéramos quedarnos allí para siempre”. En apropiación de la metáfora utilizada por Vilfredo Pareto, la historia comenzaba a convertirse en un “cementerio de aristocracias”. En su lugar, se había producido la nivelación, la igualdad de condiciones, el hecho más trascendente, del que parece derivarse cada hecho particular, en palabras de Tocqueville. Con la nivelación ya no existían clases ni castas, las barreras alzadas entre los hombres se abatían¹².

El principio aristocrático había sido sustituido por la democracia, una forma de poder compartido por hombres iguales, trasunto ilustrado de la opinión pública, de donde emanaba la soberanía y sostén a la vez de la igualdad de los hombres liberados de la cadena jerárquica propia del Antiguo Régimen. La imaginación romántica, bien es cierto, no fue en una única dirección a la hora de anhelar una ubicación ideal de esos individuos que rompieron sus cadenas sociales, ya que por un lado, se glorificó al

¹¹ Vicente Llorens (1979).

¹² Proudhon, en Bernard Rosenberg y otros (1964: 2); Vilfredo Pareto (1966: 74). A. de Tocqueville (2005: I, 29,37-39).

individuo libre, al mismo tiempo que se ensalzó la unión orgánica en forma de comunidad¹³.

Pero los ideales románticos implicaban una denuncia centrada en el pesimismo, en la noción de crisis y en el escaso encanto de la vida política o en el pavor por su desarrollo. El individuo libre no acababa de ser el soberano de la sociedad, y la comunidad local, nacional o popular estaba aún por construir. Como señaló Juan Donoso Cortés, “la aridez de los hechos debe revestirse con el encanto de las invenciones, y la amable sonrisa de la fábula puede hacer interesante la verdad”. Con esta máxima, entre los dos ideales, los románticos inventaron un sujeto social, compuesto de hombres urbanos, indiferenciados, extraños y aislados entre sí, producto de la desintegración y desorganización sociales, además de la democracia, seducidos y entregados ciegamente a las pasiones, flojos en sus costumbres, embriagados por su nuevo poder y tutelados por un amo. Al agregado de esos tipos de hombres imaginados así por los románticos, ellos mismos le pusieron el nombre de masa o masas, al trasladar un término de uso militar a las relaciones sociales y su movimiento político. Todo ello lo resumió Tocqueville en este párrafo:

“Cuando un pueblo tiene un estado social democrático, es decir, cuando ya no alberga en su seno ni clases ni castas y todos los ciudadanos son poco más o menos iguales en saber y fortuna, el espíritu humano marcha en sentido contrario. Los hombres se asemejan, y en cierto modo, les hace sufrir la idea de no parecerse. Lejos de querer conservar lo que todavía puede singularizar a cada uno de ellos, sólo aspiran a perderlo para confundirse en la masa común que es, a sus ojos, la única que representa el derecho y la fuerza”¹⁴.

Tal imagen incluía la tutela de la masa por medio de dirigentes, que según Tocqueville se asemejaría a la autoridad paterna si tuviera como función preparar a los hombres para la edad adulta, pero, por el contrario, su objetivo consistía en fijarlos en la infancia, moldear a cada individuo a su gusto y

“después de tomar de este modo uno tras otro a cada individuo en sus poderosas manos y de moldearlo a su gusto, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera; cubre su superficie con una malla de pequeñas reglas complicadas, minuciosas y uniformes, entre las que ni los espíritus más originales ni las almas más vigorosas son capaces de abrirse paso para emerger de la masa; no destruye las voluntades, las ablanda, las doblega y las dirige; rara vez las obliga a obrar, se opone constantemente a que se obre; no mata, impide nacer; no tiraniza, pero mortifica, reprime, enerva, apaga, embrutece y reduce al cabo a toda la nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos cuyo pastor es el gobierno”¹⁵.

¹³ Leon Bramson (1965: 37).

¹⁴ J. Donoso, en Iris M. Zavala (1988: 50). A. de Tocqueville (2005: II, 360).

¹⁵ *Ibidem*, II, 405.

Los directores eran tan necesarios para gobernar la masa, como en el ejército los jefes militares para dirigir las masas hacia el ataque. En el ámbito civil, los gobiernos y las “clases inteligentes” eran los guías que “capitaneaban las masas”. Era la minoría dominante de Henri de Saint Simon, situada por encima de las masas sometidas y contrapuestas a ellas¹⁶.

Con todos estos ingredientes, Tocqueville afianzó ya a mediados de los años treinta del siglo XIX una imagen de las relaciones sociales de la masa y expuso sus orígenes y rasgos fundamentales –incluida la práctica de la manipulación de los jefes sobre las masas-, dotándole de poder social y político. La desintegración social originada por las revoluciones antiabsolutistas consistía en el fin de la jerarquía social promovida por la aristocracia y su sustitución por la igualdad jurídica y política entre los hombres. Esa nivelación creó un agregado de personas a quien se llamó masa o masas, conducidas –manipuladas- por una minoría. La masa era la fuente mediocre de los gobiernos, la que se representaba a sí misma como el centro de las relaciones sociales y poseía el derecho y la fuerza. La masa era consustancial a la democracia. Se le adscribió desde entonces un comportamiento centrado en los instintos, las pasiones, la falta de voluntad propia, de razón, de responsabilidad, dependiente de unos conductores, que manipulaban a su antojo a las desindividualizadas masas¹⁷.

El convite al festín de la soberanía

Si así se imaginaban las relaciones sociales en otros países europeos, los románticos españoles no fueron una excepción. El contacto de los intelectuales españoles con la filosofía política europea fue directo y permanente a través del exilio en las dos etapas de la restauración fernandina. Además, las experiencias políticas españolas en los primeros años veinte y, sobre todo, durante toda una década después de la muerte de Fernando VII, fueron de una riqueza en verdad notable. La conflictividad social y política, los cambios de régimen, la diversidad e intensidad de los enfrentamientos y la emergencia de una fuerte competencia política entre variados actores, representaron un laboratorio muy significativo para que filósofos, periodistas, novelistas, dramaturgos, poetas y dirigentes políticos divulgaran imágenes de los cambios sociales.

Ya en los años veinte pudo adaptarse al ámbito político en España la palabra masa o masas -hasta entonces de carácter militar-, para nombrar el conjunto de la

¹⁶ En James Meisel (1975: 9).

¹⁷ Además de A. de Tocqueville, expusieron de forma casi simultánea este concepto de masa Soren Kierkegaard (H. Tuttle, 1996: xii y xiii), Charles Mackay (Sussana Barrows, 1981: 44). Unos años después, Karl Marx y Friedrich Engels (1975[1848]), y John Stuart Mill (L. Bramson, 1965: 37). J. Dubois sitúa la generalización del término masa y masas en Francia en los años inmediatos a la caída del rey Carlos X, en 1830 (M^a Paz Battaner, 1977: 147).

población, incluso para colaborar en la definición de la opinión pública. Fue en los años treinta, sin embargo, cuando la intensidad del fragor político y el esplendor del romanticismo español, facilitaron la introducción del concepto en las interpretaciones sobre las relaciones sociales y la política de una manera mucho más elaborada¹⁸.

Los románticos españoles adoptaron también un lenguaje de pasiones y sentimientos, de metáforas; reivindicaron la imaginación para entender una realidad sin límites, el subjetivismo, la vaguedad e indeterminación de la forma, el misterio; hablaron de los nuevos dioses humanos en el seno de una sociedad de personas iguales, desindividualizada; y se dividieron en los partidarios de la exaltación del Altar y el Trono, nostálgicos de un tiempo pasado en estado de crisis, y los defensores de las transformaciones sociales y económicas en busca de la igualdad y la libertad, del progreso, desencantados por la mediocridad de los gobiernos. El pesimismo romántico se convirtió en una manera de contemplar el devenir de la sociedad. La decadencia transcurría en la ciudad ojeada como un cementerio, con casas en forma de nichos, calles como sepulcros y peatones de urna cineraria¹⁹.

Procedente del gusto por la utilización de metáforas, como la del cementerio, se impuso el término “masas” para nombrar a una parte de la sociedad, imaginada inconsistente, vaga, informe y misteriosa, compuesta de hombres y mujeres con los atributos del noble salvaje moldeado por caudillos. En la imaginación romántica, las masas y los caudillos salían del ejército para ocupar las relaciones sociales en su conjunto, con un poderoso toque de corneta en forma de:

“palabras que, como las voces de mando o los toques de ordenanza de un ejército, tienen el poder de imprimir a las masas movimiento, marcha y dirección; de hacer que, al oír las, la sociedad se conmueva, y evolucione, y gire, y vuele, a su son, a la conquista, a la victoria, a la felicidad, a la gloria; otras veces también a la muerte y al exterminio”²⁰

Como las masas de soldados en el ejército, las nuevas masas no tenían autonomía social y llevaban incorporado a su propio ser la presencia de sus directores. Esa relación era necesaria porque las masas se asemejaban al noble salvaje colectivo. En contraposición al lobo de Hobbes, Rousseau fue un precursor del romanticismo al inventar un ser humano en estado de naturaleza, carente de moral, sin vicios ni virtudes. Esta noción fue mantenida por los románticos posteriores al adscribirla a las masas. Su inconsciencia, en permanente minoría de edad, su ignorancia... corrían parejos con su buena índole, su nobleza, cordura y de más felices instintos que cualquier otra

¹⁸ Para los años veinte, Juan Romero Alpuente (1989 [1821]; 1989 [1822]); *El Imparcial*, 7 de febrero de 1822.

¹⁹ La metáfora del cementerio es de Larra (V. Llorens, 1979: 367-368). José Luis Abellán (1984: 246); V. Llorens (1979: 159); Iris M. Zavala (1972: 160); M^a Paz Battaner (1977: 147).

²⁰ Nicomedes Pastor Díaz (1996 [1841]: 108).

naturaleza social. “No hay que desdeñar los instintos de las masas como trivialidades”, porque eran los instintos los que pertenecían a las masas, en contraposición con la búsqueda científica a cargo del hombre individual; a las masas pertenecía el sentimiento, y el conocimiento al individuo. No eran seres sociales, al estar faltos de inteligencia y libertad. Eran meros animales de imitación²¹.

Con tales mimbres, a las masas les correspondía sólo la sanción de la iniciativa llevada a cabo por los caudillos, quienes las dirigían. Entre los románticos, las masas se hallaban sujetas al influjo de estas personas, por lo general ilustradas, pertenecientes a las “clases inteligentes”, o con influencias en la jerarquía política. Abarcaban desde los monarcas –los caudillos de los privilegiados o de la nación-, los jefes de los partidos, los clérigos, los insensatos demagogos, los tiranos, los déspotas, los miembros de las Juntas, a los que iban las masas a buscar a los cafés y, en general, “aquellos que tienen sobre sí la terrible y honrosa responsabilidad de dirigir las”²².

¿Y qué debían hacer esos hombres con las masas? Algunos pensaban que lo principal era su reforma moral y material: ilustración y subsistencia. Pan y luces. Una labor primera de moralización, con el fin de “evitar los delitos por su ignorancia y malicia”, para lo que era necesario “escribir buenos libros de moral y propagarlos entre las masas para que conozcan su fatal extravío”. Había que disciplinar a las masas de hombres informes y rehacer su organización moral, debido a su sensibilidad hacia las impresiones fuertes. Sacarles de su atraso, de la ociosidad, indigencia e inmoralidad en la que se encontraban. “¡Cuándo lograremos siquiera que las masas sepan leer!”, exclamaba Modesto Lafuente²³.

Todos estos eran pensamientos difundidos por los dirigentes políticos liberales y socialistas. Mientras que algunos de ellos señalaban que la educación de las masas no podía confiarse a los jesuitas, los más tradicionalistas, en cambio, denunciaban que la ilustración centrada en la razón embrutecía a las masas, en completa ignorancia de sus deberes como hombres y cristianos. Para esta corriente política las masas españolas representaban también al noble salvaje, al conservar “con más calor y pureza en el corazón el sentimiento religioso tan noble y elevado”, como una especie de adscripción innata a su naturaleza. Para los partidarios del Trono y del Altar las masas eran tradicionales, como reconocían también algunos de sus oponentes políticos, al ser impenetrables para el mundo moderno; retrógradas, incluso, mientras no fueran

²¹ Wenceslao Ayguales de Izo (1969 [1850]); N. Pastor Díaz (1996 [1841]); Nicasio Camilo Jover (2003 [1856]); Juan Donoso Cortés (1984 [1836]); *El Popular*, 31 de Julio de 194. La frase entrecomillada, en N. Pastor Díaz (1996 [1845]).

²² Ramón Mesonero Romanos (2003 [1838]: 491). La frase entrecomillada, en *La Iberia*, 23 de Agosto de 1854.

²³ J. Romero Alpuente (1989 [1834]); Ramón de la Sagra (1970 [1840]: 73); Sixto Cámara (1970 [1849]: 226-227); Modesto Lafuente (1842: 270); Juan de Olavarría (1988 [1833]: 74, 36); N. Pastor Díaz (1996 [1848]); *El Guardia Nacional*, 7 de Enero de 1840; *El Genio de la Libertad*, 10 de Diciembre de 1839; *El Popular*, 25 de Diciembre de 1841.

instruidas, “porque no pueden hablar a su corazón sino los hábitos y los recuerdos enlazados con los intereses antiguos entre los cuales y los nuevos no hay transacción posible”²⁴.

Las masas se encontraban desencantadas, desvalidas, desatendidas, en zozobra y postergadas²⁵, pero al mismo tiempo desde diferentes posiciones políticas se reclamaba, reconocía, cuestionaba o rechazaba para ellas la soberanía, el poder. El poder del número, de la fuerza, entonces también del derecho. Una nueva forma de despotismo para las posiciones más conservadoras, y el sustento de la igualdad social, para el campo contrario. Porque en este caso, el concepto de masas equivalía a la expresión pueblo, al adscribirle los mismos rasgos que se han destacado en este texto hasta aquí:

“El poder constituyente de las masas se deriva de la teoría social que supone a las naciones formadas por la voluntad de los asociados, que supone al poder común existente por la cesión individual del poder y los derechos de los particulares. Los hombres, según esta doctrina, han vivido originariamente, o por lo menos han podido vivir, en un estado de aislamiento y de independencia absolutos, a que sus sostenedores llaman estado de naturaleza; y de ese al de sociedad han pasado por medio de un pacto...”²⁶.

Y en la versión más cercana a pueblo se utilizaba en forma de síntesis la fórmula masas populares. Los dirigentes e intelectuales, como Juan Donoso, que rechazaban al pueblo como soberano lo llamaban masas populares, que “todo lo inflama y todo lo conmueve”. La soberanía de las masas populares era un nuevo despotismo del hombre que quería representar el papel de Dios. Otros aclaraban que la soberanía de las masas no debía confundirse con la del pueblo, ya que éste se componía de hombres libres e iguales. En todo caso, al incluirse en el concepto de masas la existencia de sus jefes, la soberanía de aquellas se juzgaba problemática, por no poder ser nunca ejercida por ellas mismas, sino por sus valedores:

“El país teme esa amplitud contraproducente de derechos políticos que, llamando aparentemente a su ejercicio a las masas, y dando, en realidad, toda la influencia a los pocos que las corrompan o acaudillen, levante en el país un feudalismo electoral más repugnante que el de los barones de la Edad media. El país teme que un partido que no ha desechado sus hábitos de agresión y fuerza, empleará en las elecciones los medios de intimidación, que, falseando la opinión pública, debilitan el

²⁴ *El Pensamiento de la Nación*, 22 de Abril y 14 de Diciembre de 1850; *El Salmantino*, 3 de Marzo de 1843; *El Genio de la Libertad*, 8 de Diciembre de 1839.

²⁵ Joaquín María López (1987 [1840]: 29, 133); *El Genio de la Libertad*, 10 de Diciembre de 1839; *El Eco del Comercio*, 23 de Agosto de 1844.

²⁶ Joaquín Francisco Pacheco (1984 [1845]).

prestigio de la representación parlamentaria mucho más que los culpables manejos del poder”²⁷.

Masas y Pueblo se confundían a veces en la terminología y también en los rasgos adscritos a cada una de los conceptos, al trasladarse los de masas a pueblo, resultando a la postre intercambiables. La expresión masas, asimismo, la utilizó Mesonero Romanos como sinónimo de público o de “la parte del público que en el diccionario moderno solemos llamar las masas”, integradas de modestos empleados, comerciantes y artesanos. Las masas se identificaron también con el conjunto de los trabajadores, al aparecer muy temprano el término “masas proletarias” y “masas trabajadoras”. Ya Larra utilizó el primer término y apostillar “como se diría en el día”, y Bretón señalaba en una línea de exaltación romántica que “el vapor, ese omnipotente resorte de la moderna civilización, ese maravilloso agente universal de la novísima industria”, se había convertido en el “defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias”²⁸.

Liberales y tradicionalistas, al unísono, utilizaron el término masas para competir en política. En concreto, exigían en la prensa que se renunciara a halagarlas, excitar sus pasiones, inflamarlas o levantarlas, al mismo tiempo que se resaltaba el peligro de “despertar en las masas irreflexivas un sentimiento de indiferencia”²⁹. Porque había masas progresistas o progresivas, masas carlistas y las masas de todos los partidos. Estas adscripciones se realizaron en el contexto de la guerra carlista y justo a su término, periodo en el que junto con el enfrentamiento de las masas de sus respectivos ejércitos, se originó también una lucha por deslegitimar o legitimar a los dirigentes y seguidores de cada bando, así como la aparición de la misma pregunta anterior ¿qué hacer con las masas?, esta vez, armadas o en bullanga.

La seriedad del problema para los intelectuales y dirigentes políticos contemporáneos procedía de la propia imagen de las masas en acción, expuesta por Espronceda: la “grave masa del pueblo” ondeaba como “las copas de un bosque de palmas azotadas por el huracán”. El viento ingente que todo lo puede –es decir, la conjunción de jefes e instintos y pasiones- convertía a los hombres y, sobre todo a las mujeres, en masas, al moverse al unísono como palmas de un lado para otro, en alboroto, confundidos todos, con gritos, atropellos, mostrando su ira. La furia de las masas³⁰.

²⁷ El feudalismo electoral, en N. Pastor Díaz (1996 [1845]). En el párrafo anterior, J. Donoso Cortés (1984 [1836]: 62); *El Constitucional*, 13 de Agosto de 1837.

²⁸ R. Mesonero Romanos (2003 [1842]). Mariano José de Larra (2000 [1836]); Manuel Bretón de los Herreros (1884 [1843]). También, en *El Guardia Nacional*, 19 de Junio de 1840; y por supuesto, las nombra R. de la Sagra (1970 [1849]: 87).

²⁹ *El Guardia Nacional*, Noviembre de 1837 y 2 de Septiembre de 1840. El despertar, en *El Constitucional*, 10 de Diciembre de 1839.

³⁰ José de Espronceda (2000 [1834]).

El romanticismo tradicionalista imaginó esta furia –en la metáfora del Duque de Rivas- como un mar embravecido. El romanticismo revolucionario, tal y como lo expuso Larra, imaginaba esta furia sin rumbo como manifestación de la libertad de ir a ninguna parte, pero también por la ausencia de figuras sobresalientes que pudieran dirigir a las masas:

“Libertad en política, sí; libertad en literatura, libertad por todas partes; si el destino de la humanidad es llegar a la nada por entre ríos de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad; libertad para recorrer ese camino que no conduce a ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los pies destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan”³¹.

Una furia, además disculpable, ya que las masas se agitaban y se conmovían por motivos justos, y los excesos partían de un origen noble, al fundarse en algún sentimiento generoso. La responsabilidad de la furia se encontraba en la intervención de los insensatos demagogos, en el mal gobierno o en la desigualdad³².

De ahí que el papel desempeñado por las clases inteligentes fuera determinante a la hora de sofocar o impulsar el huracán. Moderados, progresistas y tradicionalistas se acusaban mutuamente de agitar a las masas. Para los primeros, las masas populares estaban sujetas al influjo de quienes las dirigían y, por lo tanto, delante de ellas, arrojadas a la carrera del desorden y la rebelión, se encontraba gente que las inflamaba para amenazar “al poder con la furia de la multitud”. Para los progresistas, las masas carlistas, excitadas por el clero, eran masas de rebeldes, cafres y facciosas. Para la corriente opuesta, las masas denominadas revolucionarias, aduladas y arrastradas por los demagogos, se encontraban embrutecidas por la ignorancia de la fe y la religión³³

Los intelectuales y algunos dirigentes políticos entendieron después de la primera guerra carlista que las masas debían ser gobernadas por caudillos con un poder “poco limitado”, ya que la muchedumbre agradecía la “dominación absoluta de un caudillo de la democracia”; esto es “que cuente con el apoyo de verdaderas masas, de masas cuya sola mirada, cuanto más su acción, sea capaz de aniquilar a las facciones más turbulentas y desorganizadoras”³⁴.

En la misma estela de las propuestas de Alexis de Tocqueville, resultaba claro que para los románticos la existencia y el poder de las masas implicaba la presencia de jefes o caudillos, surgidos de los hombres ilustrados. El problema residía en que éstos

³¹ En J. L. Abellán (1984: 287). Rivas, en V. Llorens (1979: 505).

³² Wenceslao Ayguals de Izo (1969 [1850]: 755); Sixto Cámara (1970 [1848]: 174); y en Ramón de la Sagra (1970 [1840]: 72).

³³ *El Guardia Nacional*, 9 de Marzo y 2 de Septiembre de 1840; N. Pastor Díaz (1996 [1845]); *El Constitucional*, 3 de Septiembre de 1837; *El Pensamiento de la Nación*, 17 de Abril de 1844; *El Áncora*, varios días de 1850.

³⁴ A. Alcalá Galiano (1984 [1843]: 129); *El Pensamiento de la Nación*, 14 de Agosto de 1844.

podieran encauzar, conducir a las masas en el contexto de un sistema estable. No eran las masas –por ignorantes o retrógradas- las que debían gobernar, tampoco la aristocracia podía ser poder directivo y moderador. Era en las clases inteligentes donde residía la verdadera opinión pública, al reclamar los derechos de la libertad individual y de la propiedad privada. El mérito y el talento compondrían la nueva jerarquía social³⁵.

La igualdad jurídica, se afirmaba, había destruido toda jerarquía aristocrática, al mezclarse y confundirse todas las clases. Se había creado una nueva sociedad –que Mesonero Romanos simbolizaba en el porte del gabán-, en la que el hombre –en metáfora de Bécquer- se asemejaba a una rueda de la gran máquina. Todo ello representaba que:

“El espíritu de clase, de provincia, de corporación, todos esos centros particulares de fuerza, que si embarazaban alguna vez la acción de los gobiernos, muy a menudo la auxiliaban y suplían; destruidos con suspicaz empeño, han ido a absorberse en un centro general, buscándose la uniformidad en la inercia; y como si las naciones hubieran de amasarse, se ha procurado desmenuzarlas primero hasta reducir las a polvo. Así pues no existen pueblos sino masas descompuestas en elementos y no en grupos, y de la nación al individuo apenas existe unidad intermedia. Fuera del gobierno no hay más individualismo”³⁶.

Entre la década de los años treinta y cuarenta del siglo XIX la expresión “las masas” –y no tanto, “la masa”- era de uso común en España. Constituía una metáfora de las relaciones sociales, con la que definir la imagen de decadencia, la competencia política y el propio poder, tras la desaparición del absolutismo con la muerte de Fernando VII. Una metáfora política pura imaginación romántica, tomada en préstamo del ámbito militar y alimentario, inventada con un paquete de rasgos adscritos. Entre ellos destacaron el origen de las masas en la descomposición social; su homogeneidad basada en la igualdad recién nacida; su carácter salvaje e infantil; furibundas en su movimiento de inercia; y dirigidas por jefes o caudillos, aludidos con ese último nombre con profusión. A partir de entonces fue posible acusar a los viejos y nuevos rivales políticos de “halagar” o “agitar” a las masas como estrategia revolucionaria o reaccionaria. Las masas no eran nada por sí solas, pero su miseria social se remediaba con la intervención del jefe o el caudillo. Ellos las convertían en la fuerza del número. Se inauguraba así la ficción de la “política de los instintos”, porque movilizar a las masas significaba situar las pasiones –bajas, a veces- entre los recursos para influir en el poder y crear conflictos. O’Donnell denunció en 1856, por ejemplo, que “el socialismo” se filtraba en

³⁵ *El Genio de la Libertad*, 8 de Diciembre de 1839; N. Pastor Díaz (1996 [1841,1848])

³⁶ La cita, en *El Áncora*, de Barcelona, 12 de Enero de 1850. Mesonero Romanos y la rueda de Bécquer, en I. M. Zavala (1988: 174 y 176).

“nuestras masas” porque las halagaba, y esas ideas día tras día acabarían por desembocar en terribles conflictos³⁷.

Aunque se incorporarán otros, serán sustituidos algunos de ellos y, sobre todo, serán distintos por los diferentes contextos políticos por venir a los que aludirán, los principales significados de “las masas” y de la “sociedad masa o de masas” se hallaban fundados a mediados del siglo XIX.

Una bestia salvaje

Los intelectuales y los dirigentes políticos europeos, sin embargo, no descansaron a la hora de interpretar los cambios sociales y los procesos políticos pasados y en el último tercio del siglo XIX. La noción de decadencia persistió con más intensidad conforme se terminaba el siglo. Para argumentarla se acumulaban experiencias previas con las recientes y coetáneas. Entre otras, las revoluciones de 1848, que hicieron tambalear procesos políticos en media Europa, con muy desiguales resultados. Pero, sobre todo, la guerra francoprusiana, las guerras de unificación de Italia y Alemania, la Comuna de París, los cambios políticos desde 1868 en España y el cantonalismo; como más tarde el sindicalismo y las huelgas, las manifestaciones, la “propaganda por el hecho”...

Los enfrentamientos de París en 1871 suscitaron reacciones desde su mismo inicio en toda Europa y continuaron durante mucho tiempo después. Se constituyeron en el último y más palmario ejemplo de la naturaleza salvaje, sometida de la plebe, una situación de dependencia actualizada en la década de los setenta, por la jefatura de la Internacional. La Comuna reavivó el miedo de los sectores sociales más conservadores, el clima más adecuado para desplegar y renovar la imaginación romántica. Junto con otros enfrentamientos, originó interpretaciones de peligro para la sociedad en su conjunto, de crisis social, política y cultural. Una cultura dominada por la ordinariez y por la muerte de Dios en el seno de una sociedad homogénea, adocenada, impersonal y decadente. Quizá se asistía a una de las últimas etapas de la civilización occidental, “un retorno hacia aquellos periodos de confusa anarquía que preceden a la eclosión de nuevas sociedades”. Un nuevo empuje hacia la disolución de la tradición por la ascensión de la plebe a los puestos de decisión. Un declive moral de la sociedad, al imponerse su nivelación completa en torno a sus presupuestos más vulgares, zafios y viciosos. La mediocridad, la corrupción, el predominio de las bajas pasiones, la mezcla y, en consecuencia, la degeneración, constituían síntomas de sociedades enfermas, víctimas de epidemias sociales³⁸.

³⁷ *La Iberia*, 25 de Junio de 1856.

³⁸ Salvador Giner (1994: 634-635); Gustave Le Bon (1983 [1895]: 19); Eugen Weber (1989: 13-60); Arno Mayer (1986); George Mosse (1997: cap. 2).

El desarrollo de la medicina colaboró en esta dirección al exponer la insanidad de la población, a través de estudios sobre el alcoholismo, el descenso de la natalidad y las enfermedades venéreas. Las últimas irregularidades se vincularon, además, con el feminismo, la masculinización de las mujeres y una interpretación de su comportamiento como irritable, impulsivo, ausente de razonamiento y subordinado a sus sentimientos. A finales del siglo XIX, las mujeres fueron relacionadas con la mayor parte de los problemas y de las atrocidades, con excepción del alcoholismo³⁹.

En los años ochenta se difundió la hipnosis como tratamiento de las más diversas enfermedades y adquirió una respetabilidad médica sin alcanzar hasta entonces. El poder de la hipnosis se extendió a otras disciplinas, a través del lenguaje de la sugestión y el magnetismo, así como la preeminencia de lo inconsciente. De forma paralela, la medicina legal y la psiquiatría se involucraron en la explicación de comportamientos desviados y delictivos. Surgió la antropología criminal con Cesare Lombroso y Enrico Ferri, en Italia, y Gabriel Tarde en Francia, al plantear los rasgos específicos del individuo delincuente, un ser abocado fatalmente al delito, dotado de los estigmas físicos –desequilibrios mentales- y morales del salvaje, al sufrir una regresión al comportamiento de la horda primitiva⁴⁰.

Historiadores y novelistas difundieron de manera simultánea algunos de estos presupuestos en sus creaciones. En sus *Orígenes de la Francia contemporánea* (1875-1894), Hippolyte Taine utilizó algunas de “las metáforas del medio” que se han descrito hasta ahora: enfermedades, alcoholismo, contagio, instintos bestiales, pasiones, irracionalidad, primitivismo, mujeres... para ilustrar el carácter de las poblaciones protagonistas de los grandes acontecimientos revolucionarios de Francia desde finales del siglo XVIII. Emile Zola escribió sobre las atrocidades cometidas por las mujeres, del alcoholismo de los hombres y concibió los protagonistas de su relato *Germinal*, publicado en 1885, en clave de deshumanización, como bestias humanas, en estado de naturaleza, subordinadas a sus instintos e incapaces de usar la razón⁴¹.

La sociología también aportó conceptos y reflexiones sobre la sociedad finisecular. En Alemania, Ferdinand Tönnies publicó su tesis doctoral en 1887, acerca de las diferencias entre las agrupaciones comunitarias y las asociativas. Típicas las primeras de la historia de Europa que desaparecía, representaban una fuente de la moral; las segundas pertenecían al tiempo del progreso, de la prosperidad y conectaban con la impersonalidad de sus relaciones. El mismo año que Tönnies, Emile Durkheim publicó su tesis doctoral en Francia sobre *La división del trabajo social* y, cuatro años más tarde *El suicidio*, obras en las que se incorporaban nociones como la fragmentación social y la anomia como causas de comportamientos desviados. Ambos autores mostraron su

³⁹ Sussana Barrows (1981: 45-72).

⁴⁰ S. Barrows (1981: 119-126); Luis Maristany (1973: 7-10); H. Stuart Hughes (1972).

⁴¹ S. Barrows (1981: 73-108).

desasosiego por los cambios sociales disolventes de las pautas de relación tradicionales. Era el romanticismo sociológico europeo que imponía una interpretación de la desintegración social como origen de los conflictos y de la decadencia, al hacer hincapié en la importancia, idoneidad y desaparición de los grupos pequeños, de carácter profesional, religioso o local, todos ellos caracterizados por las relaciones personales y la fuerte identificación mutua, debido entre otras circunstancias a la proximidad física de sus integrantes. Justo todo lo contrario de las relaciones impuestas por los procesos de urbanización y la ampliación de la política⁴².

En el seno de la ciencia política, Gaetano Mosca primero, y Vilfredo Pareto a continuación, recogieron los postulados elaborados por todas estas disciplinas y asumieron el concepto de masas –de Shigele y Le Bon-, al aceptar el reinado de la psicología como base de la economía política y, en general, de todas las ciencias sociales. Entendieron que la sociedad se encontraba dividida en esencia en gobernados y gobernantes, a los que estudiaron de manera exclusiva. Hablaron de decadencia, pero situaron sus orígenes no en la nivelación social ni en la ignorancia de las masas, sino en la incapacidad manifiesta de las clases dirigentes, a las que denominaron elites⁴³.

Por medio de estas disciplinas y actividades profesionales, estos argumentos sobre los problemas de la sociedad fueron aplicados desde el inicio del último cuarto del siglo XIX al comportamiento de la gente reunida alrededor de los acontecimientos, episodios y procesos políticos pasados y presentes. La argumentación, además, fue revestida de un carácter científico, en el contexto histórico del positivismo y la primacía de una interpretación psicológica de la realidad social. El protagonista era “una bestia salvaje sin nombre”, metáfora aplicada por Gabriel Tarde, a la reunión de individuos en masas o multitudes, cuyas características procedían de los descubrimientos “científicos” que acaban de describirse, en torno a la explicación de una sociedad moderna enferma, supurante, dispuesta para su renovación después de expirar. Los ensayistas interesados en establecer los rasgos de las masas, además de continuar la estela de los románticos de la primera mitad del siglo, citaron de manera profusa las disciplinas, los hallazgos y los autores mencionados, al inventar lo que se denominó desde finales de siglo la “psicología de las multitudes”, por un lado, y el “delito colectivo”, por otro.

A diferencia de las consideraciones filosóficas de la primera mitad del siglo XIX, los argumentos se instalaron en ambos casos en la ciencia del finales de siglo: sociología-psicología, derecho penal y antropología. De esa manera, las premisas y las conclusiones planteadas, así como el lenguaje empleado, adquirieron una legitimidad académica consistente en la seriedad y el rigor de los postulados. La imaginación romántica, sin embargo, con el uso de metáforas del miedo y la enfermedad, así como el

⁴² S. Giner (1994: 605-611); Leon Bramson (1965: 38-40).

⁴³ G. Mosca (1984 [1896]: 168); V. Pareto (1987 [1901]: 143).

sentido de decadencia, se encontraba en el centro de la argumentación, al igual que medio siglo antes. Entre 1891 y 1904, Scipio Sighele, Henri Fournial, Gabriel Tarde, Gustave Le Bon y Robert E. Park publicaron sus principales trabajos para describir la naturaleza y la conducta de las masas o multitudes, con ingredientes de la política de los instintos ya conocidos con anterioridad -número, indiferenciación, irracionalidad, inmoralidad, carácter animal. Sus principales aportaciones se formularon al interpretar su origen, carácter y funcionamiento:

a) En lugar de los razonamientos de la primera mitad del siglo XIX que situaban el origen de las masas en la figura del noble salvaje de Rousseau, en la última década del siglo se inventó que la multitud era la bestia humana de Zola, -escritor considerado como el poeta de la psicología de las multitudes-, con estigmas físicos y morales, embrutecida y violenta por naturaleza⁴⁴.

b) Con anterioridad se afirmó que las masas poseían un carácter vinculado a los bosques o al oleaje del mar. En virtud de las experiencias políticas del último tercio del siglo XIX relacionadas con la reclamación del voto por las mujeres feministas, la multitud va a representar una criatura femenina, caracterizada por su fragilidad, inestabilidad, incapacidad para usar el cerebro, una víctima de su inferioridad biológica. Por eso, el carácter de la multitud coincidía con los rasgos femeninos con casual exactitud :

“En suma, por su capricho rutinario, su docilidad revoltosa, su credulidad, su nerviosismo, sus bruscos cambios de viento psicológicos del furor a la ternura, de la desesperación al estallido de risa, la multitud es femenina, incluso cuando está compuesta, como sucede casi siempre, de miembros masculinos”⁴⁵.

La misma consideración le mereció a Gustave Le Bon, cuando afirmaba que “las masas son siempre femeninas”, y para ello las calificó de irritables, impulsivas, impresionables, versátiles, desprovistas de sentido crítico sustituido por la exageración de los sentimientos: “al igual que las mujeres tienden inmediatamente a los extremos”⁴⁶.

c) Las masas no se encontraban compuestas de la suma de individuos que transferían sus cualidades al conjunto. Al contrario, el conjunto, las masas, modificaba el comportamiento de los individuos integrantes, al constituir un “alma”, una unidad psicológica, una energía desplegada por los instintos, a la vez que borraba toda aptitud intelectual y la volvía inferior con respecto a cada uno de sus componentes individuales. Era posible que esa energía se desencadenara por el contagio mental, la imitación y la sugestión. Las masas sufrían alucinaciones en forma de una especie de sonambulismo

⁴⁴ S. Barrows (1981: 93-100). Tal ocurrencia fue aplicada a la “ciencia” por Cesare Lombroso (L. Maristany, 1973: 7) y Gabriel Tarde (S. Barrows, 1981: 141).

⁴⁵ Gabriel Tarde (1986 [1901]: 163).

⁴⁶ G. Le Bon (1983 [1895]: 37, 44).

por el predominio en ellas del inconsciente. La obediencia de las masas a sus conductores se realizaba por medio de la hipnosis.

El predominio de la visión psicológica, como puede observarse, se hizo patente, además, al arrastrar los rasgos descritos exclusivos de la mente humana individual a los de grupos sociales enteros, con lo que se afirmaba así la existencia de una especie de psicología social, inscrita en la academia en el transcurso del siglo XX.

Los autores que establecieron el nexo de unión entre la psicología de las multitudes y la antropología criminal, creadora del concepto de “delito colectivo” para definir la actuación de las masas, fue el juez Gabriel Tarde, quien publicó en 1892 *Les crimes des foules*, y Scipio Sighele, quien estudió con Enrico Ferri en Italia, y publicó en 1891 *La Folla delinquente*, traducido al inglés como *The Criminal Crowd*. Enmarcados en las teorías de -o críticos con- Cesare Lombroso, intercambiaron los rasgos exclusivos de los delincuentes individuales con los de las masas, para iniciar un debate sobre la responsabilidad penal de las multitudes, un nuevo delito, denominado colectivo, en el que los conductores obtenían el máximo grado de responsabilidad penal, y la de sus seguidores podía llevar consigo o no algún tipo de eximente. En todo caso, se configuraba un delito nuevo, el provocado por las masas en su conjunto, situándolas en la ilegalidad, después de marginarlas como fuente de poder y soberanía.

La crítica al “poder” y “dominio” de las masas, autoras de los más violentos acontecimientos de los últimos treinta años, protagonistas aún en la oleada de huelgas organizadas por los sindicatos, también en los enfrentamientos del affaire Dreyfus y, en general, en la política de los instintos del cambio de siglo, apremió a los autores de la psicología de las multitudes a señalar este periodo de la historia europea como el comienzo de la “era de las masas”. Con ese calificativo pretendían interpretar a partir del miedo y del rechazo, la ampliación de la política a la mayoría de la población urbana, mediante el ejercicio del sufragio universal masculino y el despliegue de un repertorio de movilizaciones centrado en manifestaciones, huelgas, mítines y movimientos sociales.

Al resaltar el protagonismo e inventar el carácter de las masas, estos autores, sin embargo, dirigieron sus mensajes a los dirigentes políticos. Con sus propuestas, estaban interviniendo en la misma competencia política existente en la Europa del cambio de siglo, en la lucha entre dirigentes políticos, al advertir las incapacidades de unos y las habilidades de otros con vistas a obtener el poder necesario para influir o gobernar. En palabras de Le Bon “conocer el arte de impresionar la imaginación de las masas equivale a conocer el arte de gobernarlas”⁴⁷. La psicología de las multitudes constituía en realidad un tratado sobre la rivalidad entre dirigentes, ante el miedo de que algunos de ellos se aprovecharan de la transformación de las masas en una fuerza política

⁴⁷ G. Le Bon (1983: 57).

coherente, organizada y seguidora de unos líderes oportunistas, de carácter nacionalista, socialista o anarquista. Respondían de esa manera a la novedosa y temida “colectivización” de los caudillos por medio de las organizaciones políticas... ”de masas”.

De forma directa y clara lo plantearon así Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto desde finales de siglo, al partir sus estudios sobre las “elites”, de la concepción de una división social principal entre gobernantes y gobernados, así como el dominio de las clases dirigentes sobre las masas. Para ellos, la era de las masas significaba más bien la era de los jefes, al entablar una lucha feroz por alcanzar poder político, que provocaba su recambio, la circulación de las elites: “la lucha consiste en que una elite quiere desplazar a otra, lo demás es accesorio y secundario”. Entre las elites se encontraban las procedentes de los estratos inferiores de la sociedad que ascendían a la dirección de ésta. Aún admitida, la brutalidad de la acción de las masas se subordinaba en estos análisis al protagonismo de los individuos de los estratos superiores que las capitaneaban⁴⁸. Se constataba de esa manera fehaciente que el peligro político y social no descansaba en la acción de unas masas ignorantes, sugestionables y sin capacidad de iniciativa; por el contrario, el miedo real resultaba de comprobar el poder adquirido por los conductores al movilizarlas y presentarlas como un recurso relevante en la competencia política entre dirigentes. El rechazo a las masas significaba en esencia una crítica a quienes las “halagaban”.

Porque en el cambio de siglo no todo el mundo entendía que las masas se asemejaban a una bestia humana, cruel y enferma. El noble salvaje de Rousseau continuó viajando en el tiempo a través del viejo Engels, quien creía en 1886 que las masas necesitaban tiempo aún para desarrollarse; del joven Lenin del *Qué hacer*, publicado en 1902, abogado del “despertar” de las masas como esencia de la fuerza del movimiento contemporáneo; o, en fin, de los bohemios intelectuales y artistas del Greenwich Village de Nueva York, al publicar *The Masses Magazine* en 1911, una revista convertida en la voz ruidosa de los oprimidos y sin poder. Ocurrió de igual manera entre los dirigentes de las banderas nacionalistas del cambio de siglo, como Karl Lueger en Austria, quienes compartieron con los anteriores sectores de la izquierda obrera su oposición al funcionamiento de las instituciones representativas como mediadores entre el gobierno y los gobernados, además de su estrategia de “halagar a las masas”, para conquistarlas⁴⁹.

La psicología de las multitudes ya estaba en marcha con plenitud en la primera década del siglo XX. Los trabajos publicados en inglés antes de la Gran Guerra, de Pasquale Rossi, B. Sidis, Edward Ross, Arthur Christiansen, Sir Martín Conway y

⁴⁸ V. Pareto (1987: 207-208; 1966: 76); G. Mosca (1984: 109). En Alemania, G. Mosse (1997: cap. 2).

⁴⁹ V. I. Lenin (s.f. [1902]: 66); Thomas A. Maik (1994: xi,16); John W. Boyer (1981: 368-387); G. Mosse (2005: 20).

Wilfred Trotter abundaron en los mismos presupuestos de sus “maestros”. Los libros de los precursores se tradujeron a diferentes idiomas, y se publicaron algunos más en italiano, francés, alemán, etc. El libro de la *Psychologie des foules*, de Gustave Le Bon, publicó 20 ediciones hasta 1920. Aunque sus propuestas procedieron de Taine, Sighele y Tarde, Le Bon evitó citar a sus mentores y reclamó para sí mismo la formulación de la psicología de las multitudes. Sin embargo, nunca obtuvo el reconocimiento oficial de la academia francesa. La nueva disciplina viajó por primera vez a los EEUU de la pluma de Robert E. Park y su tesis doctoral, publicada en alemán en 1901, *Masse und Publikum*, al ocupar una cátedra en la Universidad de Chicago, desde donde se iniciaron años más tarde las teorías del Comportamiento Colectivo⁵⁰.

La imaginación romántica de la psicología de las multitudes, además, tuvo un impacto notable entre los dirigentes políticos y los jefes militares. Algunos de ellos declararon en público su deuda con los nuevos postulados, y Benito Mussolini afirmó que “no sabía cuántas veces había leído el libro” más famoso de Le Bon. La *Belle Epoque* fue una época plena de movilizaciones y enfrentamientos en Europa y muchos analistas y dirigentes políticos los interpretaron con los presupuestos de la psicología de las multitudes. Desde entonces, imaginar a las masas no se produjo a la intemperie de cualquier juicio o con la improvisación de los acontecimientos, al existir un manual de instrucciones en varios idiomas para orientarse y resolver problemas en el complicado mundo de la competencia política europea.

La masa embrutecida en un pueblo culto

La psicología de las multitudes repercutió en España, como en el resto de países europeos, al actualizar la imaginación romántica española de las décadas anteriores. Los escritores recogieron, además, las proposiciones ya mencionadas de los escritores del resto de Europa desde finales de los años ochenta. Los trabajos de Cesare Lombroso llegaron a España a través de Rafael Salillas y Pedro Dorado, en 1888 y 1889, respectivamente. Algunos novelistas leyeron sus obras, como Pío Baroja, Miguel de Unamuno o Emilia Pardo Bazán. El concepto de “delito colectivo” comenzó a ser utilizado por Concepción Arenal en 1892, después de leer a Gabriel Tarde y los estudios italianos de la antropología criminal en ciernes, aprovechados también para los trabajos acerca de la delincuencia común y política, de Manuel Gil Maestre y Ramón Méndez Alanís. En fin, la sociología de Manuel Sales y Ferré incluyó referencias de Sighele, Tarde y Le Bon.

⁵⁰ Robert E. Park (1972: 19); A. Christiansen (2001 [1910]); S. Giner (1967: 58-64); S. Barrows (1981: 162-188).

Los escritores españoles tuvieron ocasión de reflexionar, además, sobre los múltiples y variados enfrentamientos ocurridos en “casa”. Las experiencias del sexenio revolucionario, con las organizaciones representantes de la Internacional y el cantonalismo, además de la Comuna de París de 1871, al resonar como si hubiera ocurrido en España; el episodio de la Mano Negra en 1883, la ocupación campesina de Jerez, en 1892, y las partidas armadas republicanas y carlistas; los cientos de tumultos contra el impuesto de consumos y la escasez o subida del precio del pan alrededor del cambio de siglo; las movilizaciones anticlericales desde 1899, y las primeras huelgas y manifestaciones, extendidas desde principios de siglo en adelante... fueron más que suficiente materia objeto de reflexión para que continuara el esfuerzo de imaginación romántica con la que interpretar a los protagonistas de los enfrentamientos.

La Comuna de París tuvo una amplia repercusión entre los periodistas y políticos españoles y resultó ser una ocasión singular para verter en las Cortes y en la prensa todos los rasgos ya conocidos de las masas, compuesta por hombres desgraciados, personificación del sufrimiento por la dominación de la tiranía, en versión de los partidarios del federalismo. Pero al margen de éste, la mayoría integrante de las corrientes gubernamentales, liberales, demócratas y legitimistas, volcó una batería de interpretaciones descalificadoras sobre el episodio parisino resumidas en el “reinado del hombre bruto, en toda la extensión de la palabra”, cuya actuación era prototipo de la política de los instintos. Sagasta, Ministro de la Gobernación en aquellos tiempos, resaltó que “lo ocurrido en París no podía ser más que el coronamiento lógico y natural de esos instintos”. A los *communards* les guiaba el instinto del mal, de la aversión, del odio y de la envidia. Y como señaló Ríos Rosas, resultaron ser “hombres y mujeres depravados, informes, abandonados de Dios y sueltos de toda idea moral”. Eran turbas anónimas, masas obreras, encabezadas por mujeres y acaudilladas por agitadores extranjeros que excitaban los sentimientos de odio. La reflexión final de algunos medios consistió en señalar que el pueblo era “un niño, cuya inexperiencia necesita dirección y guía, cuyas faltas maliciosas reclaman enérgicas represiones”⁵¹.

Como en el resto de Europa, el impacto de la Comuna alimentó la imaginación romántica a la manera de la *Grande bouffe*, pero no se alteraron de forma inmediata los arquetipos utilizados con anterioridad para interpretar la competencia política. Acaso se perfilaba la posibilidad de pensar las masas como bestia en lugar, o junto con su carácter inocente e infantil; quizá se vislumbraba la referencia femenina, al resaltar el protagonismo de los batallones de “amazonas” en la violencia *communard*. La inmensa mayoría de los rasgos adscritos a las masas procedían de invenciones anteriores. En abundantes textos –Pirala, Galdós, Ganivet, etc- continuaron las referencias a las masas militares y las constantes alusiones a su densidad, movimiento, dependencia, en los

⁵¹ José Álvarez Junco (1971). Las frases entrecomilladas, en las páginas 119, 97 y 160.

mismos términos utilizados para la política. El tándem masas-caudillo desempeñaba un papel fundamental en la estrategia militar:

“El caudillo de un ejército ha de presentarse a los ojos de su pueblo y ante el fallo de la historia como una figura colosal a quien el mundo salude con respeto: nada en él es insignificante; su vida privada, su vida pública, sus costumbres, sus creencias, todas sus acciones han de ser intachables, y ni el vicio ni el ridículo deben empañarlas. Consagrado en cuerpo y alma al triunfo de una causa y a la gloria de un pueblo, no es un hombre, es una idea viva”⁵².

Del mismo modo se abundó en la existencia de una sociedad compuesta por un agregado de personas, iguales entre sí. Sus orígenes se situaban al final del siglo XVIII, en concreto, con la revolución en Francia, al romper de manera brusca los “engranajes y resortes del mecanismo social”, de carácter orgánico y espíritu corporativo. De esa “descomposición” surgió la sociedad moderna, mera pluralidad de individuos, indiferentes los unos a los otros y disgregados entre sí. Desde entonces sólo quedaba en pie “un gigante, el Estado, y millares de enanos, los individuos aislados”⁵³.

Este agregado de individuos iguales, sin embargo, se componía de unas clases preeminentes o directoras –burguesía, comenzará a llamarse en círculos obreristas- y unas clases inferiores, o masas; denominadas también masas populares o masas de abajo, entre las que se incluían las masas obreras. Existían así dos polos: “un socialismo de las masas como llamado a la vida por oposición lógica a la tiranía, que es el socialismo de los imperantes”⁵⁴.

El sentido de tal separación residía en contraponer individuos distinguidos, cada uno de ellos con personalidad propia, a masas –“como se diría en el actual idioma político”-, desindividualizadas que, por el contrario habían obtenido la corona y el cetro de la soberanía, al adquirir derechos, sin saber qué hacer con ellos o, al utilizarlos, incurrir en el despotismo y la anarquía. Como había sucedido en la experiencia cantonal, al pretender “hacer de la noble tierra de España una nueva África para la nueva Argel cartagenera”. En general, “la palabra y la idea de libertad han sido muy mal comprendidas por las masas y sus corifeos”, y su poder se basaba en el número y no en la razón⁵⁵.

Aunque poseían un “alma grande” –aún presente por tanto el noble salvaje-, y conservaban más o menos hábitos de obediencia, las masas se encontraban sumidas en la ignorancia y la inmoralidad, el embrutecimiento; eran ileteratas, indoctas,

⁵² Francisco Villamartín (1862: 416).

⁵³ Manuel Sales y Ferré (1910: 313). Los orígenes, en Vicente Santamaría de Paredes (1893: 86-87).

⁵⁴ M^a Paz Battaner (1977: 493); M. Sales y Ferré (1912: 378); M. Artola (1974: II); Concepción Arenal (1897: 373). Los dos polos, en M. Artola (1974: II, 86).

⁵⁵ El actual idioma político, en Julián Zugasti y Sáenz (1983 [1876]). La soberanía de las masas, en C. Arenal (1881: 35). África, en M. Artola (1974: II, 86). La libertad, en J. Zugasti (1983).

inconscientes, incapaces del uso de la razón o de crear algo bello; eran impresionables, intransigentes, turbulentas, amenazantes, subversivas o revolucionarias, pasivas y apasionadas, resignadas, sanas, desgraciadas y dignas de compasión por su miseria material y mental. Algunos escritores denunciaron el interés de ciertas clases directoras en mantener la ignorancia de las masas. Muchos resaltaron su incredulidad y la pérdida de la idea del cielo y de “las augustas creencias, las consoladoras esperanzas de la religión”, verdadero freno para contener sus malas pasiones, instrumento para “purificar las masas”. Todos, en fin, coincidían en la necesidad de procurar su educación, instruir a las masas⁵⁶.

La masa abúlica, apática y desorientada, reseñada por Rafael Altamira, no conectaba demasiado con el miedo suscitado por las masas en movimiento, en la calle, con su poder destructor, amenazante, violento, tumultuoso:

“Todos hemos visto espumar la plebe, armar las heces que en la ebullición había subido a la superficie, y no durar más que un momento aquella ignominia y aquel peligro, y desvanecerse la emanación pestilencial...”.

El movimiento de las masas poseía un carácter volcánico y nauseabundo. En palabras de Marcelino Menéndez Pelayo, lo que “aterra es la asonada, el mal olor, la sangre, el ruido, el oleaje de las masas hambrientas, no el dogma de la revolución”. La multitud se comportaba también como los ciclones y huracanes de la naturaleza⁵⁷.

Algunos escritores, sin embargo, se asombraban del escaso alcance de la violencia en los enfrentamientos cantonales, a pesar de encontrarse las masas abandonadas a sus iras, descreimiento y errores; la continencia sin duda se debió a que “el virus no había penetrado en toda la sustancia, “no se habían extinguido todas las voces de la conciencia, ni estaban rotos todos los frenos del poder”. Los gobernantes, sin embargo, comenzaron a regular el ejercicio de los derechos políticos en función de los protagonistas. Así, el Ministro de Gracia y Justicia en 1869, Ruiz Zorrilla, indicó que los ciudadanos podían reunirse, asociarse y emitir sus ideas con libertad, pero se oponía a las predicaciones que no se dirigían a la razón sino a las pasiones brutales e inconscientes, a las excitaciones directas a las pasiones de las masas. Los jefes de orden público debían contener los tumultos dirigiendo “la palabra a las masas en términos persuasivos... empleando frases cariñosas y conducentes, y nunca agrias ni fuertes”.

⁵⁶ Además de los textos citados en las notas anteriores, José María de Pereda (1989 [1871]: 533); Serafín Álvarez (1987 [1873]: 151); Marcelino Menéndez Pelayo (1946 [1880]: 155); Ramón de Mesonero Romanos (1994 [1880]); C. Arenal (1895: 209) (1897: 69); Emilia Pardo Bazán (1995 [1883]); Leopoldo Alas Clarín (1990 [1884]: 354); Domingo Enrique Aller (1886: 186); Vital Fité (1989 [1899]); *El Socialista*, 22 de enero de 1892; Salvador Canals (1910: 137); Rafael Altamira (1997 [1902]: 54-55); Miguel de Unamuno (1991 [1895]: 165); *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1910.

⁵⁷ La cita en sangrado, en C. Arenal (1895: 409); M. Menéndez Pelayo (1946: 155). M. Sales y Ferré (1912: 67).

Pero esa actitud gubernamental basada en la consideración de las masas como el noble salvaje infantil no era la habitual, porque a las autoridades les faltaba tacto y prudencia, y optar por la técnica policial de los tres avisos reglamentarios antes de hacer fuego⁵⁸.

La concurrencia espontánea de la población en la calle en oposición a las decisiones de autoridades, cobradores de impuestos o comerciantes de alimentos, generaba de inmediato la consideración de tumulto para los ministros de la Gobernación. Entendían que aquella población reunida eran masas amotinadas, siempre agitadas y violentas, con afán de escándalo y bullanga, cuyo objetivo siempre era cometer un delito. En palabras de Unamuno, les empujaba y movía “un sentimiento oscuro, semiinconsciente, acaso brutal”. De ahí el temor a conceder la autorización a la solicitud de convocatoria de manifestaciones por parte de dirigentes políticos fuera del gobierno que, conforme se acercaba el fin del siglo se hicieron habituales. Las masas, entonces, pasaron a ser masas carlistas, republicanas, socialistas o anarquistas, al utilizar esos nombres para etiquetar la procedencia política de sus caudillos, quienes se servían de agitadores profesionales para producir disturbios: “caudillaban alguna agitación revolucionaria”⁵⁹.

Al actuar a ciegas, en las tinieblas, sin norte, las masas necesitaban de dirección, impulso ajeno, un agente moral que las condujera pero que, en realidad, las halagaba, manipulaba, explotaba, estropeaba y engañaba. Las masas padecían el grave mal del personalismo al rendir culto al hombre y fanatizar un apellido. Eran los llamados directores, jefes, caudillos, conductores, agitadores, incluso “maquinistas” que, al impulsar a las masas, eran “comparables a la energía que mueve las ruedas de una máquina”, aunque “los ídolos de las multitudes se marchitan antes que las flores”. Ellos eran capaces de convertir las masas en una reunión de personas capaces de mostrar cultura, organización, disciplina y “un sentido elevadísimo de los deberes”, o todo lo contrario, exaltarlas para cometer las mayores atrocidades. Las quejas por la intervención desaprensiva de los directores –“caudillajes indecorosos”-, o los consejos sobre las cualidades necesarias para dirigir masas, se encontraron siempre relacionados con la competencia política y con las hipótesis planteadas acerca de la participación política de la población.

Había caudillos por todas partes: “éste era un país de caudillos”, en palabras de Castelar. Así podían serlo liberales, catalanistas, sindicalistas, de la democracia española –como Estanislao Figueras-, de la libertad –como Ruiz Zorrilla-; había incluso caudillos suplentes –como Emiliano Iglesias-, de comedia..., hasta el Magistral, de la novela *La Regenta*, era caudillo de la iglesia. Tan importantes eran los caudillos o los

⁵⁸ El virus, en C. Arenal (1895: 441). Ruiz Zorrilla, en *Circular*, 24 de Noviembre de 1869; Cándido Costi y Erro (1886: 51); Fernando Soldevilla (1904: 116).

⁵⁹ Unamuno, en Carlos Blanco Aguinaga (1998: 89); Circular del M de la Gobernación, 16 de Julio de 1917.

jefes que siempre debían ser considerados ellos –como hacía el Código Penal-, y no las masas, los verdaderos responsables del delito de sedición⁶⁰.

El peligro, y por lo tanto el miedo, procedía de la intervención de los directores de masas, que en términos generales siempre habían sido jefes individuales, como Riego, Espartero, Zumalacárregui, Prim, Carlos VII, Martínez Campos, al corresponder con una política personalista, de notables, y muy relacionados con la milicia. Desde los últimos lustros del siglo XIX, los textos mencionaron nuevos caudillos individuales, como Antonio Maura, Pablo Iglesias, Alejandro Lerroux o José Canalejas, pero lo eran de masas adscritas a corrientes políticas organizadas. El caudillaje se extendió en particular a directores carlistas, socialistas, sindicalistas o republicanos, que arrastraban masas en la calle, en manifestaciones, mítines, huelgas o entierros, para irrumpir en la política pública como nuevos rivales de los dirigentes de los partidos gubernamentales. Se produjo la colectivización del caudillaje en correspondencia con su labor de atracción y organización de “las masas fascinadas por los sofismas que se les propinan en conceptos cortados que hieren vivamente su imaginación”. Era la “peste demagógica” trascendida sobre todo al ámbito urbano:

“Los liberales tienen escasas fuerzas en las ciudades, pues las masas en ellas son republicanas, pero cuentan con bastantes elementos en los distritos rurales. Los conservadores no tienen partidarios en las ciudades ni en los pueblos. Las masas que conservan su apego a la tradición son francamente carlistas, y aun aquellos que no son carlistas, son francamente reaccionarios y antiliberales”.

“(…) no hay que temer al anarquismo español como fuerza. A los que más perjudica es a los partidos avanzados, como los socialistas y republicanos, pues les quita masa. Por eso el socialismo no se desarrolla en España, y los partidos republicanos no tienen fuerza para imponerse”⁶¹.

Como continuación de la imaginación romántica, estas nuevas interpretaciones se consolidaron desde 1900, al ritmo de la ampliación de la política, el aumento de las movilizaciones en forma de manifestación, mitin y huelga, y el protagonismo de las organizaciones republicanas, carlistas, socialistas y sindicalistas. De forma paralela y con lentitud, se extendieron en España, las aportaciones de la nueva “ciencia” de la psicología de las multitudes, para informar del carácter y el funcionamiento de las

⁶⁰ Maquinistas, en Eusebio Blasco (1904: 72). La máquina, en Javier Ugarte (1915: 17). Los ídolos, en Álvaro Olea Pimentel (1912: 32). La cultura y disciplina, en F. Soldevilla (1903: 251). Castelar, en M^a P. Battaner (1977: 321). Además de los textos citados con anterioridad, hablan de los caudillos en sus creaciones de esta época Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Vicente Blasco Ibáñez o Benito Pérez Galdós. Entre los ensayistas, Antonio Pirala (1984 [1865]); R. Mesonero Romanos (1994: 247); F. Soldevilla (1898: 160). Directores y demás nombres, en Ángel Ossorio y Gallardo (1910: 25); V. Fité (1989); Tomás Giménez Valdivieso (1989 [1909]); S. Álvarez (1897); V. Santamaría (1893); Ángel Ganivet (1990 [1897]); M. Gil Maestre (1897); R. Altamira (1997); S. Canals (1910); Emilio Tapia (1914). También en la prensa, como *El País*, *El Socialista*, *Solidaridad Obrera*, etc.

⁶¹ El sangrado, en T. Giménez Valdivieso (1989). Los sofismas, en D. E. Aller (1886: 185). La peste, en Jesús Pando y Valle (1990 1896: 88).

masas. Fueron incorporándose de manera paulatina los nuevos argumentos recogidos de los autores franceses e italianos.

Para empezar, la distinción entre minorías conscientes y mayorías inconscientes era “científicamente” verdadera; como era indudable también que los individuos que forman las masas serían incapaces por sí solos de realizar los actos de barbarie, de inexplicable y tremenda ferocidad realizados por las masas. En ellas palpitaba algo extraño, un elemento especial, “una sujeción que se difunde entre los que las componen”: era el alma de la multitud, un sentimiento suscitado en un grupo con un impulso semejante y en disposición de ejecutar el mismo acto de protesta por un agravio o la expresión de un deseo. La reunión de individuos poseía una psicología que se exteriorizaba al obrar, “bien distinta de la del individuo aislado”. El argumento del alma colectiva en las masas se trasladó al ámbito del ejército, devolviendo de esa manera todo lo que la imaginación romántica había extraído de la historia militar:

“No es la ciencia militar, no es la ciencia material lo que puede explicarlo; es una ciencia ultrahumana; es una psicología más compleja que la psicología casera la que puede explicar el fenómeno maravilloso de que un puñado de hombres, convertidos en héroes, siguiendo el ejemplo ó el impulso de un caudillo, avancen á través de una lluvia de balas, sin contar quiénes son los que mueren ni quiénes son los que viven para lograr la victoria. El alma individual desaparece y queda nada más que el alma colectiva, y mientras un hombre, un solo hombre la oriente hacia el adversario, todos marcharán con más fijeza que van á adherirse al imán las limaduras de hierro. La victoria nace, en estos instantes, de un fenómeno moral”⁶².

La masa era una “bestia antiquísima”, un “monstruoso animal primitivo”, instrumento de sus directores, “juguete de las sugerencias” de los dirigentes de las organizaciones políticas: el anarquismo era un sistema patológico que servía de “desagüe de sus pasiones”, al actuar hipnotizada por los jefes y agitadores. Era la “neurosis de las colectividades”. Al reunirse los individuos en la masa, actuaban por contagio, reflejo e imitación. Se convertían además en mujer: apasionadas, impresionables, de fácil conmover, histéricas y neuróticas. Y como ilustraba el mecanismo de la guerra:

“Para poder lanzar confiadamente las masas de hombres a combates desesperados era forzoso encender en ellos sentimientos de implacable furor, los cuales debían tomar cebo y sustancia de los odios mujeriegos”⁶³.

⁶² El sangrado, en Mariano Rubió y Bellvé (1900: 113-114). El palpito, en J. Ugarte (1915: 17 y 20). El sentimiento, M. Sales y Ferré (1912: 314). La psicología, en Á. Olea Pimentel (1912: 21).

⁶³ El sangrado, en B. Pérez Galdós (2002 [1898]: 45). La masa-mujer, en M. Gil Maestre (1897: 76, 91). La bestia, en J. Ortega y Gasset (1993 [1916]: 546). El juguete y el desagüe, en Á. Ossorio y Gallardo (1910: 47-48). La hipnosis y el resto, en M. Sales y Ferré (1912: 307-310); *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1910; S. Canals (1910: 127); Emilio Tapia Noguera (1914: 33-34).

Con los fundamentos de la psicología de las multitudes y la antropología o psicología criminal, se estableció en España un debate sobre la responsabilidad penal de las masas, al asemejarse su comportamiento al de los delincuentes –con los que compartía su primitivismo y su falta de moral-, por actuar de manera violenta contra bienes y personas⁶⁴.

Las masas cometían de esa manera un “delito colectivo”. Un “delito de las masas”, es decir manifestaciones delictivas de las multitudes “que con tan frecuencia se repiten en los momentos actuales”. Los penalistas españoles asumieron los argumentos de la psicología de las multitudes y se preguntaron si la masa delinquía, pues la responsabilidad penal era individual, “obra de la inteligencia, de la voluntad, del libre obrar”; pero “los agentes materiales actuaban como instrumentos de una voluntad superior”. Aunque Scipio Sighele era partidario de eximir de responsabilidad penal a la masa por actuar a través de la sugestión, se produjo entre los penalistas españoles desde el principio una respuesta mayoritaria: había responsabilidad penal en la acción de las masas, pero a la vez, era necesaria una distinción entre los inductores morales y los autores materiales. La magnitud de la pena debía resultar superior para los jefes, para los que movieron e impulsaron a la masa y la prepararon para el crimen. En el resto de las masas, por tener la libertad disminuida pero no borrada, podía recaer una pena atenuada. Hubo, de todas las maneras, algunas voces discrepantes, al señalar la exclusiva responsabilidad de los agitadores, o al rechazar que las huelgas, manifestaciones y otras formas de movilización fueran en sí misma delictivas por ser ilegales. El delito colectivo se constituía así en una ficción, “un fantasma jurídico porque no hay fundamento para hablar de una acción delictiva de la colectividad”. En resumen,

“el delito colectivo no es una entidad jurídica real; el delito es acción; si en ella intervienen varias personas, habrá tantas acciones y, por lo tanto, tantos delincuentes como individuos; el fin puede ser común, pero la acción es siempre individual”⁶⁵.

Con excepción de estas últimas ideas consecuentes con la tradición jurídica, la imaginación romántica aparecía de nuevo. Se filtraba en esta ocasión en el Derecho Penal, al confirmar que las masas eran por naturaleza asociales; se relacionaba con ellas un nuevo delito, el crimen de las masas. Aunque carecieran de voluntad, delinquían; aunque actuaran hipnotizadas, eran responsables del delito cometido. Se ratificaba, además, la asunción de dependencia respecto de los caudillos, en quienes recaía el principal castigo penal. Por enésima vez, la invención de las masas se dirigía al blanco

⁶⁴ La comparación con los delincuentes, en Ramón Méndez Alanís (1913: 211; M. Gil Maestre (1897: 51).

⁶⁵ La argumentación de la discrepancia, en M. Sales y Ferré (1912: 324), y, sobre todo, en Adolfo Bonilla (1916: 8, 32, 41), a quien pertenece la frase en sangrado. El resto, J. Ugarte (1915: 22, 94); Emilio Tapia (1914: 23-25); y Á. Olea Pimentel (1912: 60-61).

directo de la competencia entre dirigentes políticos. Los penalistas españoles estaban afirmando que aquellos dirigentes que apostaran por convertirse en directores de masas quedaban por ello fuera de la ley. En el marco de la rivalidad y de la extensión de la participación política en los comienzos del siglo XX, debían ponerse diques legales a la utilización política del poder del número y de la movilización.

El Siglo de las masas

En el VII Congreso del Partido Comunista (bolchevique), celebrado en marzo de 1918, el caudillo de la revolución rusa de octubre de 1917, Lenin, declaró ante los delegados que el Partido no podía implantar el socialismo. Su papel, en cambio, debía consistir en ayudar a las masas para que iniciaran ellas mismas esta obra de manera inmediata. Con tales afirmaciones se asistía a una nueva edición ampliada de las masas imaginadas como fuente de la soberanía, que no podían ejercerla sino a través de sus jefes. El recién creado leninismo recogía una visión romántica de la sociedad y de la política. De esta manera, saltaban argumentos parecidos desde el siglo XIX al siglo siguiente, y su difusión se prolongaría hasta el fin de la guerra fría en la década de los ochenta. Con este punto de partida, el pequeño siglo XX sería “el siglo de las masas”: de la sociedad de masas, del hombre-masa, de los movimientos y partidos de masas, de la política de masas, de la cultura de masas, de los medios de masas, de los espectáculos de masas... En una época de tanta movilización como el periodo de entreguerras, la expresión actualizó sus significados, al acomodar el término a las características de la política pública.

El hombre nuevo

Si la *Belle Epoque* presenció múltiples enfrentamientos en forma de guerras coloniales o balcánicas y huelgas, muchas huelgas, además de movimientos sociales realizados por organizaciones cada vez más implantadas y con mayor afiliación, después de la Gran Guerra el mundo pareció desmontarse por un momento. A la devastación de las trincheras, sucedieron de inmediato tumultos, revoluciones, manifestaciones y mítines, insurrecciones, ocupaciones de fábricas y una oleada de huelgas de una dimensión desconocida hasta entonces. La noción de decadencia venía de los lustros anteriores a la Gran Guerra y sólo debió ser actualizada por la interpretación pesimista de los procesos sociales y enfrentamientos políticos de entreguerras. En parecidos términos a la repercusión del libro ya comentado de Gustave Le Bon, *La decadencia de Occidente*, de Oscar Spengler, divulgó con mucho éxito desde 1924 una imagen restaurada de la crisis del individualismo. Spengler la vinculó al impulso y la invasión de las masas en la vida

social, cuando a través de los procesos de urbanización el pueblo se disolvió en masas informes, de naturaleza inorgánica -el cuarto estado-, caracterizadas por rechazar la historia y la cultura europeas. La masa era el final, la nada definitiva. En este marco de renovación del pesimismo sobre el progreso de la humanidad en términos de la visión cíclica de la historia, Ortega y Gasset en 1929 –del que se hablará más adelante-, Karl Jaspers, en 1931, y Karl Mannheim, en 1936, por ejemplo, certificaron la decadencia de la especie mediante la sustitución del individuo por la masa con consecuencias perversas en el ámbito de la cultura y de la política⁶⁶.

En el periodo de entreguerras continuó la publicación de obras relacionadas con la psicología de las multitudes en Europa y en los EEUU. Se mantuvo el envoltorio cientifista –desde la filosofía, la psicología y la sociología- de una naturaleza y función de las masas en la sociedad, con la mayoría de los presupuestos ya conocidos a los que se acoplaron las aportaciones singulares del psicoanálisis. Las masas se imaginaban similares a la horda primitiva, con un alma colectiva, distinta a la de los individuos por separado; la sugestión constituía el estímulo para su actuación, con la presencia de líderes o conductores, sin los que la masa era inconcebible; las emociones sustituían a la voluntad y la razón. En palabras de William McDougall, la multitud era

“... excesivamente emocional., impulsiva, violenta, voluble, inconsistente, vacilante y extrema en la acción, ostentando solamente las emociones burdas y los sentimientos menos refinados, sugestionable en extremo, descuidada en la deliberación, precipitada en la opinión, capaz sólo de las más imperfectas y simples formas de razonar; dominada y conducida fácilmente, carente de confianza en si misma, exenta de propia estimación y de sentido de responsabilidad, y apta para ser arrastrada por el sentido de su propia fuerza, de modo que tiende a producir todas las manifestaciones que hemos aprendido a suponer en cualquier poder absoluto e irresponsable. De aquí que su conducta sea parecida más a la de un niño revoltoso o a la de un ignorante salvaje apasionado en una extraña situación que a la del promedio de sus miembros; y en el peor de los casos se parece más a la conducta de una bestia salvaje, que a la de los seres humanos”⁶⁷.

“El niño malcriado” y sus directores componían en resumen un cuadro patológico, expresión de la crisis orgánica de la sociedad⁶⁸.

Si Gustave Le Bon había aventurado para el inicio del siglo XX el nacimiento de la “era de las masas”, a fines de la década de los veinte, comenzó a utilizarse la expresión “sociedad masa” o “de masas”, para describir la supresión de la individualidad como eje social y su sustitución por la indiferenciación e igualdad de los

⁶⁶ O. Spengler (1950 [1924]); Salvador Giner (1967: 66-68, 1994: 642-646).

⁶⁷ W. McDougall (1920), en L. Bramson (1965: 71).

⁶⁸ Una representación de estas imágenes, en E. D. Martín (1920); Sigmund Freud (1921); Floyd H. Allport (1924); José Ortega y Gasset (1986 [1929]); Martín Heidegger, en H. N. Tuttle (1996: 109-110); Herbet Blummer (1935), en L. Bramson (1965: 82-87).

individuos, ya concebida un siglo antes. Ahora, el compuesto de la sociedad de masas era el hombre-masa, de carácter anónimo, sin cualidades propias, irresponsable, desagradecido y errático, epicentro de una sociedad en decadencia o héroe de la nueva era⁶⁹.

En efecto, en 1920, el poeta y dramaturgo espartaquista alemán, Ernst Toller, concibió la obra *Masse Mensch*, cuyo protagonista se llamaba “Sin nombre”. Un ser anónimo, cuyo mérito social consistía en pertenecer a las masas, creadoras del socialismo. Él era “el hombre nuevo”, una figura distinta de los individuos de la vieja sociedad capitalista, una nueva fuerza, equivalente a la divina génesis de la sociedad de masas socialista⁷⁰. Corresponde esta imagen a una visión leninista de las masas, en el que el desdén aristocrático por ella se centró en la consideración del noble salvaje poseedor de una conciencia –el alma de la multitud-, es decir, con un estado de ánimo o de espíritu, con necesidades, intereses, deseos, sentimientos, fuerza, pensamiento, imprudencia, capacidad de aprendizaje, desconocimiento o sabiduría con referencia a qué corriente política otorgara su confianza. Un organismo vivo, en definitiva, autor y receptor a la vez del progreso social, cuyo movimiento se encontraba regido por unas leyes, cuya deducción científica era el norte de la estrategia bolchevique:

“Era preciso mostrar a las masas lo que eran ellas mismas, su número, su fuerza, su resolución... Volvíase imperioso obtener que las masas, viéndose a sí mismas, se dijeran: Nada ni nadie podrá resistirnos”.

El maestro educador de las masas, el científico descubridor de sus leyes era el Partido Bolchevique, el partido de masas del proletariado cuya función consistía “en instruir, ilustrar, educar” a las masas, para lo que debía trabajar allí donde éstas se encontraran, por medio de los sindicatos. El partido constituía la vanguardia, el director de las masas, y sabía cumplir sus tareas sólo cuando no se asilaba de la masa que dirigía, y la conducía hacia delante. En los días inmediatos a la revolución surgían intérpretes de los acontecimientos, obreros de los que podía esperarse las consignas necesarias. Estos “caudillos” impregnaban a las masas, las dirigían, auscultaban su estado de ánimo, frenaban su imprudencia y las arrastraban hacia la revolución. Una vez triunfante, la vanguardia del proletariado, con el propósito de encontrarse ligado siempre a las masas, ayudaba a éstas a construir por sí mismas el socialismo. Se iniciaba así una psicología de las multitudes marxista o leninista, con sólo algunas modificaciones respecto de la

⁶⁹ Según Salvador Giner fue en la conferencia de Max Scheler, dictada en 1927, cuando apareció la sociedad masa de forma completa y concisa. El hombre-masa, en J. Ortega y Gasset (1986: 95).

⁷⁰ S. Giner (1967: 76).

creada a finales del siglo XIX, asumida por las direcciones de los distintos partidos comunistas a lo largo del siglo XX para exponer su estrategia⁷¹.

La psicología de las multitudes había surgido en Europa –en Italia y Francia-, y continuó en ella. Hubo, sin embargo, una primera emigración de la imagen social de las masas a los EEUU a principios de siglo –con Robert E. Park- que, con el andar del tiempo, formalizó el inicio de las teorías del Comportamiento Colectivo –teorías que continuaron llamándose en ocasiones psicología de las multitudes- en la Universidad de Chicago. Se produjo una segunda emigración de las masas a Norteamérica a mediados de los años treinta, cuando algunos de los filósofos de la Escuela de Frankfurt se refugiaron en Nueva York, con Freud y Marx en la maleta, y prosiguieron sus estudios en la Columbia University y en la New School for Social Research. Como en el caso anterior, el resultado de este nuevo traslado consistió en la divulgación de la imagen de la sociedad de masas en la academia de los EEUU, esta vez, de la mano de los análisis de su protagonismo en las mediocres relaciones sociales y culturales de la era industrial y, en particular, en los orígenes de la dominación nazi en Alemania. Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, etc., prosiguieron desde allí los estudios filosóficos sobre la gris cultura de masas en el capitalismo tardío y de los mecanismos de manipulación de las masas por el totalitarismo. Uno de los refugiados en Nueva York, Emil Lederer se centró en la relación entre masas y dictadura moderna, al señalar que el Estado totalitario era el Estado de las masas. Desde la socialdemocracia y el exilio, el sociólogo Karl Mannheim asumió el planteamiento de la sociedad masa y la existencia de dictadores sustentados en el apoyo de las masas, porque éstas, incapaces de tomar por sí mismas las decisiones, depositaban su fe en un líder. El totalitarismo, en resumen, se consideró el resultado del vacío espiritual dejado por la secularización liberal y su ocupación por la cultura de la masa, un término incorporado a partir de entonces a la imaginación romántica desde la filosofía⁷².

Sin abandonar la argumentación planteada por la psicología europea sobre la naturaleza y funcionamiento de las masas en movimiento, la filosofía y teoría social renovaron la denuncia decimonónica de las repercusiones políticas de la dependencia de las masas respecto de sus conductores que, por supuesto, al arrastrarlas, se aprovechaban de ellas. Las masas, además, borran la cultura y la historia e invadían la sociedad para cubrirla por completo con su mediocridad. Por último, la movilización de las masas continuaba siendo extravagante y peligrosa, al hacerse imprescindible a la

⁷¹ La conciencia, en diversos trabajos de Lenin, elaborados entre 1918 y 1922, y reunidos en V. I. Lenin (s.f.: II, 659-663, III, 80-81, 360-389, 502, 683-687); y en Leon Trotski (1973 [1930]), de quien es la última frase entrecomillada, en página 383. La psicología de masas marxista, en Wilhem Reich (1972 [1933]: 132).

⁷² Sobre las teorías del Comportamiento Colectivo, Clark McPahil (1991: 5-60). La segunda emigración a los EEUU, en Edward Shils (1980: 110-124); L. Bramson (1965: 162-164); S. Giner (1994: 667-669). Emil Lederer (1967 [1940]). Karl Mannheim (1987 [1936]).

hora de adquirir poder político. La competencia política en la Europa de entreguerras resultó muy dura y la “conquista de las masas” fue el principal recurso en manos de los dirigentes de cualquier corriente política.

El lenguaje de masas en España no difirió del relatado en el resto de Europa. Para los sectores más conservadores, la crisis de la civilización en entreguerras era comparable a la del mundo clásico cuando se desplomó por la irrupción de los bárbaros. Éstos, ahora, eran los rusos soviéticos y también las masas de cualquier país europeo. Aunque la decadencia occidental, divulgada por Spengler, era cierta, sin embargo, no era obstáculo para “que una nueva generación ponga los ojos en otros ideales”. Una afirmación correspondiente a la noción cíclica de declive y renovación⁷³.

Una opinión más pesimista fue divulgada por Ortega y Gasset al sentenciar que el mundo iba a la deriva. La crisis se llamaba esta vez “la rebelión de las masas”, al tener como único sentido de su actuación la destrucción de todo lo existente sin construir nada a cambio:

“Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante de la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer...”.

Para Ortega y Gasset, las masas intervenían en todo y lo hacían de manera violenta para imponer la vulgaridad. Con ellas no había cultura, sólo barbarie. El “hombre-masa reaccionaba con ingratitud ante la abundancia y la facilidad de su existencia. El filósofo español no pudo sustraerse a la imaginación romántica cuando concluyó que los rasgos de esa actitud componían “la conocida psicología del niño mimado”⁷⁴.

Puesto que de un asunto de psicología colectiva se trataba a la hora de imaginar a la población como masas. Y algunos de los protagonistas de la política pública española señalaron que era obligado conocer la psicología de las multitudes para enfrentarse a la ferocidad de su intervención. “Perder el tiempo en dimes y diretes es desconocer la psicología de las masas, que (...) no pueden ser contenidas por la fuerza, sino encauzadas con habilidad”. Para manejar masas era necesario conocer la psicología de las multitudes, “conocimiento que permite apreciar el grado de sus sensibilidad”. Un entusiasmo y fe alimentados por la necesidad de un nombre para tremolarlo, porque las masas siempre iban detrás de un ídolo, fuera hombre o estamento. En eso consistía el “más elemental conocimiento de la psicología de las masas”⁷⁵.

⁷³ El mundo clásico, en Juan Salaverría (*ABC*, 23 de Junio de 1936). La nueva generación, en Ramiro de Maeztu (*ABC*, 16 de Mayo de 1936).

⁷⁴ J. Ortega y Gasset (1986 [1929]: 65, 101-112).

⁷⁵ Las frases entrecomilladas por orden en, *La Libertad*, 15 de Noviembre de 1930; Emilio Mola (1940 [1932]: 299); y Joan Peiró (1975: 462).

Había que saber, en definitiva, qué eran. Sin saber de fijo en qué consistían las masas “poco puede ser comprendido a derechas de cuanto está trascurriendo desde hace quince o veinte años”. El concepto, “hoy tan usado y corriente de ‘las masas’”, quizá muchos lo utilizaban de un modo erróneo⁷⁶. Era lenguaje común de políticos, periodistas, gobernantes, novelistas, universitarios, ensayistas y poetas. Como décadas atrás, ese lenguaje era heterogéneo, contradictorio, fragmentario, repleto de metáforas e imágenes, que otorgaba significados a la realidad social y a la política en su conjunto, y a la movilización colectiva y la competencia política, en particular. Cuando intervenían las masas, se concretaba, era “la política de los instintos” la prevaleciente:

“Las masas sienten más que piensan, y ello es natural... Falta de lógica es lo que caracteriza la actuación de las masas y de los políticos que tratan de halagar sus pasiones. Hasta un Maquiavelo es menos peligroso que una multitud que se cree generosa... Las masas encuentran una singular voluptuosidad en la exaltación de sus propias pasiones ¿quién nos dirá hasta dónde conducirá la política de los instintos?”⁷⁷.

Ramón J. Sender lo explicaba con meridiana claridad, al señalar que si el hombre hablaba con la razón, las masas lo hacían con los instintos. La inteligencia de las masas no se basaba en el cerebro, sino en los ganglios. Y “lo que hablan los ganglios lo percibimos también ganglionariamente”. Las masas representaban un “confuso amontonamiento impersonal” de número y materia, sin calidad ni espíritu, informes, compactas, que actuaban sin lógica, movidas por las pasiones y el contagio, con disciplina o sin ella, a impulsos espontáneos u organizada, sin pasado, desorientadas o protagonistas del futuro, femeninas o varoniles, frenéticas o estáticas, vengativas o llenas de bondad. Las masas eran sanas, sabias e incultas, ignaras, estultas, caprichosas, conscientes e inconscientes, obedientes e irresponsables, radicales o indiferentes y descristianizadas. Las masas poseían unos rasgos u otros en correspondencia con la posición de los autores en la política pública. Las masas seguidoras de los adversarios compartían, por lo general, características negativas con éstos; podían ser elogiadas si se comportaban de manera favorable o se consideraba positivo su reclutamiento y apoyo⁷⁸.

Las masas eran protagonistas de las movilizaciones; podían actuar en ellas de manera turbulenta –las masas eran las que producían motines- o colaboradora, a juicio

⁷⁶ Ramiro Ledesma Ramos (2004 [1935]: 126).

⁷⁷ Andrés Revesz, en *ABC*, 21 de Mayo de 1936.

⁷⁸ Ramón J. Sender (1936: 209). El amontonamiento, en Marqués de Quintanar (*ABC*, Sevilla, 4 de Mayo de 1937). El resto de rasgos adscritos a las masas, en Manuel Burgos y Mazo (1921: 196); Juan Díaz del Moral (1979: 360); Constantino Bernaldo de Quirós (1974: 68-69); Luis de Andrés y Morera (1927: 25); Miguel Ángel Rebollo Torío (1978: 88); Francisco Madrid (1932: 136); Juan Felipe García Santos (1980: 207); Maximiliano Arboleya Martínez (1934: 34); Agustín de Foxá (2001 [1937]: 210); Raimundo Fernández Cuesta (1938: 60); José Pemartín (1998 [1938]). Además, en la prensa española de entreguerras y en la correspondencia cruzada del Ministro de la Gobernación con los Gobernadores civiles.

de los gobernadores civiles, cuando no eran engañadas por sus conductores. Pero los gobernantes y los dirigentes políticos sentían, en general, prevención cuando la población ocupaba la calle, ya que las masas se “excitaban” con mucha facilidad. El clima creado en un mitin en una plaza de toros, o en una manifestación por las calles céntricas de una ciudad, era ya suficiente para excitar los ánimos con repercusiones funestas en la política. Como señaló Cambó:

“la excitación de las masas es la preparación indispensable para un golpe fascista o para una revolución proletaria... Estas concentraciones no las puede emplear nunca un partido que quiera mantener una posición de centro”.

Sin embargo, en los años treinta se hizo bastante habitual aplaudir el entusiasmo vibrante de las masas en las concentraciones alrededor de los dirigentes⁷⁹.

Eran masas carlistas, republicanas, socialistas o católicas, es decir, encuadradas en organizaciones políticas y dirigidas por caudillos o jefes. Había también masas populares, masas trabajadoras, masas españolas y nacionales, conservadoras... en referencia no a partidos o sindicatos, sino a identidades colectivas, en nombre de las que actuaban los dirigentes. Entre las dos guerras mundiales, la política pública se relacionaba de manera significativa con la “conquista de las masas” para obtener poder. La tarjeta de presentación de los dirigentes políticos requería tener “solvencia y prestigio” entre las masas. En las circunstancias vigentes, el individuo no representaba nada porque “ganar la batalla era cuestión de masa”. Gil Robles afirmaba que “nosotros podemos decir que nuestros poderes están en el pueblo, en la masa”. La clandestinidad sindical, por ejemplo, alejaba a las masas de los sindicatos y las habitúan a prescindir del calor de la solidaridad obrera que sostenía el sindicato. Para participar en la política pública, comunistas, fascistas, socialistas o católicos se propusieron en los años treinta “conquistar a las masas”, y los grupos críticos de esa iniciativa de los adversarios, que menospreciaban el esfuerzo o alertaban sobre sus consecuencias revolucionarias en momentos determinados, lo interpretaron como idóneo e inteligente al proponerse tomar el mismo tipo de iniciativas en otras circunstancias. Por encima de las críticas y alabanzas, movilizar “a las masas” se convirtió en un mérito político, al comprobarse con su actuación la respetabilidad de los objetivos a alcanzar, la unidad de toda la población en torno a ellos, la grandiosidad del respaldo popular a los planteamientos y el compromiso con ellos de los grupos participantes. Todo ello resumido en el eslogan “Somos más, somos mejores”, enunciado por el periódico católico *El Debate*⁸⁰.

⁷⁹ Citado en Stanley Payne (1995: 268).

⁸⁰ La solvencia y el prestigio, en “Gobernador civil de Burgos a Ministro de la gobernación”, 9 de Noviembre de 1931 (AHN, Serie A Gobernación, leg. 60, exp. 21). La batalla, en *El Sol*, 13 de Marzo de 1923. Gil Robles, en *ABC*, 12 de Febrero de 1936). La clandestinidad, en J. Peiró (1975: 101). *El Debate*, 11 de Febrero de 1936.

Mentar a las masas se convirtió, además, en un ejercicio de suplantación de personalidad política dialogado en tercera persona. Cuando los dirigentes políticos afirmaban que las masas se encontraban indignadas o descontentas, habían perdido la confianza en el gobierno o quería honrar a sus mártires, trasladaban sus propias inquietudes políticas a un sujeto social inventado. Las masas existían para legitimar o deslegitimar las distintas posiciones políticas, en el marco de la consideración de la política como un campo de lucha en el que actuaban “proas y masas”, minorías audaces que trataban de conducir a las masas⁸¹.

La política de los instintos no podía desplegarse sin la sugestión de los conductores de masas. Conforme avanzaron los años del periodo de entreguerras, sin embargo, se divulgó una interpretación concreta de unas masas acéfalas, conductoras de sí mismas, que imponían sus criterios; una masa virgen, carente de dirección y de apoyo. Era la hiperdemocracia, en palabras de Ortega, al sustituir las masas a las minorías; un imperio político en forma de dictadura consistente en un movimiento de las masas contra las elites. Las multitudes mandaban desde la Gran Guerra y la antigua clase directora se encontraba con las manos atadas ante la gente de la calle. En concreto, la oposición al gobierno republicano interpretó las continuas movilizaciones de marzo de 1936 en España como el gobierno de las masas, ya que el gobierno de Azaña se había entregado a ellas y habían desbordado a sus jefes. Una situación recurrente en las revoluciones, que “comienzan sirviendo al caudillo y acaban por convertirlo en instrumento de las pasiones de la multitud”⁸².

Parecían girarse al revés los planteamientos tradicionales sobre las masas: éstas eran ahora el cerebro que concibe, la voluntad que manda, y el gobierno sólo el instrumento que ejecutaba; los caudillos eran juguetes en sus manazas. Pero esa interpretación se difundía incompleta, al no incluir que las masas siempre, siempre, comprendían a sus conductores, sin los cuales eran incapaces de moverse, al carecer de voluntad propia. En realidad quería decir que el gobierno se ejercía a través de la política de los instintos, la política de masas, que no poseía calidad. Era la misma crítica de Ortega y Gasset, concerniente a la imposición de la vulgaridad y la destrucción en la política. Se proponía, en su lugar, una política de selección, es decir, sin movilizar a la población. Se añoraban los viejos tiempos en que la política pública lo era toda de

⁸¹ Ernesto Giménez Caballero, citado en Enrique de la Selva (2000: 86). La audacia, en “Bando del Capitán general de la 2ª Región”, Sevilla, 22 de Mayo de 1931.

⁸² Acéfalas, en C. Bernaldo de Quirós (1974: 68-69). Virgen, en “Manifiesto de constitución del ORGA en Galicia, 1930” (AHN, Serie A gobernación, leg. 45, exp. 8). J. Ortega y Gasset (1986: 70). Masas contra elites, en la revista *Cruz y Raya*, citado por J. F. García Santos (1980: 183). Las manos atadas, en *ABC*, 12 de Junio de 1936. El gobierno de las masas, en *ABC*, 3 de Enero y 29 de Febrero de 1936; *Ya*, 1 de Junio de 1936. Las revoluciones, en Antonio Ballesteros (1913), y en Melchor Fernández Almagro (*Ya*, 8 de Junio de 1936)

selección. Pero como afirmó José Calvo Sotelo en 1932 ahora que estaban prestas las masas, tocaba hablar a los caudillos⁸³.

Y había muchos dirigentes que “acaudillaban” a los “acaudillados”. Con el mismo papel había también *leaders*, líderes, jefes, directores, rectores, conductores, vanguardia y elite. Eran nombrados como caudillos figuras, tan distantes en sus concepciones políticas, como Pablo Iglesias, Miguel Primo de Rivera, Gil Robles o Francesc Maciá, éste último calificado al fallecer como un titán rodeado de pigmeos⁸⁴. Durante la guerra de los Tres Años continuó el tratamiento de caudillo, otorgado a civiles como Onésimo Redondo o Francisco Largo Caballero, y a generales, como Queipo de Llano, Cabanellas, Franco y Mangada. En algunos círculos políticos el caudillaje y el caudillo fueron figuras criticadas por serlo de la política de los instintos:

“Más que la consciente y firme adhesión incondicional a las ideas, ha solido buscarse en los partidos populares la adhesión incondicional a las personas. De aquí los caudillajes, ya demagógicos y turbulentos, ya astutos y apicarados, con que tantas veces se ha enturbiado la acción de las democracias”⁸⁵.

No obstante el propósito, la atracción de las masas requería la presencia e intervención de caudillos. Por eso hasta en la CNT se detectaban “afanes de caudillismo”. Aunque Manuel Azaña declaró no ser jefe ni caudillo de nada, algunos lo definieron de esa manera, sobre todo, tras los mítines en “campo abierto” de 1935. Quizá existiera esa prevención ante tan distinguido título porque era de dominio común que “la vida los tritura” con rapidez, al depender del “capricho, veleidad o la estultez de las muchedumbres”. Los conductores, de todas maneras, ya no se parecían a los de antaño, “agitadores de taberna y pistoleros”; en los años treinta eran “verdaderos apóstoles”, que sugestionaban con habilidad a unas masas que por su incultura resultaban ser campo abonado, más propicias para la revuelta y la acción. Era la masa moldeable que, a juicio de sus adversarios, deseaba Marx. Era ley general que las muchedumbres engañadas siguieran al que les ofrecía, en menos plazo, mayor cantidad de fáciles alucinaciones”. Al ocultar sus propósitos, esos conductores engañaban a las masas y solían obtener provecho personal⁸⁶.

Eran esas afirmaciones de dirigentes políticos sobre sus adversarios. Si hablaban de su propia labor y de sus seguidores, la “masa no era amorfa, movediza, voluble, capitana de pasiones y apetitos, pedestal para las piruetas de consecuencias trágicas que

⁸³ La falta de calidad, en *Ahora*, 11 de Enero de 1936. Calvo Sotelo, en M. Á. Rebollo Torío (1988: 87).

⁸⁴ Caudillo fue una palabra en boca y pluma de todos. El verbo en infinitivo y participio, en “Circular del Ministro de la Gobernación”, 16 de Julio de 1917, y en “Manifiesto de constitución del ORGA en Galicia, 1930”.

⁸⁵ “Manifiesto del Partido Republicano Radical Socialista”, en M. Artola (1974: II, 319-320).

⁸⁶ En la CNT, J. Peiró (1975: 86). Azaña, en M. Á. Rebollo (1988: 29). La vida tritura, en *ABC*, 27 de Mayo de 1936. Apóstoles, en E. Mola (1940: 266). Marx y el engaño, en R. Fernández Cuesta (1939: 19). Las alucinaciones, en *ABC*, 3 de Enero de 1936.

sobre ellas hacen agitadores vulgares”, porque ellos no lo eran. Para ese “oficio de cabeza” los dirigentes debían identificarse con la masa. Esa era la labor emprendida por Mussolini, pero también la de las organizaciones comunistas: “El Partido”⁸⁷.

La estrategia de los partidos comunistas de la III Internacional consistía en convertirse en vanguardia para atraer, organizar y movilizar a las masas:

“Olvidar las diferencias que existen entre el destacamento de vanguardia y todas las masas que gravitan hacia él, olvidar el deber permanente del destacamento de vanguardia de elevar a capas cada vez más extensas hasta ese nivel de vanguardia”⁸⁸.

Para lo que era necesario que el Partido fuera el “intérprete” de sus necesidades y anhelos, de su voluntad, estado de ánimo y movimiento, al poseer una conciencia y en ella poder penetrar la política de la organización, a través de la obtención de su confianza. Unas masas españolas que todavía no eran como las rusas que, por su propio impulso, sin mediación de nadie, habían creado los soviets en aquel país. El Partido debía transformarse en uno verdadero de masas, “no de pequeñas minorías más o menos inteligentes”, sino una vanguardia que sirviera de guía y dirigiera a las masas, situándose “estrechamente ligado con la masa” y ponerse a la cabeza de ésta. El objetivo, entonces, era arrebatarse a las masas de la influencia de los jefes traidores “socialfascistas” y “anarcorreformistas” y vincularse a las masas sin partido:

“El partido no puede dirigir a la clase obrera sino está vinculado a la masa sin partido, si no hay lazos de unión entre el partido y las masas sin partido, si éstas masas no aceptan su dirección, si el partido no goza de crédito moral y político entre las masas”⁸⁹.

Si la política del Partido era “la política de las masas”, se convertiría en “la auténtica fuerza directora de las masas populares españolas”⁹⁰. A la altura del final de los años treinta, el PCE se concebía así como conductor de las masas, por ser protagonistas de la política de los instintos, pero también de una producción y contenido artísticos que comenzó a denominarse “cultura de masas”. Con ese término se hizo referencia a la producción cultural en la que el protagonista de la creación eran las masas: “esa muchedumbre cansada en el trabajo, vilipendiada en la vida y que, sin embargo, está

⁸⁷ La cabeza, en J. F. García Santos (1980: 151). El deber, en Francesc Cambó, en Carme Molinero (2005: 18).

⁸⁸ PCE (1937: 11).

⁸⁹ El sangrado, en PCE (1937: 10). Las masas impulsoras de los soviets, en J. Bullejos y Manuel Adame (s.f [1931]: 26).

⁹⁰ Además de las citas en sangrado, el concepto comunista de vanguardia y de masas, en *El Comunista*, 1920-1921; Estatutos del PCE, 1922; “Carta del Comité Ejecutivo a las Federaciones Regionales, Radios y células”, 16 de Diciembre de 1930; Manuel Hurtado, en *La Internacional Comunista*, 7 de Octubre de 1932; A. Brones (1933); “Orientaciones sobre la política del partido en la situación actual, s.f. [1936]; diversos informes de Jesús Hernández, Pedro Checa y José Díaz, así como Resoluciones del CC del PCE en 1937 y 1938.

operando el milagro de cambiarla”. Novela de masas, teatro de masas, música de masas, arte de masas... en el que “se profundiza en la vida de la masa”, a cargo del creador, el intelectual, una especie de conductor o jefe de las masas en el ámbito artístico:

“La posición del novelista ante las masas es el gran problema de la novela de hoy. Ya sabemos que no es posible una labor de creación de espaldas a ellas. En ellas está el principio activo, como está el “radium” en las canteras de mineral. La labor del genio, del novelista genial de nuestro campo, que saldrá un día, será aislar ese principio y acondicionarlo establemente en sus obras”⁹¹.

La cultura de masas no sólo se definía por su contenido, sino además por la relación de las masas con el acceso al consumo artístico. La referencia más señalada fue la política cultural del País de los Soviets, donde el arte ya no era un privilegio de las clases dirigentes, como en el zarismo, inaccesible a las masas, sino todo lo contrario, “mezclándolo a la vida de las masas trabajadoras”. Pero si así se interpretaba en la Rusia soviética, en España durante la guerra de los Tres Años, los comentarios sobre la intensidad de la política cultural de las distintas fuerzas antifranquistas, tendente a generalizar su consumo, se dirigieron a imaginar sus efectos: “ante la palabra cultura los milicianos, los revolucionarios, las masas detenían su furia... Estas masas obreras sienten la emoción del libro”⁹².

Surgía así un nuevo ámbito de actuación social adscrito a las masas: el acceso de la mayoría de la población al consumo cultural. Se amplió de inmediato la imaginación romántica sobre la relación de las masas con la cultura, al asignar los intelectuales norteamericanos y exiliados en los EEUU una serie de rasgos a la cultura específica de masas, entre ellos su degradación.

La sociedad masa

A raíz de la instauración de la dictadura nazi en Alemania y el afianzamiento del stalinismo en la Unión Soviética, así como del gran enfrentamiento de la Segunda Guerra Mundial, la imagen de la sociedad dividida en elites y masas se consolidó, al explicar el recién creado concepto de “totalitarismo” y la participación más activa del conjunto de la población en la vida social. Los argumentos ya conocidos sobre las masas se actualizaron y se extendieron a una serie de disciplinas del conocimiento que pretendían interpretar parcelas específicas de las relaciones sociales. Se produjo una

⁹¹ Julián Zugazagoitia, en *Nueva España*, 15 de Febrero de 1930; José Díaz Fernández, en *Política*, 3 de Octubre de 1935. Vicente Salas Viu se quejaba del término “música de masas”, en *Nueva España*, 15 de Agosto de 1930. La cita en sangrado, de Ramón J. Sender, en *Leviatán*, Mayo de 1936, p. 202.

⁹² El País de los Soviets, en *Revista de Bellas Artes*, Enero de 1923, p. 14. La emoción del libro fue una expresión de Ventura Gassol, Consejero de Cultura de la Generalitat, en Agosto de 1936, en Fernando Caudet (1993: 63).

especie de banalización del concepto de masas, al presentarse como si fuera una realidad incontrovertible. A dicha extensión contribuyó también la sociología norteamericana, al asumir las imágenes europeas sobre las masas, con un doble efecto:

“Por una parte, ha habido, bien una transformación de los significados de los conceptos europeos, bien el desarrollo de nuevos conceptos más apropiados a la tradición liberal americana y a su sentido político y social; por otra parte, ha habido una aplicación, sin juicio crítico, de conceptos desarrollados en Europa para datos americanos, sin tener en cuenta la tergiversación que se produce o las condiciones especiales para las que han sido tomados en consideración”⁹³.

La aportación más relevante de esta época de los años cuarenta consistió en el desarrollo del concepto de sociedad y cultura de masas, a partir de la sempiterna noción de decadencia, de crisis, formalizada en el tránsito de la época de los totalitarismos y de la crisis económica a otra de la democracia liberal con crecimiento económico acelerado. Se conectaba así con la idea de decadencia de Occidente y el colapso de la civilización. En el mismo vértice de la crisis se encontraba el problema universal de la democratización de los regímenes políticos; o expresado de otra manera, “los arranques emocionales impulsivos y brutales de los hombres masa” o “la integración de las masas en la vida política”⁹⁴.

El conflicto político de entonces, considerado “uno de los más graves peligros para la democracia”, se interpretó nacido décadas atrás, de la mano del surgimiento de “la política de masas”, es decir, de la implicación directa de las masas en la política, transformada en un drama basado en mitos y símbolos para convertir a las masas en una fuerza política coherente y organizada. En esa labor desempeñaron un papel fundamental miembros de las elites, algunos de ellos, se afirmó, demagogos y desaprensivos, que “violaron” a las masas para obtener influencia y poder. En páginas anteriores ha podido observarse que ésta no constituía una crítica nueva, aunque algunos autores –como Le Bon u Ortega y Gasset- centraron el peligro no en las elites sino en las masas. La imagen de la política de masas –la política de los instintos- se completaba al señalar su origen a finales del siglo XIX, pero la época y el lugar culminantes se situaron en la Europa de entreguerras⁹⁵.

La crisis se manifestó en la ubicación de las masas en la política. Un conflicto intensificado por la urbanización y la industrialización que desintegraron las sociedades

⁹³ S. Giner (1971: 73 y 75). La cita en sangrado, en L. Bramson (1965: 60).

⁹⁴ La crisis de transición, en Gino Germani (1971: 329); el colapso, en K. Mannheim, en S. Giner (1967: 83). Las dos frases entrecomilladas, en los dos autores respectivamente. También, en Henri de Man (1954 [1951]: 58).

⁹⁵ El peligro, en G. Germani (1971 [1962]: 329). La política de masas, en Karl Mannheim (1987: 31), y en George L. Mosse (2005 [1975], 1987 [1980]). La “violación”, en Sergei Chajotin (1939), citado por S. Giner (1971: 74). Las intenciones perversas de las elites, también en Hannah Arendt (1982 [1951]: 445); William Kornhauser (1959: 21, 31).

tradicionales centradas en el sentido de comunidad. Esta imagen ya establecida por la sociología del siglo XIX, incluía la atomización de la sociedad compuesta de personas uniformes y desindividualizadas:

“La verdad es que las masas surgieron de los fragmentos de una sociedad muy atomizada cuya estructura competitiva y cuya concomitante soledad sólo habían sido refrenadas por la pertenencia a una clase. La característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones normales”⁹⁶.

El centro del problema de las masas se situaba entonces en la emergencia de una sociedad atomizada compuesta por un agregado de individuos que se relacionaban unos con otros por su vinculación a una autoridad común: el Estado. El sustituto de la comunidad perdida eran los partidos, las ideologías políticas más extremas y su extensión a toda la sociedad⁹⁷.

Mientras circulaban estos argumentos sobre los orígenes de las masas, una mera actualización de la imaginación romántica del siglo XIX, los planteamientos de la psicología de las multitudes continuaron vigentes para definir los rasgos esenciales de las masas, imaginadas como uniformes, irracionales, amorfas y necesitadas para actuar de la presencia y dirección de conductores, ya encuadrados en su mayoría en partidos políticos, populistas, nacionalistas y comunistas. Hasta Pío XII en el Mensaje de Navidad de 1944 definió la masa como inerte y recibir su movimiento de fuera; “de ahí, en las sociedades donde la masa es exaltada a una categoría política máxima desaparecían la democracia y la libertad”. Las teorías del Comportamiento Colectivo, aparecidas en las universidades norteamericanas, resultaron hegemónicas a la hora de comprender la presencia de las masas en la calle. A partir de los años veinte y hasta los setenta, la movilización urbana se interpretó bajo ese prisma, iniciado por Park y Blummer, como una situación anómala, errática, repleta de consideraciones psicologistas y al margen de la política institucional. La transformación de los individuos en masas, fundamento de la psicología de las multitudes, continuó en obras publicadas por Leon Festinger, Anthony Pepitone y Theodore Newcomb, en 1952; por Phillip Zimbardo, en 1969; Edward Diener, en 1977 y 1980, y, por último, Serge Moscovici, en 1981. Éste último autor reivindicó por completo el legado de Le Bon y Tarde, al señalar la falta de raciocinio del hombre-masa, un borrego diluido en la multitud caracterizada por rasgos femeninos y dirigida por conductores⁹⁸.

Estos autores se centraron en el estudio del comportamiento de las masas en la calle, sin profundizar en el concepto de sociedad de masas o sociedad masa. Otros

⁹⁶ Cyril E. Black (1988: 250-254); Maurice R. Stein (1960). El sangrado, en H. Arendt (1982: 434).

⁹⁷ W. Kornhauser (1959: 32).

⁹⁸ La cita de Pío XII, en Gaspar Bayón Chacón (1954: 76). El Comportamiento Colectivo y la relación de autores, en Clark McPahil (1991: xix). Serge Moscovici (1985 [1981]).

autores, en cambio, desarrollaron los primeros argumentos surgidos en los años treinta – y a mediados del siglo XIX- sobre el conjunto de las relaciones sociales. La sociedad de masas se consideró como una sociedad moderna, de individuos indiferenciados, uniformes, aislados, dependientes, dispuestos a merced de los medios de comunicación de masas y subordinados a una elite. Esta definición prescinde de la variedad de argumentos expuestos por distintos autores, algunos de ellos por completo contradictorios. Una de las principales contradicciones radica en la consideración de aislamiento o incorporación a la vida política de las masas, pues si constituían el centro de la vida social, era difícil que sus elementos se encontraran disgregados⁹⁹.

Una sociedad de masas era un sistema social en el que las elites eran accesibles a la influencia de las masas y éstas se encontraban disponibles para ser influidas por las elites, sin contar las masas con referencias comunitarias, sin el arraigo a objetos próximos de la vida diaria y privada que les permitieran ser independientes de las elites totalitarias¹⁰⁰.

Si desde el principio, el concepto de sociedad de masas fue manejado con referencia a Europa, Charles Wright Mills lo aplicó a los EEUU en sus dos trabajos fundamentales sobre la clase media, publicado en 1951, y la elite de poder, de 1956:

“Dadas estas fuerzas que han engrandecido y centralizado el orden político y hechas sociedades modernas menos políticas y más administrativas; dada la transformación de las viejas clases medias en algo que quizá no debería ser llamado clase media; dadas todas las comunicaciones de masa que realmente no comunican; dada la segregación metropolitana que no es comunidad; dada la ausencia de asociaciones voluntarias que realmente conectan al público con los centros de poder –lo que está sucediendo es el declive de un grupo de públicos que es soberano sólo en el sentido más formal y retórico. Los públicos no poseen los instrumentos para decidir y actuar: pierden su sentido de pertenencia política porque ellos no tienen a qué pertenecer; ellos pierden su voluntad política porque no hay forma de plasmarla (...). La clásica comunidad de públicos se está transformando en una sociedad de masas. Esta transformación, de hecho, es una de las claves del significado psicológico y social de la vida moderna americana”¹⁰¹.

El autor añadió que la existencia de una sociedad de masas implicaba la de una elite de poder, procedente de los ámbitos militar, político y económico, con un notorio nivel de autonomía para tomar las decisiones realmente importantes en la sociedad. Entre las

⁹⁹ En este texto se escoge sociedad de masas, expresado de la manera más habitual en castellano. La traducción exacta del inglés, sin embargo, sería sociedad masa. La definición se basa en la planteada por S. Giner (1967: 84 y ss; 1971: 17-18), que reproduce a su vez las definiciones de diversos autores, y en la expuesta por Sandor Halebsky (1976: 2). Edward Shils (1960: 288-290), por ejemplo, acepta el término sociedad de masas si se entiende por tal sólo la extensión de la ciudadanía a través de la incorporación de la mayoría de la población a la vida social.

¹⁰⁰ W. Kornhauser (1959).

¹⁰¹ C. Wright Mills (1956: 324 y 300).

masas y las elites existía una enorme distancia, al ejercer las últimas el verdadero poder sobre las masas y aislar a los individuos.

Wright Mills fue un exponente esencial del abandono del análisis exclusivo de clase por parte de la izquierda europea y norteamericana para hacer suyo el propuesto por los teóricos de la sociedad de masas. Tanto en la Unión Soviética como en la República Popular China, y por ende en los partidos comunistas, como entre la intelectualidad marxista occidental –con Horkheimer, Adorno y Marcuse a la cabeza-, se admitió el protagonismo de las masas en la vida social y política. Unas masas, víctimas del capitalismo y de la manipulación comunicativa, que habría que dirigir para movilizarlas a favor de la rebelión antiburguesa. Las teorías de la modernización de los años sesenta y setenta completaron la tendencia académica e ideológica para comprender la sociedad compuesta de masas y elites, unidas en la destrucción del orden tradicional, protagonistas de los desfases entre las reclamaciones y los anquilosamientos institucionales, así como por su deriva en las revoluciones¹⁰².

Una parte sustantiva de la definición de sociedad de masas propuesta residió en el papel desempeñado por los medios de comunicación, cuyo control era ejercido por parte de la elite de poder y, por lo tanto, eran omnipotentes, al influir en las actitudes y en la conducta, y manipular a los individuos aislados de la masa con verdadera facilidad. Se introducía así el concepto de cultura de masas, que compartía cierta ambigüedad con el más genérico de sociedad, al referirse a la vez a tres dimensiones diferentes de la cultura: los medios de comunicación transmisores de la cultura; el status social de sus consumidores; y las cualidades sustantivas de su contenido. Cada una de estas dimensiones fue interpretada como negativa y rechazable: degradación de la cultura, manipulación mediática y pasividad en los consumidores. Una cultura, por lo tanto, nada creativa, sin pretensiones artísticas, llena de fórmulas publicitarias, periodismo barato, películas intrascendentes, canciones chabacanas, revistas pornográficas y una televisión compendio de todo lo malo de la sociedad. En todo ello se excluía lo novedoso: “la máquina gira y gira en torno al mismo eje”. Del espectador no podía esperarse un pensamiento independiente, porque la producción cultural excluía la exigencia de esfuerzo mental. En “la industria de la cultura” –una versión de la cadena de montaje-, el individuo era una ilusión, al ser tolerado mientras no pusiera en duda su identificación absoluta con la generalidad. La calidad se había convertido en cantidad y la cultura de masas se había distanciado del arte. Era un producto de la alienación de las masas¹⁰³.

¹⁰² La izquierda, en Blanca Muñoz (2005 [1989]: 110); y S. Giner (1971: 86-87). Las teorías de la modernización, en Teresa Carnero Rabat (1992).

¹⁰³ L. Bramson (1965: 128). Las tres dimensiones, en Edward Shils (1960: 291). Los rasgos de la cultura de masas, en L. Bramson (1965: 157-158); Theodor W. Adorno y May Horkheimer, así como Walter Benjamín, en James Curran, Michael Gurevitch y Janet Woollacott, eds. (1981). También, en B. Muñoz (2005: 110-115).

Mientras se extendieron por doquier todos estos lugares comunes –“es esta la teoría social más influyente en el mundo occidental de hoy”-, surgieron también las primeras críticas a la imagen de la cultura y de la sociedad compuesta de masas, que se expondrán al término de este texto¹⁰⁴. Quizá por eso, o por la aparición de nuevas teorías sociales elaboradas con más rigor, el concepto de masas fue diluyéndose a partir de los años ochenta, y permaneció tan sólo en la interpretación de la política del pasado, y en el presente como vocablo equivalente a un medio de comunicación con alcance multitudinario o a un auditorio de muchas personas, ambos sin rasgos específicos. Un declive que acabará sucediendo también en España por la misma época, después de la prolongación de su utilización en los cuarenta años anteriores.

Juan Vent Cos recibió en 1970 el premio internacional de poesía jienense El Olivo por su libro de poemas titulado *Mass Society*. Un mensaje repleto de señales. Primero por indicar la familiaridad del término con unas dosis de snobismo; después, porque los poemas no hacían ninguna referencia a las masas. Luego, la masa es nada y es todo. La referencia a la sociedad formada de elites y masas fue, durante la dictadura franquista, cardinal y minuciosa, como la marcha de un reloj, en sus tres dimensiones: héroes, elites y masas:

“el hombre que da la cuerda, la tensión misma del muelle y el péndulo. En general, las ideas fecundas, socialmente eficaces, son obra o expresión de hombres geniales, de un “fundador” (Hauriou) que es quien da la cuerda al reloj de la historia. Pero la institucionalización de esas ideas y consiguientemente su destino ulterior, depende de que existan minorías que sepan llevarlas a ejecución; como el movimiento del reloj depende de que exista un muelle en constante tensión. Por último, las ideas viven y cambian, según son recibidas en el medio social en su totalidad, según que las masas les presten su adhesión o no. Sin el freno del péndulo que en otro sentido actúa también colaborando al movimiento, el reloj se movería locamente en breve espacio de tiempo. Análogamente es el peso muerto de las masas (que no crean nada, pero que saben conservar y destruir) lo que hace posible que la historia, pese a sus revoluciones, sea un camino de marcha de la humanidad y no la vorágine letal de unos breves momentos”¹⁰⁵.

El movimiento del péndulo de los relojes franquista y antifranquista osciló de distinta manera, pero fue sustancial en las concepciones sociales de los intelectuales y de las distintas fuerzas políticas, ya que falangistas, católicos, comunistas, novelistas, sociólogos, juristas, profesores universitarios y periodistas, entre otros, imaginaron la sociedad dividida en minorías y masas, de la misma forma que los polemólogos continuaron relatando las andanzas de los ejércitos compuestos de masas y generales, en

¹⁰⁴ Es una frase de Daniel Bell reproducida por S. Giner (1976: 901).

¹⁰⁵ Antonio Perpiñá Rodríguez (1960), reproducida en Marcelo Catalá (???????????)

una época en la que “la unión de masa y técnica, de democracia e industrialización, producirá como hijo legítimo la guerra total”. En la estructura social, por lo mismo, cabía discernir la masa y la minoría –contemplativa y de acción- que la informaba, la orientaba y expresaba. Las minorías, no debía olvidarse, regían el mundo¹⁰⁶.

Un mundo que continuaba en crisis, una época amorfa y ambigua de transición, en la que lo viejo convivía con el nacimiento de lo nuevo. Consistía la crisis en el eclipse de la vieja estratificación social fundada en unas clases y la aparición de los primeros síntomas del surgimiento de una nueva escisión de clases; en el interregno, la confusión de clases, su “desdibuje”, las masas. Se asistía, además, a la catastrófica decadencia del mundo occidental por la paralización de la capacidad de gobernar debido al dominio de las masas, una seudodemocracia convertida en fe y religión. La España de Franco, en cambio, se encontraba a salvo de tal deterioro por la compenetración de la masa con sus jefes, a través del Movimiento Nacional y de su caudillo¹⁰⁷.

Después de la intensa movilización política de la Segunda República, un proceso político de democratización yugulado por parte del Ejército en 1936, “cualquier régimen necesitaba absolutamente la asistencia de la opinión y la organización de las masas”. Aquel régimen de 1931, además, lo arribaron a puerto las masas y no media docena de republicanos, y con él se descubrió la necesidad de captar a las masas¹⁰⁸. Lo entendieron así los rebeldes durante la guerra y los falangistas después de ella: “nadie como la Falange está interesado en la tarea de incorporar a la Patria, al orgullo y al beneficio de la Patria, a todas las masas españolas”. La incorporación de las masas trabajadoras a la fe falangista constituía una empresa primordial, para la cual debían crearse unas escuadras –“un elemento esencial utilizado por todos los técnicos revolucionarios del mundo en la conquista de las masas”-, y así obtener una información exacta de los ambientes obreros y descubrir a los jefes naturales en cada unidad de trabajo. Todo ello respondía a la preocupación de Onésimo Redondo, de José Antonio Primo de Rivera y de Julio Ruiz de Alda por el encuadramiento de las masas obreras y campesinas. Incorporarlas y convertirlas a la fe falangistas:

“Hay que incorporar a las masas... mediante la formación de cuerpos y órdenes que conviertan las masas en conjuntado sistema, en jerarquías dispuestas para la acción dibujada, y que haya de cada uno de esos seres anónimos que hoy solo componen los sumandos en las cifras totales de una estadística cruel, españoles llenos de noble

¹⁰⁶ Para el ejército, Luis García Arias (1962: 405-406); también en Vicente Rojo (1988 [1947]). La estructura social, en Pedro Laín Entralgo (1984 [1957]). No se olvida el obispo de Bilbao en 1959, en José Castaño Colomer (1978: 68).

¹⁰⁷ A. Perpiñá Rodríguez (1952: 53) y Manuel Fraga Iribarne (1954: 19) reflexionan de manera muy parecida sobre la pérdida de la comunidad. La seudodemocracia, en Gabriel Arias-Salgado (1956: 64, 304, 328).

¹⁰⁸ La frase entrecomillada, en Ramón Serrano Suñer en 1947, citada en C. Molinero (2005: 19). La media docena es de José Antonio Girón en 1942, citado en C. Molinero (2005: 89). Captar a las masas es de Lorenzo López Sancho en 1971 (AGA, Presidencia, leg. 51/9939).

responsabilidad y de concepto de su valor; dotando de personalidad a quienes eran poco más que miembros gregarios de un rebaño amorfo”¹⁰⁹.

Veinte años más tarde será otro falangista al frente de la Organización Sindical Española el que recogió el testigo de esta concepción social, al asumir que se encontraban en un mundo caracterizado por la emergencia de las masas.

Por su parte, los católicos españoles se encontraban habituados a la labor de conquista de las masas por medio de los abundantes rituales religiosos periódicos y extraordinarios. A partir del surgimiento en 1947 de las Hermandades Obreras de Acción Católica y de las Congregaciones Marianas, de la Compañía de Jesús, la Iglesia desbrozó un viejo-nuevo camino: el apostolado obrero. A partir de grupos de estudio dirigidos por religiosos comenzaron a surgir dirigentes sindicalistas católicos que, entre otros recursos, adoptaron el lenguaje de masas. No constituyó una sorpresa, debido al engarce con el lenguaje político católico de la Segunda República y la guerra de los Tres Años, así como con la presencia de las masas en las imágenes sociales de la Dictadura. Maximiliano Arboleya publicó en 1946 una segunda parte de su ya conocida *Apostasía de las masas*, en la que constataba las “innumerables masas descreídas y hostiles” a la Iglesia, y recomendaba un conocimiento acabado de las convicciones de las masas, para su recristianización. Los mismos papas habían señalado con reiteración que “el gran escándalo del siglo XX era la descristianización de las masas obreras”, lo que un obispo del País Vasco llamaba “un estado de divorcio impresionante con la iglesia”¹¹⁰.

El apostolado –término católico para designar el oficio de conquistar masas- y el lenguaje de masas cabalgaron juntos entre las organizaciones especializadas. Resultó habitual que los diferentes medios de expresión de estas organizaciones, así como la jerarquía eclesiástica, denominaran al conjunto de los trabajadores masas obreras, masas trabajadoras, masa..., de ahí que las publicaciones de los “movimientos sociales” de Acción Católica se denominaran *Boletines de masa*. Asumían, además, que los distintos grupos cristianos emprendían “acciones de masas”, y que ojalá hubiera sido cierta la influencia atribuida por el diario vespertino *Pueblo* a la influencia de la HOAC sobre las masas trabajadoras. Intenciones no faltaban porque el objetivo de la AC obrera consistía en parecerse “menos a un castillo enrocado que a una levadura activa que tiene que

¹⁰⁹ *Arriba*, 3 de Abril de 1941, citado en I. Saz (2003: 262); el Ministerio de Trabajo en 1943 y Girón, en 1945 y 1947, citados en C. Molinero (2005: 97, 100 y 101). El párrafo en sangrado, en Fermín Sanz Orrio (1944: 35).

¹¹⁰ M. Arboleya (1946: 16, 180, 135). Los papas, en la *Carta de los presidentes y consiliarios de organizaciones apostólicas obreras*, 26 de Abril de 1967, en J. Castaño Colomer (1978: 154). El obispo Pablo Gúrpide, en Fernando García de Cortázar (1990: 14).

diseminarse en la masa para fermentarla”. La organización jesuita competidora de Acción Católica, se denominó a partir de los años sesenta “Vanguardia” obrera¹¹¹.

El símil de la levadura-vanguardia no fue utilizado sólo por los católicos. El secretario general del PCE, Santiago Carrillo lo utilizará cinco años más tarde para expresar una idea similar, al afirmar que el partido comunista desempeñaba con eficacia el papel de vanguardia, “la levadura sin la cual la masa no levanta”. El lenguaje de masas adoptado por el PCE en los años sesenta se intensificó si cabe con respecto a la década de la Segunda República, al tratar de convertirse durante la clandestinidad franquista en una organización de masas, ligarse y fundirse con ellas, “saber dónde están” y dirigirlas como vanguardia. Para ello debían colaborar, respetar, tener en cuenta sus opiniones y trabajar en común con los católicos en el papel de guía de la lucha de masas¹¹².

Los medios y las autoridades franquistas resaltaban el poder de unos cuantos hombres resueltos “que bastan para derrotar a una muchedumbre”, las “masas enormes que, como blanda cera, dejan moldearse y dirigirse”. Por eso advertían del “poder de sugestión, satánico si se quiere” del comunismo para penetrar en las masas. Una circunstancia, señalaba *ABC*, de la que tenían envidia los socialistas, al ver “como las masas se les escapan de las manos”. Para todos ellos, los comunistas –y los dirigentes católicos fueron acusados de serlo también- eran elementos directores de las masas, agentes provocadores que hipnotizaban a las multitudes en un momento de exaltación de la masa. “Es evidente que la masa es agitada por alguien. Siempre ocurre así. Ese alguien, o esos alguien, son profesionales del activismo. Tienen sus propios fines”¹¹³.

En muy escasas ocasiones, sin embargo, esos dirigentes habían podido aprovechar el empuje de las masas, al no saber llevarlas hacia delante. Caudillos y masas no habían coincidido. Los caudillos, además, habían formado y sostenido la mentalidad de “nuestras masas”. El célebre catecismo de acción titulado *Camino*, de José María Escrivá de Balaguer, advertía sobre los falsos apóstoles y caudillos, cuando se aprovechaban de las masas para medrar por ambición personal:

¹¹¹ José Solís Ruiz, en *Organización Sindical Española* (1966: 65). Las acciones de masas, en Feliciano Montero (1990: 193). Los de *Pueblo*, en *Vida Nueva*, 15 de Septiembre de 1962; la levadura, en *Signo*, 12 de Octubre de 1963. Ambas citas, en José Castaño Colomer (1978: 94 y 101). Vanguardia Obrera, en Izumi Kanzaki (1994: 50).

¹¹² S. Carrillo, en *Nuestra Bandera*, segundo trimestre de 1968 y Febrero-Marzo de 1966.

¹¹³ Hombres resueltos en palabras de 1942 de J. A. Girón, y la blanda cera de José Arán en 1940, ambos en C. Molinero (2005: 89). Satán, en R. Fernández Cuesta (1955: 77). *ABC*, 25 de Noviembre de 1951. Directores, en Rafael Altamira (1956: 226). La hipnosis, en M. Fraga Iribarne (1962: 28), y en José María Gironella (1989 [1961]: 664). Los profesionales del activismo, en José Luis Martín Vigil (1968: 284).

“Tú no serás caudillo si en la masa sólo ves el escabel para alcanzar altura. - Tú serás caudillo si tienes ambición de salvar todas las almas. No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre: es menester que tengas ansias de hacerla feliz”¹¹⁴.

El término caudillo, sin embargo, dejó de ser utilizado para nombrar a cualquier jefe o conductor de masas, al ostentar el monopolio el general Franco, el único caudillo a partir del término de la guerra de los Tres Años. Franco aparentó ser uno de “los líderes geniales, caudillos naturales que aparecieron cuando la sociedad estaba en una situación caótica”. Desde el fin de la guerra, sólo habrá un caudillo en España, “un jefe, un caudillo, un mando único”, “el conductor del pueblo español”, ya que “la auctoritas del caudillo descansa en la identidad de destino del que acaudilla y de los acaudillados”. Esta adjudicación en exclusiva formó parte de los derechos obtenidos por el general victorioso en una guerra, también de palabras¹¹⁵.

Fue muy común entre falangistas, católicos y comunistas hablar durante la Dictadura de actos de masas, acciones de masas, movimientos de masas, una estrategia política para conseguir los objetivos propuestos, lograr consenso entre los seguidores y mostrar a los adversarios el poder de sus planteamientos con la demostración de respaldo social:

“Solo una masa de cuatrocientos mil hombres... puede producir la gigantesca remoción que fue ayer en la vida ciudadana de Barcelona el acto de referencia... Y su repercusión política dimana de que esa masa multitudinaria, que ayer se movió con disciplina y rigor casi de milicia, está encuadrada, en la gran milicia que es hoy la nación entera, bajo la unidad de Franco”¹¹⁶.

Las autoridades franquistas pusieron mucho interés en movilizar a “las masas” para encuadrarlas y disciplinarlas en torno a sus organizaciones y metas. Podía confiarse en las masas si se ajustaban “a España” y depurar las restantes entre los vencidos; pero “las masas sin encuadrar son siempre indisciplinadas”, tumultuarias, como los jóvenes estudiantes de los años sesenta cobijados no ya en una universidad de minorías, como hasta entonces, sino en una universidad de masas¹¹⁷.

Los católicos realizaban acciones de masas para influir entre los obreros y sus organizaciones, como la Juventud Obrera Católica, al entenderse como “un movimiento

¹¹⁴ La no coincidencia, en Max Aub (1985 [1961]: 317). La mentalidad, en M. Arboleya (1946: 7). J. M. Escrivá (1939: 24).

¹¹⁵ Franco, caudillo natural, en Marcelo Catalá (1968: 144). Franco el jefe, de Ernesto Giménez Caballero en 1942; Franco el conductor, una expresión de la Delegación Sindical de Alcoy en 1939, ambos citados en C. Molinero (2005: 48). La auctoritas es de Francisco Javier Conde, en *Arriba*, el 8 de Febrero de 1942, en I. Saz (2003: 362).

¹¹⁶ En *La Vanguardia Española*, de Barcelona, 26 de enero de 1942, citado en C. Molinero (2005: 63).

¹¹⁷ Ajustarse a España, en E. Giménez Caballero en 1942, y depurarlas, en César Silió, ambos citados en C. Molinero (2005: 67). Las masas sin encuadrar y la universidad de masas es de Luis Carrero Blanco en 1969, citado en Pere Ysàs (2004: 31).

de masa compuesto y dirigido por jóvenes trabajadores”. Entre los dirigentes católicos y sindicalistas de las Comisiones Obreras, se hizo habitual denominar a su organización “movimiento de masas” o “movimiento sociopolítico de masas”, para significar la confluencia y política de dirigentes con organizaciones, grupos y obreros diseminados en una misma dirección sindical. Constituían el movimiento obrero, o el movimiento de masas, asociado con otros movimientos de masas antifranquistas. La palabra movimiento, entonces, pasó a significar un sujeto social con una vida propia, orgánica, y una unidad propiciada por unos conductores de las acciones de masas¹¹⁸.

Junto con las fuerzas políticas y sindicales, los escritores y la academia española divulgaron también la imagen de las masas como protagonistas de su época, al adscribirles unos rasgos ya señalados en páginas anteriores de este texto. Las masas republicanas habían sido “incultas, desenfrenadas y rabiosas”, movidas por el “impulso ciego y destructor...”

“Eran las masas en que fermentan y se pudren todos los elementos disolventes de los fracasos individuales y de las civilizaciones en crisis: el odio histórico de castas, viejo como el pecado y el mundo; el instinto de rebelión; las propagandas destructoras; la resistencia a la ley; la envidia de los inferiores; la desesperación de los perdidos y los viles; las malas pasiones de la carne; el ansia de los bienes de la tierra...”¹¹⁹.

Las masas españolas de la época franquista, sin embargo, eran más pacíficas. El “mito de la masa ciega y criminal empieza a ser sustituido por otro: la masa es buena, es “natural”, representa el alma colectiva, encarna la nación”, aunque presionaran “de manera más eficaz el ritmo de la marcha del mundo”. Lo que caracterizaba a las masas de aquella época era su presencia en todas partes, era “el reino de las masas y de lo anónimo”, la presencia abrumadora de las masas en la formación de la opinión pública, la entronización de las masas instaladas en los lugares preferentes de la sociedad; la “masificación” de la vida social. Todo ello no era otra cosa que la sociedad de masas:

“Y en todo vemos reaparecer la masa frente a la pequeña, comunidad: la gran fábrica, frente al pequeño taller artesano; los grandes ejércitos de millones de hombres; los campos de concentración; las “colas”, ese tragicómico epifenómeno de las crisis de nuestra sociedad; etc. Lo típico de la sociedad de masas es el contraste entre su necesidad de un mayor grado de racionalidad en la organización social, y su tendencia a producir tremendas explosiones de irracionalidad colectiva. La consecuencia es la necesidad de una creciente intervención del Estado en todas las relaciones sociales, o sea un fabuloso crecimiento de las funciones del Estado”.

¹¹⁸ F. Montero (1990: 193); J. Castaño Colomer (1978: 99); Javier Domínguez (1985: 254). CCOO, en *Nuestra Bandera*, segundo semestre de 1975.

¹¹⁹ Ricardo León (1941).

Ya el siglo XIX había sido la centuria del “número y la masa”, y desde Robespierre a Lenin, transcurrió una historia de emociones colectivas, tras las cuales caminaba el pensamiento individual, que expresaba las aspiraciones o instintos de las masas¹²⁰.

En la época franquista las masas podían ser, según la pluma que las describiera, dóciles, tranquilas, sensatas y conscientes o alucinadas, drogadas por el consumo o los medios de masas. Podían considerarse también masa neutra o masa de luchadores, inactivas o tumultuosas. El predominio de la primera preocupaba a la oposición franquista, al representar su pasividad y amoldamiento el principal problema para desplazar a Franco del gobierno. Muchas corporaciones quisieron desmarcarse de cualquier opción política, denominándose masa neutra, y algún autor la menospreciaba al definirla como “indiferente, la gente que deambula de acá para allá con curiosidad malsana y sin arriesgar nada, flácida como la gelatina o como un cerebro en una mesa de hospital”. Pero quizá la masa neutra no fuera interpretada sólo de esa manera tan despectiva. Tierno Galván la equipara a la gran masa del país, por completo ajena a los extremismos, al tender hacia la búsqueda de un equilibrio entre el respeto al bienestar y su dignificación¹²¹.

En la izquierda española no existió una descripción exhaustiva de las masas, al suponerse que representaban al noble salvaje con una conciencia dormida o despierta, mediada por la intervención de la vanguardia. Se suponía, incluso, que la conciencia de las masas era izquierdista. En el resto de orientaciones políticas y académicas, continuaron adscribiéndose los rasgos típicos ya imaginados en el siglo XIX. La masa era amorfa, indiferenciada, uniforme, tenue e incongruente, inculta y boba, inorgánica, irracional y peligrosa, por encontrarse manipulada desde el exterior y descreída. El hombre-masa o de las masas era aborregado y mediocre:

“hombre masa no tanto por la homogeneidad indiferenciada de su pensamiento, por la falta de originalidad de sus modos de afrontar los problemas de la vida, como por el vacío desolador de su mente, más flexible a la acción de los estímulos exteriores que a la fuerza de los argumentos racionales, convertido su ser en un mero sistema de reflejos condicionados, reducida su personalidad a la función de una pieza insignificante dentro de la compleja maquinaria creada por el principio de la división del trabajo, condenado para siempre a una existencia mecánica, ni siquiera vegetal, porque siquiera

¹²⁰ Masas buenas, en Eduardo Haro Teglen, en un artículo de *Triunfo*, de 27 de febrero de 1971, titulado “En busca de las masas perdidas”. La marcha, en Juan Carlos López Lozano (1968: 5-6). El reino, en Pío Baroja ((1978 [1944]: 401). La masificación, en M. Fraga Iribarne (1954: 16,19-20); y en Arturo Núñez-Samper (1967). La entronización, en Pedro Prat Gaballi (1951). El párrafo en sangrado es de M. Fraga (1962: 61-62). El número es de José Arán en 1940, citado por C. Molinero (2005: 36). Los instintos, en Jesús Fueyo Álvarez (1964: 14).

¹²¹ Masa neutra y la otra, en *Nuestra Bandera*, primer trimestre de 1967. La preocupación en escritos del PSOE, en Santos Juliá (1997: 363) y en *Nuestra Bandera*, primer trimestre de 1967. Flácida como la gelatina, en J. M. Gironella (1989: 29).

los vegetales viven en la paz de Dios, y el hombre, en cambio, dentro de las mas enconadas discordias”¹²².

Existía una entidad colectiva con psicología distinta de la individual: la psicología de la masa, cuyas características ya se conocen: credulidad, emotividad y capacidad de sugestión. La muchedumbre se movía tanto por impulsos inconscientes, fuera del alcance de la voluntad y de la razón, como por los deseos, las necesidades vitales, los prejuicios, etc., como por la imitación, la sugestión y la influencia del líder¹²³.

La imaginación romántica no había crecido demasiado con estos planteamientos tan antiguos. La academia española –también desde universidades extranjeras- los recogió, y los distintos profesores los moldearon según su particular interpretación de las masas. En distintos trabajos publicados en Argentina y Puerto Rico, Francisco Ayala aludió a la progresiva eliminación de las diferencias entre las clases, para unificarse la población en una nueva categoría sociológica que era la masa. Al desaparecer la de clases, se vivía en una sociedad de masas, caracterizada por la homogeneización de la vida social:

“comparando, digo, la sencilla evidencia con que se producía entonces la clasificación del desconocido, cuya vestimenta, rostro y manos, lenguaje, modales, etcétera, lo asignaban de modo automático a uno u otro lado de la «barrera» social, con las perplejidades, equivocaciones y rectificaciones continuas a que da lugar hoy la localización social del prójimo –focalización que, por otra parte, ha perdido mucho de su antigua trascendencia-“¹²⁴.

El mismo punto de partida fue el del sociólogo católico Antonio Perpiñá, al considerar que las clases se encontraban desdibujadas. Esa realidad, sin embargo, típica de una época de transición o de la edad del pavo en los muchachos, no debía alimentar la ingenuidad del sociólogo y, por el contrario, éste debía abrir los ojos para contemplar la creación de nuevas clases. En un segundo trabajo más extenso, Perpiñá señaló que las masas estaban “tan en boga actualmente”, aunque el concepto no tuviera un significado único. Para él, la masa presentaba cuatro dimensiones: psicológicas, sociológicas,

¹²² Izquierdistas, de Joaquín Ruiz Giménez, en Javier Muñoz Soro (2006: 98). Amorfa, en Carlos García Oviedo (1946: 312); y F. Sanz Orrio (1944: 29). Indiferenciada e inorgánica, en G. Arias Salgado (1956: 307). Uniforme y manipulada, en Tomás Pita Carpenter (1969: 14). Irracional, en Jesús García Jiménez (1965: 180). Tenue e incongruente.. y otras muchas consideraciones en la misma línea, en Atilio García Mellid (1954: 224 y ss.). Inculta, en Eulogio Ramírez Molina (1954: 244 y 248). Peligrosa, en Torcuato Luca de Tena (1956: 10). Boba, en *ABC*, 25 de Noviembre de 1951. Descreída, en J. L. Martín Vigil (1968: 87); y T. Pita Carpenter (1969). El hombre-masa, aborregado y mediocre, en P. Baroja (1978: 1039). El hombre-masa también, en Luis Legaz y Lacambra (1971). La cita en sangrado, de Alfonso de Cossío y Corral, en Joaquín Carlos López Lozano (1968: 37).

¹²³ La entidad colectiva, en Enrique Thomas de Carranza (1954: 143). Los elementos de la psicología de la masa, en Organización Sindical. Delegación Provincial de Madrid. Escuela de Dirigentes Sindicales (1973: Tema 2).

¹²⁴ *Tratado de Sociología* (1984 [1947: 301-302). Otras dos obras de F. Ayala sobre el tema fueron: “Derechos de la persona individual para una sociedad de masas” (1953), y “El escritor en la sociedad de masas” (1956).

políticas y culturales. Para producir el fenómeno psicosociológico de la masa se requería una multitud, homogeneidad entre sus componentes, algún hecho externo que produjera la imitación, el contagio y la sugestión y, por último, la falta de organización. Perpiñá no admitía la existencia de una sociedad de masas, y se centraba, sin embargo, en la existencia de una psicología de la masa, al asumir los planteamientos de Gustave Le Bon y Scipio Sighele, acerca de la volubilidad, la manipulación y la transitoriedad de las multitudes¹²⁵.

El planteamiento del catedrático de Derecho Político, Luis Sánchez Agesta, se fijó sobre todo en la relación de la masa con el jefe que la conducía a través de la aclamación, fundamento de la democracia de masas, a que con lentitud se había dirigido el principio democrático en el siglo XX. La masa era una agregación de individuos, amorfa, indiferenciada e inestable, cuya conducta se basaba en la sugestión, la disolución de la acción reflexiva en fenómenos de imitación inconsciente. Sánchez Agesta completaba su impresión sobre la masa con los lugares comunes ya conocidos:

“la actuación caprichosa y radical a merced de la audacia de un incitador y de fenómenos emotivos simples y morbosos, y la pérdida del sentido de responsabilidad personal. Este contagio inconsciente, ese sentido imitativo y brutal presto siempre a explotar en reacciones de fuerza por la conciencia del número, esa característica irresponsabilidad y capricho de sus decisiones, por no destacar sino los caracteres que reiteran todas las investigaciones de esta formación sociológica, imponen considerar este modo de actuación del pueblo como un proceso anormal y casi patológico de la vida política”¹²⁶.

Manuel Fraga Iribarne, también Catedrático de Derecho Político, se centró en el fenómeno de la masificación de la sociedad, a la que llamó sociedad de masas, por el elemental hecho de la magnitud de la población concentrada en grandes ciudades. La masa sustituía a la comunidad tradicional, un mero número estadístico cuyas características eran las planteadas por Le Bon y Sighele. En un trabajo posterior, Fraga discurre sobre el tema del engaño de las masas por medio de los Maquiavelos del siglo XX, a través del recurso inmoral de los mitos y la instigación de la parte instintiva de los hombres por medio de la hipnosis. Además de la existencia de una masa histérica que cometía actos terroríficos en una especie de alucinación colectiva provocada por agentes especializados, la hipnosis y la alucinación se producían también en el hombre-masa de manera permanente, en el que la capacidad de reflexión era mínima¹²⁷.

Marcelo Catalá Ruiz, católico e impulsor de la profesión de graduado social durante la Dictadura, se centró en la interpretación de las masas y de los líderes, con

¹²⁵ *¿Hacia un sociedad sin clases?* (1952: 53). *Sociología General* (1960: 159-162).

¹²⁶ *Lecciones de Derecho Político* (1959: 391-395).

¹²⁷ “La educación, fenómeno social”, en *La educación en una sociedad de masas* (1954: 16-22). *El nuevo anti-Maquiavelo* (1962).

amplias referencias a Ortega y Gasset y Antonio Perpiñá. Las masas constituían para él una realidad comprobada y contrastada, al haber invadido ya los campos decisivos y de reserva de que disponían las minorías tradicionales, a través de los procesos identificados con la democratización de la política y la masificación de la vida social. Los líderes, a su vez, se encontraban presentes de manera continua en las sociedades, aunque cambiaran sus titulares. Si las masas no creaban nada, los jefes eran los protagonistas de los grandes cambios sociales al sacudir las estructuras de la sociedad de la que formaban parte¹²⁸.

El Catedrático de Sociología, Salvador Giner, realizó su tesis doctoral en la Universidad de Chicago con el título de *The Theory of Mass Society*. Publicada en inglés, pero con posterioridad también en una versión más corta en castellano, constituyó el intento más acabado y sugerente a cargo de un académico español sobre la crítica del concepto. Giner realizó un análisis de largo recorrido sobre la imagen de las masas, desde los griegos hasta los años sesenta del siglo XX, y expuso numerosos argumentos para mostrar la inconsistencia científica del concepto de masas, sociedad de masas y cultura de masas. Para Giner, en resumen, la sociedad de masas era una sociedad moderna resultado de la ruptura de los elementos de diversificación característicos de las sociedades anteriores, a la vez que una pérdida del sentido de lo sagrado. La tecnología, la abundancia económica y la igualdad política habían creado una sociedad homogénea, en la que los hombres eran presa de las fuerzas impersonales de la burocracia, mientras el fanatismo ideológico constituía su único refugio debido al desierto moral creado por la apatía y el descreimiento generalizados. Giner prefirió utilizar en castellano el término masa –sociedad masa- al de masas, y tradujo de forma literal “mass society”¹²⁹.

Por último, el que más tarde fuera Catedrático de Comunicación Audiovisual, Jesús García Jiménez, se centró en la dimensión cultural de las masas y su relación con la comunicación de masas, definida como la comunicación organizada y costosa, pública, rápida y transitoria destinada a un auditorio grande, heterogéneo y anónimo. Después de realizar un recorrido por el concepto de masas desde el periodo de entreguerras, con Jaspers, Ortega y de Man como referencias, confirmó la existencia de una era de las masas, en la que la cultura ya no era de élites, sino colectiva, basada en los medios de comunicación de masa. Con frecuencia éstos suponían un atentado contra la libertad creadora debido a la sofisticación de las técnicas de comunicación influyentes sobre el grado primario de racionalidad de las masas. En concreto, la televisión

¹²⁸ *Curso Breve de Sociología* (1968: 144-146 y 197).

¹²⁹ *Mass Society* (1967). *La sociedad masa: ideología y conflicto social* (1971). También “Sociedad de masas”, en *Diccionario de Ciencias Sociales* (1976).

“... ha aportado una peculiar característica a la dinámica de los movimientos sociales y políticos al incorporar el juego de la “persona” del político como una fuerza decisiva en la formación de la opinión pública. Por supuesto, que la imagen actúa sobre las masas desencadenando procesos internos, fundados en motivos irracionales, tales como el prestigio. Pero en esta condición, que encuentra terreno abonado en la propia psicología de las masas, es donde la televisión ha cobrado su particular eficacia persuasiva”¹³⁰.

La imaginación romántica incidió en esta época de la Dictadura sobre una vertiente concreta de la sociedad de masas, como era la cultura de masas, cuyos rasgos adscritos, a pesar de la variedad de argumentos no del todo compatibles, se sustentaron siempre en la degradación y en la manipulación. Las masas no podían crear una cultura alternativa a la existente, al ser meras consumidoras, ignorantes y pasivas, incapaces por otro lado de exigir unos contenidos culturales similares a los de las elites. Las ideas debían trivializarse para que actuaran en las masas y, como consecuencia, su cultura adoptó un carácter servil y urgente. El nivel de los contenidos culturales descendía con amplitud al fabricarse productos para todos, solo apropiados para la población más inculta, mayoritaria entre las masas.

Éstas eran por definición romántica dependientes de los conductores o jefes que las manipulaban a su antojo. En el ámbito concreto de la cultura de masas, los jefes se llamaban medios de comunicación de masas, como la prensa, la radio, el cine o la televisión, a los que se adscribieron los mismos rasgos manipuladores que a los conductores políticos individuales o de partido

“La concentración de las masas humanas en las ciudades, las nuevas técnicas de información, de publicidad, de propaganda y de diversiones, dan a los procesos de sugestión, de imitación y de contagio colectivo una importancia extraordinaria y que ejercen una profunda influencia sobre la conciencia del individuo y sobre la autonomía de su juicio”¹³¹.

Las técnicas de comunicación se asemejaban a procedimientos de narcoanálisis y de psicocirugía para desposeer a las personas de su espíritu. De ahí que los medios de comunicación de masas fueran una especie de droga social, fruto de la eficaz combinación de su poder económico y de la dirección psicológica de las masas. Los medios seducían a las masas con el entretenimiento y podían ser adoctrinadas o cultivadas con relación al fin al que fueran destinadas las técnicas de comunicación. La cultura de masas, en todo caso, no podía concebirse más que dirigida, debido a su

¹³⁰ *Teoría de los contenidos de la Televisión* (1965: 167).

¹³¹ El sangrado, en Martín Brugarola (1967: 345). La pasividad, en Salvador de Madariaga, en *ABC*, 11 de Enero de 1970, y en T. Pita Carpenter (1969: 9). La trivialización, en Julián Marías (1993 [1941]). Cultura servil y urgente, en T. Pita Carpenter (1969: 12-14). El descenso de nivel, en E. Thomas de Carranza (1954: 144).

magnitud, sin la posibilidad efectiva de solicitar opinión a un número tan enorme de personas. Y uno de los posibles directores de la cultura de masas era el Estado, que no debía limitarse a la reglamentación sanitaria de las salas de espectáculos, sino a vigilar la formación o deformación de las masas¹³².

Como puede observarse existió durante la dictadura de Franco todo un despliegue de imaginación romántica acerca del conjunto de la población, las relaciones sociales, el liderazgo, la difusión de la cultura y la utilización del ocio, enmarcado en la idea de las masas. A la altura del final de la Dictadura no cesaron de difundirse estos argumentos, pero se centraron en los cambios operados en la sociedad española y, sobre todo, en la política.

Cima y desplome de las masas en la política española

La muerte del dictador abrió un proceso de incertidumbre política con la apertura de oportunidades para el planteamiento de reclamaciones y objetivos de alcance muy diverso: desde el mantenimiento y la reforma de la dictadura o la creación de un régimen político por completo distinto, a una serie muy amplia de demandas de carácter económico o social. La incertidumbre política trascurrió en paralelo con la incertidumbre administrativa, al producirse el drástico descenso de los ingresos del Estado por la crisis económica occidental. Como resultado de todo ello, se produjo desde 1976 un doble proceso consistente en una intensa y variada movilización de diversos grupos sociales junto con otro de negociación entre los principales dirigentes políticos en el marco de las instituciones de la Dictadura y de un contexto internacional propicio para el cambio político.

La política de movilización se situó en los niveles más altos de protagonismo social en la historia contemporánea española. Múltiples redes sociales y organizaciones políticas se activaron para realizar reclamaciones públicas, colectivas y conflictivas, en forma de huelgas, manifestaciones, concentraciones y marchas, ocupaciones de iglesias, facultades universitarias y lugares de trabajo, asambleas, movimientos sociales, peticiones, comunicados, colisiones con la policía y entre adversarios, violencia asimétrica, etc.

Las publicaciones y los medios de comunicación en general señalaron que los protagonistas de estas movilizaciones fueron las masas, concebidas en parecidos términos a los ya descritos con anterioridad en este texto. Por entonces, la de las masas continuaba siendo la teoría social más influyente en el mundo occidental. Así lo

¹³² El narcoanálisis, en M. Brugarola (1967: 346). La droga, en E. Haro Tegen, *Triunfo*, 27 de Febrero de 1971. La combinación, en L. Legaz y Lacambra (1971: 118). El entretenimiento, en T. Pita Carpenter (1969: 12). Adoctrinadas o cultivadas, en José Luis Pinillos (1969: 125). La cultura dirigida, en G. Bayón Chacón (1954: 81). El papel del Estado, en G. Arias Salgado (1956: 8).

reflejaron por primera vez los diccionarios publicados en castellano. Hasta entonces, el *DRAE*, por ejemplo, sólo había incorporado el significado genérico de masa como “muchedumbre o conjunto numeroso de personas”. Pero en la edición de 1984 incluyó el significado de “conjunto de gente indiferenciada que tiene importancia en la marcha de los acontecimientos por su número”. Otro diccionario incluyó en 1981 un significado de masa bajo el epígrafe de Sociología, consistente en

“Mayoría de personas de una sociedad en oposición a la minoría dirigente, a la élite. Grupo numeroso de personas con escaso e inestable nivel de cohesión, en el que el sentimiento emocional tiene mayor relieve que los factores racionales. Conjunto de personas unidas, desde el punto de vista del observador, por la realización individual de un mismo acto. Masa de votantes, masa de lectores de un periódico. Movimiento de masa, o de masas, acción ejecutada por un grupo numeroso de personas en defensa o en oposición a algo”¹³³.

El *DRAE* y el *Larousse* hacían así suyos el concepto de masas, imaginado desde el siglo XIX. Con la nueva incorporación de estos significados, los diccionarios ilustraban la importancia social y política del concepto de masas en el periodo de la crisis política española. Un dato revelador en ese sentido fue el uso de la expresión “masas dirigentes”, una aberración conceptual indicativa del abuso en la utilización del término masas¹³⁴.

“Una época de masas como la nuestra”, con la existencia de una cultura de masas, considerada “primero ruido, luego humo de pajas y al fin, nada”, debido a la utilización de las técnicas de manipulación, por medio de la publicidad entre otros vehículos, consistente “en convencer a la masa de que lo artificial era lo natural y lo superfluo imprescindible”¹³⁵.

Una sociedad calificada de masas compuesta de masas trabajadoras bien “satisfechas y conservadoras”, o nada dóciles, al no aceptar las reglas del juego establecidas por una minoría y seguir “ciegamente” al jefe o al partido “que ha tenido el acierto de mejor halagar sus instintos”. Los dirigentes políticos e intelectuales interpretaron a las masas, en general, como moderadas y radicales, insatisfechas y dóciles, cansadas y enfervorizadas, angustiadas y entusiasmadas, no marxistas y de izquierda, disciplinadas o agitadas, halagadas y manipuladas, pacíficas y violentas, con voluntad propia..., según se hablara de los propios seguidores, de los adversarios, o se mantuviera una posición distante entre unos y otros. Regresaba de esta manera la política de los instintos, esta vez en el marco de un proceso de democratización a partir

¹³³ La teoría social, en S. Giner (1976: 901). La primera acepción, en *DRAE* (1956); y en *Diccionario Enciclopédico Espasa* (1978). La segunda, en *DRAE* (1984). Dentro de la Sociología, *Nueva Enciclopedia Larousse* (1981).

¹³⁴ Javier Figuero (1981).

¹³⁵ La época de masas es de Antonio Tovar, en *El País*, 27 de Mayo de 1977. Ruido, humo..., en Emilio Temprano (1999: 11). La publicidad, en Aquilino Duque (1984: 131).

de una crisis política, económica, y algunas personas decían, moral. Una situación social idónea para imaginar la presencia de las masas vinculada a los conflictos¹³⁶.

A partir de 1976 se inundó la prensa y el resto de publicaciones de referencias a las masas o la masa, partidos de masas, organismos de masas, movimientos de masas y movilización o acción de masas, para expresar la idea de la importancia adquirida por la acción colectiva y el respaldo social a las reclamaciones de las organizaciones políticas y sociales. En el contexto de la política de enfrentamiento derivada de la desaparición del dictador, y ante la ausencia de elecciones, las distintas agrupaciones políticas intentaron legitimar sus posiciones políticas con el poder de la democracia, al exponer que constituían organizaciones o partidos de carácter democrático, representativos de un sector amplio de la población, de las masas. Así, Felipe González definió al PSOE en un mitin como un partido “marxista, democrático, federal, autogestionario, internacionalista, de clase y de masas”. Dos años después, la dirección del partido declaró que

“un partido de masas no es tal solamente por el número de los afiliados, y tampoco lo es simplemente porque mueva tras de sí millones de votos. Un partido de masas sigue una estrategia de masas; surge de la entraña del pueblo, y es motor de movimientos”.

EL PCE, de la misma manera, se encontraba estudiando el modo de llegar a ser un gran partido de masas que contara con 300.000 afiliados, aún antes de salir de la clandestinidad. Rodríguez Sahún afirmó incluso que la UCD era un partido de masas, al igual que el nuevo Partido Liberal, escindido del partido de Suárez, aspiraba a ser un partido de masas. Rafael Arias Salgado resaltó que en una “sociedad industrial de masas” todos los grandes partidos eran de masas. La Asamblea del País Valenciano era valorada como un organismo de masas para permitir el protagonismo de todos los ciudadanos. Los partidos de masas recibieron su nombre también al contraponerlos a los partidos de cuadros. En palabras de su presidente, Ignacio Camuñas, el Partido Demócrata Popular no era un partido de masas sino de cuadros. Y en vísperas de la celebración de su IV Congreso, las disputas entre distintos sectores del PSUC se centraron en la concepción del partido compuesto de masas o de cuadros. Un dirigente de la opción “Bandera Blanca” declaró que “los históricos también dicen ser partidarios de un partido de masas, pero desean que las masas sean cuadros”¹³⁷.

¹³⁶ Sociedad de masas satisfechas, de Francisco Ayala, en *El País*, 17 de Noviembre de 1976. Nada dóciles, en A. Duque (1984: 125).

¹³⁷ F. González en un mitin en Gijón, en *El País*, 18 de agosto de 1976. La cita en sangrado, es de *El País*, 2 de Mayo de 1978. El PCE, en *El País*, 1 de Agosto de 1976. UCD, en *El País*, 25 de Octubre de 1978. Camuñas, en *El País*, 28 de Septiembre de 1976. Arias Salgado, en *El País*, 20 de Septiembre de 1981. Valencia, en *El País*, 30 de Octubre de 1976. El PSU, en *El País*, 12 de Julio de 1977.

Las organizaciones políticas buscaron legitimidad a sus posiciones también con el poder de la movilización, incluida a partir de junio de 1977, la del voto. Dirigentes sindicales, políticos y empresariales, obispos y escritores anunciaron o denunciaron la importancia de captar, dirigir, arrastrar, encauzar o buscar el apoyo de las masas. En primer lugar, masas activas, conscientes, incluso como afirmó Alfonso Guerra, “nuestras masas marxistas”. Este tipo de masas eran las que salían a la calle –incluso por decisión propia, sin ser convocadas- y presionaban a los gobiernos, como señalaba Ramón Tamames en 1976, en una sucesión ascendente imparable:

“Las reuniones políticas que en la primavera de 1975 eran de 20 personas parecían importantes. Un año después hay reuniones de 2.000 personas con facilidad. Y las manifestaciones de 5.000 personas que antes eran el testimonio evidencial de la movilización de las masas se han transformado a comienzos de 1976 –en manifestaciones no autorizadas- en masas de 50.000 personas. Si hubiera un día de tolerancia, en Barcelona y Madrid podrían ser más de 500.000 personas. En cuanto a los movimientos huelguísticos, los 400.000 trabajadores en huelga en Madrid entre enero y febrero de 1976 son una buena muestra del nivel que se está alcanzando”.

Pero a la vez, se buscaba el apoyo de las masas despolitizadas y angustiadas por la crisis económica, o la masa inmóvil o basculante, “la masa amorfa media del país, es decir, una masa de tendencias estabilizadoras y de mentalidad conservadora”, para obtener votos y conseguir fuerte presencia institucional. Fue tan importante la movilización de uno u otro signo en aquellos años que los periodistas –como ocurriera también durante la II República- señalaron que muchos dirigentes “se enfrenta [ban] a las masas en los cosos taurinos”; aunque no todos, porque José Luis Álvarez, dirigente de la UCD, afirmaba que “a nosotros no nos van los mítines de masas”¹³⁸.

Aunque portavoces conservadores denunciaban la sencillez enervar a las masas con excesos verbales de maximalismo, algunos dirigentes pensaban que lo adecuado era una movilización responsable de las masas. Santiago Carrillo se mostró sensato también, al afirmar que “sacar las masas a la calle y batirse frontalmente contra el aparato del Estado hubiera conducido a una derrota brutal”. Como consecuencia de esa estrategia moderada, se atribuyó a la izquierda el interés de “disciplinar” a las masas, al renunciar a toda propaganda demagógica y facilitar así la implantación pacífica de la democracia en España¹³⁹.

¹³⁸ Guerra, en *El País*, 10 de Mayo de 1978. Las masas decidían salir, en Víctor Díaz Cardiel y otros (1976: 72). R. Tamames (1976). Despolitizadas es una expresión de Carlos Zayas, en *El País*, 10 de Mayo de 1977. La masa amorfa es de José María Gil Robles y Quiñones, en *El País*, 3 de Junio de 1977. Las masas como toros, en *Triunfo*, 4 de Junio de 1977. Álvarez, en *El País*, 7 de Junio de 1977.

¹³⁹ Los excesos verbales fueron de Cruz Martínez Esteruelas, en *El País*, 20 de Abril de 1977. Razonable es Felipe González, en Santos Juliá (1997: 454). S. Carrillo, en *El País*, 15 de Abril de 1977. La disciplina, en *Triunfo*, 2 de Julio de 1977.

Razonables, sin embargo, no sólo debían ser los partidos de izquierda, sino que era preciso que las masas los siguieran. Eduard Punset recordó la frase feliz del comunista francés Maurice Thorez: “hay que saber colocarse justo delante de las masas, pero no demasiado delante, si no se quiere correr el riesgo de encontrarse solo y gesticulando”. Algo parecido sugirió en el periodo de entreguerras el periódico madrileño *La Libertad*, al responsabilizar a la presidencia oficial de la colisión entre los manifestantes y la policía en un cortejo fúnebre por el Paseo del Prado, al ir muy separada –200m.– del grueso del duelo. El periódico de 1930 añadía “perder el tiempo en dimes y diretes es desconocer la psicología de las masas, que afectas por la desgracia no pueden ser contenidas por la fuerza, sino encauzadas con habilidad”¹⁴⁰.

Existía el peligro, se advertía, de la existencia de una situación en 1976 y 1977 en la que las masas ocuparan el puesto de las vanguardias, con el riesgo de deslizarse bien hacia tentaciones anárquicas, violentas, de destrucción simple que a nada conduce, bien hacia el escepticismo, el desánimo y el retorno desilusionado a la vida individual:

“Los partidos tienen que ser las vanguardias políticas de la sociedad, como así son en otros países. En los partidos han de ordenarse las presiones sociales. En los partidos ha de producirse la síntesis de cada sector de voluntad mayoritaria. Contra la fantasía de ciertos utópicos, las transformaciones sociales no se hacen con masas informes, sino con grandes partidos o movimientos sociales organizados y sosteniendo objetivos claros”¹⁴¹.

Se afirmaba vivir en un periodo histórico en que las masas caminaban “hacia la conquista de todo”, si las minorías selectas no arrebataban las banderas de la justicia y de la igualdad a las masas. Rafael Arias Salgado señaló con contundencia que el liderazgo en una sociedad de masas no era sólo inevitable, sino necesario. Para el dirigente de la UCD, Adolfo Suárez era “el hombre con más capital político y de arrastre de masas del partido”, y el Partido Socialista había hecho una inversión de capital gigantesca en Felipe González. El intelectual, a juicio de José Luis Aranguren, era el inductor del futuro, al marcar las líneas maestras del plan que debía seguir el dirigente político. El líder, atento a estas señales, “debe conducir al pueblo, a la masa”, como demostraba el líder rural Francisco Casero, dirigente del Sindicato de Obreros del Campo, “uno de los pocos hombres que arrastran masas en Andalucía”; o como Antonio Hernández Mancha, designado por Fraga para dirigir Alianza Popular, que tenía “tirón, carisma para llevarse a las masas”¹⁴².

¹⁴⁰ Las masas detrás de los partidos, en Luis García San Miguel, en *El País*, 16 de Julio de 1977. E. Punset (1982: 70). *La Libertad*, 15 de Noviembre de 1930.

¹⁴¹ Sergio Vilar, en *El País*, 21 de Octubre de 1976.

¹⁴² La conquista de todo es de Aquilino Morcillo, de la Editorial Católica, en *El País*, 27 de Octubre de 1977. Arias Salgado, en *El País*, 11 de Octubre de 1978. Las palabras de Aranguren según Rafael Hitos Amaro, en *El País*, 5 de Octubre de 1982. Casero, en *El País*, 5 de Mayo de 1982. Hernández Mancha, en *ABC*, 16 de Enero de 1987.

Al contemplarse la mayoría de los partidos como organizaciones de masas, sus dirigentes continuaron entendiendo que dirigían o conducían masas para lograr el respaldo social necesario con el que obtener influencia política. Para designar a esos conductores, ya no se utilizó el término jefe o caudillo. La discontinuidad con este concepto, integrante del lenguaje político anterior a la guerra de los Tres Años, resultó muy lógica, después de haberse apropiado en exclusiva el general Franco y sus seguidores la expresión y el significado de caudillo. Si ya no eran jefes ni caudillos, los conductores de los años setenta y ochenta se denominaron en general líderes, un anglicismo poco utilizado en España hasta los años treinta del siglo XX. Los líderes colectivos recibían el nombre de vanguardia, término utilizado de manera habitual por los partidos comunistas y por los sindicatos, hasta el punto de establecerse roces entre la dirección del PCE y la de CCOO, por considerarse cada uno de estos grupos una vanguardia más representativa del movimiento de masas¹⁴³.

Desde mediados de los años ochenta ya parecía, sin embargo, haber concluido la era de los conductores de masas, típicos del siglo XX, los líderes que debieran situarse “siempre por encima de la masa, ver más lejos que ésta, servir de ejemplo, marcar el derrotero...”. No se trataba de regresar a la manipulación de masas de décadas anteriores, pero un grado razonable de movilización de masas a cargo de los líderes era muy diferente a los procedimientos políticos que, se afirmaba, se instauraron en los inicios de la Monarquía Parlamentaria. La política institucional eclipsó a la política de masas, al recogerse los dirigentes políticos en las prácticas parlamentarias y de gabinete. En concreto, ocho obispos firmaron una declaración donde denunciaban que el proyecto de Constitución de 1978 había sido redactado por los parlamentarios “de espaldas a la masa”. Esa interpretación del desplazamiento de la política de masas –de los instintos- hacia la política parlamentaria –de minorías selectas- provino por un lado de la señalada contención de las masas como estrategia de los partidos de izquierda para allanar el proceso de democratización dirigido desde el Gobierno de Suárez y, por otro lado, del argumento de la moderación de las masas tras los dos primeros resultados electorales¹⁴⁴.

Se intensificó más adelante el debate sobre la incompatibilidad de la política de movilización con la política institucional. Hablar de una política de masas no debía equipararse “a acciones callejeras de desorden y agitación”, según un dirigente del PSOE; era necesario organizar un partido de masas con un amplio número de cuadros, afirmaba otro del mismo partido. En las discusiones alrededor del X Congreso del PCE celebrado en el verano de 1981, uno de los principales debates giró en torno a la conexión de la política institucional y de masas, con abundantes críticas a Carrillo por

¹⁴³ S. Carrillo, en *El País*, 6 de Febrero de 1980

¹⁴⁴ La era, en E. Temprano (1999: 9). El derrotero es de Ramón Hermsilla, en *El País*, 8 de Abril de 1981. Las prácticas de gabinete, en E. Punset (1982: 70). Los obispos, en *El País*, 30 de Noviembre de 1978.

abandonar la segunda. A raíz de los pésimos resultados electorales del PCE en octubre de 1982, y antes de dimitir, Carrillo citó, entre otras razones del descalabro, el “desligamiento entre el partido y las masas”. El nuevo secretario general, Gerardo Iglesias insistió en “evitar todo divorcio entre la acción institucional del partido y la acción en los movimientos de masas... sin pretender que sean simple correa de transmisión del partido”¹⁴⁵.

Con las dificultades del PCE, y el PSOE en el Gobierno, el declive de la política de masas se acentuó a partir de 1984. Entonces recibió el nombre de “crisis de los partidos de izquierda”, consistente por un lado en la ausencia de una alternativa al capitalismo y, por otro, en la falta de conexión de las organizaciones con las masas. El término “felipismo” se acuñó para ilustrar el poder del personalismo como sustituto del partido y una política económica y social determinada:

“Si las masas explotadas tienen paciencia, resignación y capacidad de sacrificio, al final (como en la guerra) habrá paz, progreso y bienestar para todos. Sólo hay una condición: no tocar la propiedad privada y dar las mayores facilidades a los empresarios capitalistas. La utopía socialista ha sido sustituida por la quimera capitalista”¹⁴⁶.

El lenguaje de masas dejó de utilizarse a partir de 1985 con la misma frecuencia que en los años anteriores, con la excepción de algunos protagonistas recién llegados que, al fundar nuevos partidos o asumir por vez primera tareas de dirección, heredaron el uso de la antigua expresión. Fue el caso de Óscar Alzaga, fundador del Partido Demócrata Popular, al declarar que iban “a configurar el mejor partido de masas en España, porque no somos un partido de señoritos”. Fue el ejemplo también de Julio Anguita, nuevo secretario general del PCE en 1988 que, antes de marchar de vacaciones a la Unión Soviética, se mostró defensor de “la lucha democrática de las masas” junto con la acción política en las instituciones, porque “ambas formas de acción deben ir ligadas y coordinadas partiendo del principio de que lo fundamental es la acción política de las masas a través de su movilización y su autoorganización”¹⁴⁷.

Las dos experiencias pertenecieron a las escasas referencias a las masas aparecidas en la política española. A partir de entonces, la política de masas y las masas sólo subsistieron con profusión en los trabajos de los historiadores, sobre todo, aquellos referentes a la política pública y de enfrentamiento del periodo de entreguerras, tanto en España como en el resto de Europa. La imaginación romántica sobre las relaciones sociales y la competencia política se refugiaba así en la interpretación del pasado, y

¹⁴⁵ José Luis Gómez Llorente y Alfonso Guerra, en *El País*, 17 de Mayo y 27 de Septiembre de 1979. El PCE y Carrillo, en *El País*, 7 de Noviembre de 1982. G. iglesias, *El País*, 18 de Diciembre de 1982.

¹⁴⁶ La cita en sangrado es de Antonio García Santesmases, en *El País*, 2 de Octubre de 1987. La desconexión con las masas es de José Aumente, en *El País*, 19 de Julio de 1984.

¹⁴⁷ Alzaga, en *El País*, 28 de Enero de 1985. Anguita, en *El País*, 2 de Agosto de 1988.

resultó muy habitual en el cambio del siglo XX al siglo XXI, la utilización de conceptos como sociedad de masas, era de las masas, era de la política de masas, movilización de masas, partidos de masas, irrupción de las masas en la política, etc.¹⁴⁸.

Al margen de la historia, como colofón de la excepcionalidad del lenguaje de masas en nuestra época, y como no podía ser de otra manera, un obispo –el de Sigüenza- recordó a principios de 2008 la vieja política de los instintos, al denunciar que el Presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, agitaba a las masas, por comentar en un mitin electoral que las críticas de la Conferencia Episcopal a su política antiterrorista acabarían abriendo un debate sobre las relaciones entre el Gobierno y la Iglesia¹⁴⁹.

La invención del espectro de las masas

Un fantasma ha obsesionado a medio mundo –incluida España- durante los dos últimos siglos. Fue el espectro de las masas, imaginado en esencia como un conglomerado amorfo de individuos aislados, conducido por jefes, y decisivo para el gobierno por su número y su actuación. A pesar del esfuerzo analítico de precisión que tiene este texto, las masas ha sido un epíteto elástico, utilizado por una variedad enorme de autores para nombrar diferentes realidades; cada autor, incluso, podía referirse a distintas situaciones. El término careció de cualquier contenido científico preciso, y a pesar de presentarse como ciencia, se asemejó más a una serie de proposiciones filosóficas, en forma de juicios de valor disfrazados de hechos que, además, se mostraron como incontrovertibles. Tampoco puede alcanzar la dimensión de una o varias teorías, sino en el mejor de los casos, de un compendio ideológico sobre las relaciones sociales y, sobre todo, el poder. Las masas constituyen en realidad una acumulación de lugares comunes que dicen más de quien habla –filósofos, sociólogos, historiadores, periodistas o dirigentes políticos-, que del fenómeno a estudiar. Como señaló Salvador Giner, merece prestar atención e investigar a las masas sobre todo por el alcance político de su elaboración y difusión:

“Que esos “lugares comunes” hayan llegado a serlo también en el sentido corriente de la expresión, es decir, que se hayan convertido en clisés, medias verdades, generalizaciones periodísticas y hasta en elementos doctrinarios de algunos movimientos o regímenes políticos, lejos de resultar ajeno a nuestro propósito constituye un aspecto esencial del problema, precisamente el aspecto que justifica en realidad esta indagación”¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Un botón de muestra, en Edward Acton e Ismael Saz, eds. (2001).

¹⁴⁹ José Sánchez, en *La Nueva España*, de Oviedo, 3 de Febrero de 2008.

¹⁵⁰ S. Giner (1971: 19). El fantasma es de Edward Shils (1962), citado en S. Giner (1967: 259), aunque el autor se ciñe a los sociólogos. El epíteto elástico, la filosofía y otras afirmaciones, en Leon Bramson (1965: 34 y 55).

Las masas, adscritas a grupos de población, sociedad, cultura, política, etc, ha representado una imagen histórica, es decir, con un recorrido en el tiempo, en sustancia localizado entre principios del siglo XIX y la mayor parte del siglo XX. Al constituir una historia, dicha imagen estuvo sujeta a la continuidad y al cambio permanentes, favorecidos ambos por la ambigüedad de su utilización, al permitir la incorporación de nuevos rasgos, la desaparición de algunos de los anteriores, así como el mantenimiento de otros, a pesar de los cambios sociales. La imagen apareció en Europa, y un siglo después, los europeos la trasladaron a América, desde donde se difundió a todo el mundo. Su “modularidad” permitió que las masas se encontraran en todas partes, con independencia de las características de las relaciones sociales específicas en cada espacio y tiempo, con obligación de marginar algunos de sus atributos más universales. Por ejemplo, la explicación del origen de las masas en la destrucción del orden social jerárquico tradicional nunca pudo ser aplicada a la creación de la sociedad de masas en los Estados Unidos. En la Dictadura franquista, los autores españoles siempre obviaron que las masas en España no se ajustaban al concepto, al no poder influir o participar en los asuntos públicos, ni ser ellas el sujeto de soberanía, ni tampoco integrar una sociedad de consumo o cultura de masas hasta finales de los años sesenta.

Las masas han constituido también un lenguaje, un símbolo en forma de metáfora con distintos significados construidos a lo largo del tiempo. Antes de su utilización política en el siglo XIX, masa aparecía en los diccionarios con un significado alimentario, de “junta o concurrencia de algunas cosas”, o del “convenio o conjuración hecha entre algunos para algún fin”. El *DRAE* se demoró casi un siglo en añadir el significado de “volumen, conjunto, reunión...”, muy distante de lo ya inventado en la prensa y en multitud de ensayos. Del uso militar a finales del siglo XVIII pasó a un significado similar aplicado desde el primer tercio del siglo XIX a la mayoría de la población. La masa o las masas expresaban la igualdad social naciente y se convirtieron además en fundamento y origen del gobierno, emparentadas con la nación o el pueblo, a las que comenzaron a adscribirse una serie de rasgos. Esta invención a partir de una metáfora de la sociedad fue producto del pensamiento romántico, en boga en aquella época en Europa. La imaginación romántica permitió que las masas tuvieran ya en la primera mitad del siglo XIX una presencia social de la que con anterioridad habían carecido. Un protagonismo social al mismo tiempo conflictivo, ya que el lenguaje de las masas se utilizó para ofrecer y respaldar distintas opciones políticas.

A mediados del siglo XIX las masas constituyó una metáfora para designar a la vez a la mayoría de la población y a grupos de población en movimiento. El primer significado se vinculó a la naturaleza igualitaria y homogénea de la sociedad y a la soberanía, con referencia al número. Se hablará, entonces, de masas, pero también de

masas nacionales o españolas, masas populares, masas trabajadoras, etc. Todas ellas en minoría de edad, a semejanza del noble salvaje, que no podía asumir la responsabilidad de los asuntos públicos sin la existencia y dirección de un tutor. Décadas después se inventarán los términos de sociedad y cultura de masas para designar su protagonismo en el conjunto de la sociedad.

El segundo significado explicó la participación política de los diferentes grupos sociales a través de la movilización, bien agrupada en corrientes políticas e ideológicas –masas carlistas, masas progresistas, etc.–, bien la movilización colectiva, pública y conflictiva, en forma de rebeliones, manifestaciones, ataques contra bienes y personas, tasación popular del pan, concentraciones ante edificios públicos... Las masas movilizadas de esta manera fueron imaginadas inconscientes, furiosas, formando un mar embravecido o un bosque con las copas de los árboles azotadas por un huracán. El movimiento de las masas obedecía a una fuerza impulsada por el conjunto, diferente a la de sus integrantes individuales. Décadas más tarde, esa fuerza constituyó una psicología específica, denominada de las multitudes, convertida en disciplina universitaria.

Tanto el primero como el segundo significado de las masas incluyó la intervención de minorías inteligentes o selectas, necesarias para su existencia y dirección. La metáfora de las masas como mayoría de la población implicaba la intervención de hombres ilustrados a los que debía reservarse las decisiones y el ejercicio del gobierno. Aunque estos hombres recibieron varios nombres –como el de caudillo, en España–, el éxito más completo lo deparó el nombre de elite, merced a las interpretaciones de Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca, en torno a 1900. Elite fue un vocablo vinculado a unas circunstancias similares al de las masas, por utilizarse de manera muy habitual con absoluta ambigüedad. En el siglo XVIII hacía referencia a la mejor clase de una mercadería y a finales del siglo siguiente se transformó en una metáfora sobre los gobernantes y los poderosos, con un significado de unidad social por medio del poder exclusivo de la manipulación de las masas. En la imaginación romántica, las elites existían porque había masas, y las masas no podían concebirse sin la existencia de elites¹⁵¹.

El lenguaje de masas en movimiento entrañaba asimismo la presencia de conductores de masas, denominados en el transcurso del tiempo directores, jefes, agitadores, caudillos o líderes. Podían estar vinculados a las elites o no llegar a pertenecer a ellas. Podían ser individuos o, con posterioridad, también organizaciones –vanguardias– que encuadraban y dirigían a las masas. Como en el caso de las elites, no hubo masas sin conductores, y a ellos les impusieron juristas y ministros de la Gobernación todo el peso del código penal y las mayores críticas. Eran profesionales de

¹⁵¹ La ambigüedad del vocablo y su condición de manipuladoras de masas, en James Meisel (1975: 7 y 15). Este autor considera que existió también un espectro de la elite que se cernió sobre el siglo del hombre común.

la política, hombres con ambiciones propias, a menudo distintas de las preocupaciones de las masas. El concepto de política de masas no hizo referencia en pureza a las masas, sino a los conductores y elites, es decir, a las técnicas de manipulación política de las masas para lograr respaldo social con el que obtener poder.

Todas estas reflexiones conducen a una tercera característica de la imagen de las masas, como es su carácter político. Las masas son una historia del lenguaje político para interpretar la lucha por legitimar y deslegitimar distintas posiciones políticas. Resultó muy frecuente descalificar a los oponentes políticos por agitar o manipular a las masas, de la misma forma que se convirtió en habitual llamar la atención sobre el predominio de las masas sobre la minorías selectas, al destruir todo lo existente: la civilización. Los estudiosos de las masas calificaron estas dos imágenes como democrática y aristocrática, respectivamente, pero en este texto se han unificado en una sola, la aristocrática, la única perspectiva existente desde el principio hasta el final, centrada en la competencia entre dirigentes de distintas corrientes políticas. La imagen democrática se originó en los años treinta y cuarenta del siglo XX, al acuñarse el concepto de totalitarismo. En un enfoque de masas, el totalitarismo significaba la vulnerabilidad y la entrega de las masas al discurso y acción de elites desaprensivas y destructoras, inclinadas a la dominación total. Pero esa perspectiva de denuncia de la manipulación de las masas implicaba una imagen aristocrática de la sociedad, dividida en elites y masas. Ortega y Gasset fue mucho más contundente en esa visión, al acusar a las masas de destruir la cultura occidental y ser yermas en alternativas. En la época contemporánea hubo dos clases de posiciones aristocráticas: la que denunciaba la manipulación –halago se llamaba en el siglo XIX- de las masas por los rivales políticos, y la que concebía la población como masas y, por lo tanto, susceptibles de manipulación.

Las masas fueron, en definitiva, una imagen política de la sociedad que, de forma paradójica, hablaba mucho más de gobernantes y dirigentes que del “hombre común”, al situarse en el debate sobre la competencia política en la época de la democratización de los regímenes políticos iniciada en el siglo XIX. Los rivales políticos utilizaron siempre la metáfora de las masas para denunciarse por su comportamiento político dirigido a la búsqueda de respaldo social para sus propuestas. Las acusaciones leninistas a la socialdemocracia europea de “traición” a las masas tuvieron también el mismo significado.

La imaginación romántica entendió las masas como producto de la urbanización, es decir, la acumulación y concentración de la población en las ciudades. La población se hizo más visible en ellas, al coincidir además con las sedes del gobierno y cercana a los lugares donde las personas más influyentes tomaban las decisiones que afectaban a la población. Los problemas y conflictos derivados del crecimiento urbano se

interpretaron en el marco de la desaparición de la comunidad local tradicional, epicentro de las relaciones sociales de patronazgo prevalecientes hasta entonces. Se acusó a la nueva localización social urbana del desarraigo y aislamiento sociales, producida por la incomunicación de la aglomeración y la pérdida de las relaciones personales. Para ilustrar la desintegración social se idealizó la comunidad tradicional de manera romántica, se hizo hincapié en la importancia de los grupos sociales pequeños de proximidad física y la fuerte identificación derivada de su existencia orgánica. En su lugar, los románticos –y la sociología decimonónica de carácter romántico- imaginaron la sociedad atomizada, impersonal y egoísta¹⁵².

La diversidad y multiplicidad de redes sociales y asociaciones voluntarias que han agrupado a los individuos, fueran comunidades locales o redes familiares, de amistad, de lugar de trabajo, educativas, urbanas, políticas, de recreo, religiosas, culturales, etc., ha sido una constante en el mundo contemporáneo, de tal manera que ha sido difícil que las personas se encontraran aisladas como rasgo social permanente. La integración social es consustancial a las relaciones sociales y, por lo tanto, el conglomerado de individuos aislados que llamaron masas “o es falso, o pasará de ser un fenómeno parcial y transitorio”¹⁵³.

Junto con el proceso de urbanización, los románticos imaginaron también las masas producto de la igualdad y de la democracia, debido a la abolición de los privilegios estamentales y corporativos del Antiguo Régimen en diversos países europeos por medio de las revoluciones antiabsolutistas. El resultado de los procesos de cambio fue la nivelación jurídica de los individuos, pero no en el ámbito económico ni en el social. La propiedad se constituyó en un signo de distinción social, así como la ocupación en los oficios tradicionales respecto del trabajo no cualificado. Los títulos nobiliarios, los rangos militares, ser hombre, las profesiones liberales -como la abogacía y la medicina-, el clero, etc., representaban fuentes de desigualdad social de hecho, como los privilegios corporativos con anterioridad. La adquisición y extensión de los principales derechos políticos a todas las capas de la población se efectuaron de manera progresiva, lenta y reversible a lo largo de más de siglo y medio, por lo que durante ese tiempo la desigualdad política entre diversos grupos de la población fue manifiesta.

La imaginación romántica creó las masas como producto del miedo de los sectores más conservadores ante los procesos de democratización de la política, considerada una amenaza para sus creencias y posiciones. Abrigaron el temor, en concreto, a la repetición de revoluciones como la francesa, y del reinado de déspotas como Napoleón Bonaparte, también objetos de admiración en otros sectores sociales. La movilización colectiva, pública y conflictiva, en suma, compendió los principales

¹⁵² Daniel Bell en su artículo de 1956 “The Theory of Mass Society”, citado en Leon Bramson (1965: 41).

¹⁵³ Una visión comunitarista y de amplias oportunidades de socialibilidad, en Norbert Elías (1974), citado en Robert J. Holton (1978: 233). La falsedad, en Antonio Perpiñá Rodríguez (1960: 162).

temores sociales de los románticos y sus sucesores. Un siglo agitado por numerosas rebeliones con variados protagonistas hicieron tambalear tronos y altares, con demandas tan dispares como la obtención de derechos políticos, la unificación nacional, la formación de asambleas legislativas o la creación de talleres nacionales y autonomías municipales. Más cotidianos, y por ende rutinarios, fueron los enfrentamientos violentos de diferentes sectores de la población con las tropas del ejército y las recientes policías militarizadas, en protesta por el aumento o creación de nuevos impuestos, la escasez o encarecimiento del precio del pan, los abusos de las autoridades, las condiciones de trabajo, los privilegios eclesiásticos, la privatización de la propiedad de la tierra y el paro.

La movilización colectiva se concibió como una patología social –con metáforas de sífilis, alcoholismo, contagio, etc.-, conducida por mentes criminales, en la que sus participantes no tenían nexos comunes con los individuos libres y responsables en uso de sus capacidades racionales. Al contrario, eran las masas, un aglomerado de individuos que por impulso de sus instintos provocaban terremotos sociales de manera inconsciente y causaban la crisis contemporánea de la civilización que, por lo que se prolongaba, se cernía de manera perpetua sobre los europeos. Como resultado, las actualizaciones y las modificaciones a la historia de las masas durante el resto del siglo XIX y casi todo el siguiente se perfilaron en el contexto de -y como reacción a- los grandes episodios y ciclos de enfrentamiento y movilización: la revolución francesa; la comuna de París; el Primero de Mayo, la propaganda por el hecho, las huelgas y las manifestaciones, en las dos últimas décadas del siglo XIX; la movilización nacionalista, socialista y populista de entreguerras; la crisis política española tras la muerte del general Franco, etc.

Estos enfrentamientos se interpretaron con la imaginación romántica de la Psicología de las Multitudes y de la Rebelión de las Masas. La primera propuesta, elaborada en la última década del siglo XIX en Italia y Francia, provino de médicos y juristas con pretensiones de científicos apoyados en el miedo de sus contemporáneos, en las ocurrencias literarias de novelistas y en los prejuicios de los historiadores. Al margen de consideraciones corporativas, el trabajo de Gustave Le Bon no consiguió nunca el reconocimiento de la academia francesa ni de ningún otro país, debido a su escasa originalidad creativa y a su énfasis divulgador entre los dirigentes políticos. Además, como expresó con lucidez Eduardo Haro Teglen, “el secreto del libro de Le Bon fue que nadie se sentía partícula de la masa, cada uno consideraba víctima de la masificación a los otros”. Ya en los años treinta comenzaron a publicarse reflexiones críticas de las publicaciones de Le Bon, como fue el caso de George Lefebvre.

La propuesta de la Rebelión de las Masas procedió del filósofo Ortega y Gasset que, al parecer de Pío Baroja, no tuvo “mucho intuición de los hechos políticos”, al

interpretar el escritor vasco como una arbitrariedad que “La rebelión...”, fuera un producto de la crisis de su época. La de Ortega fue una perspectiva aristocrática genuina sobre la sociedad anclada en el miedo a la participación política de la mayoría de la población y su confusión acerca de cómo integrarse en ella. Otros intelectuales intentaron también dar el salto de la definición de la realidad, núcleo de su oficio, al de contribución para modificarla, casi todos sin éxito¹⁵⁴.

Ortega y Gasset puede ser considerado el último exponente de una interpretación de las masas incapaces de poseer o consumir una cultura, y el primero de los pensadores de la cultura de masas, porque ambas nociones se reúnen al plantear que las masas imponían la vulgaridad, sin principios ni conexión con la tradición. Aunque el leninismo concibió la existencia de una cultura de masas en la Unión Soviética, consistente en su aparición en los contenidos del arte y la amplia difusión de éste entre la mayoría de la población, el concepto más perdurable en Occidente de la cultura de masas procedió de la visión aristocrática de la Escuela de Frankfurt. Edward Shils consideró que la cultura de masas respondía a “un romanticismo disfrazado con el lenguaje de la sociología, el psicoanálisis y el existencialismo” de la Escuela¹⁵⁵. La crítica a una cultura considerada como mercancía, mediocre y vulgar, inmoral, sin tradición y manipulada por los medios de comunicación de masas, quizá resultó ser una crítica a los propios intelectuales por producir un arte deficiente o ampliar el mercado de sus creaciones. El aristocratismo de la cultura de masas imaginó que la cultura sólo podía florecer en sociedades jerárquicas, en las que los intelectuales laicos desempeñaban el mismo papel exclusivo ejercido por el clero hasta el siglo XVIII¹⁵⁶.

Junto con la degradación de los contenidos de la cultura, el otro gran argumento expuesto por la imaginación romántico-marxista de la cultura de masas, fue el de la manipulación. Desde la propuesta de T. W. Adorno y May Horkheimer, acerca de “la industria de la cultura” en 1944, prosiguieron los ensayos sobre la manipulación de la conciencia individual a cargo de los medios. Sin embargo, aparecieron también escritos e investigaciones que cuestionaban las afirmaciones gratuitas de la Escuela de Frankfurt “americanizada”, en esencia porque nunca se habían demostrado. Las proposiciones de la cultura de masas eran de carácter filosófico teñidas en algunos casos de sociología, sin la preocupación de ser respaldadas por investigaciones sobre la real influencia de los medios en las preferencias culturales de la población, su interés por la manipulación y los efectos de su actuación en la creación y cambio de la opinión. Ya en los años cuarenta se publicaron estudios en los EEUU sobre las decisiones de voto de los

¹⁵⁴ E. Haro Teglen, “En busca de las masas perdidas”, *Triunfo*, 27 de Febrero de 1971. G. Lefebvre, “Foules revolutionnaires”, de 1934, citado por Robert J. Holton (1978: 228). P. Baroja (1978 [1944]: 978).

¹⁵⁵ E. Shils en 1957, citado por L. Bramson (1965: 156-157).

¹⁵⁶ L. Bramson (1965: 159-160); E. Shils (1960).

ciudadanos, con un resultado más cercano a la influencia de los contactos personales de los votantes que a la de los periódicos y de la radio¹⁵⁷.

Como ocurrió con los adalides de las masas, los partidarios de situar la manipulación en la cumbre capitalista de las relaciones sociales pensaban que los manipulados eran siempre los otros. De la misma forma, las autoridades franquistas hablaban de masas, pero en España, afirmaban con orgullo, no eran ni aborregadas ni perversas; éstas eran las de fuera. No hubo ninguna aportación singular española a la imaginación romántica sobre las masas en los casi dos siglos de vigencia. Quizá la única reseñable fue la del término caudillo, consecuencia de la constante participación militar en la política. Tampoco puede afirmarse que hayan existido en España muchos críticos de estos lugares comunes tan influyentes descritos en este texto. El más relevante fue el sociólogo Salvador Giner, pero su tesis doctoral sobre la ideología de la sociedad masa no fue elaborada ni defendida en un universidad española.

El pensamiento crítico y creador -como señaló Giner- no es compatible con la ideología. Y las masas fueron pura imaginación romántica con nulo respaldo en la investigación a la que estamos acostumbrados.

Referencias bibliográficas

Abellán, José Luis (1984): *Historia Crítica del Pensamiento Español. 4. Liberalismo y Romanticismo (1808-1874)*. Madrid, Espasa Calpe.

Acton, Edward e Ismael Saz, eds. (2001): *La transición a la política de masas*. V Seminario Histórico Hispánico-Británico. Valencia, Universitat.

Alcalá Galiano, Antonio (1984): *Lecciones de Derecho Político*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales[1843].

Aller, Domingo Enrique (1886): *Las huelgas de los obreros*. Madrid, Tipografía de los Huérfanos.

Allport, Floyd H. (1924): *Social Psychology*. Boston, Houghton Mifflin

Altamira, Rafael (1956): *Los elementos de la civilización y del carácter de los españoles*. Buenos Aires, Losada.

Altamira, R. (1997): *Psicología del pueblo español*. Madrid, Biblioteca Nueva [1902, 1917].

Álvarez, Serafín (1987): *El Credo de una Religión Nueva* Madrid, Fundación Banco Exterior [1873].

Álvarez Junco, José (1971): *La Comuna en España*. Madrid, Siglo XXI.

¹⁵⁷ Los críticos de la cultura de masas, en las distintas colaboraciones reunidas en James Curran y otros (1981); también, Daniel Bell (1974). Las investigaciones sobre el voto, en L. Bramson (1965: 129).

- Andrés y Morera, Luis de (1927): *La defensa social contra la revolución. El somatén y sus similares en el extranjero*. Madrid, Imprenta Alpha.
- Arboleya Martínez, Maximiliano (1934): *La apostasía de las masas*. Barcelona, Miguel Salvatella Editor.
- Arboleya, M. (1946): *Técnica del apostolado popular ante la apostasía de las masas*. Barcelona, Eugenio Subirana.
- Arenal, Concepción (1881) *La instrucción del pueblo*. Madrid, Tipografía Guttenberg.
- Arenal, C. (1895): *La cuestión social*. Madrid, Librería Victoriano Suárez [1880].
- Arenal, C. (1897): *El pauperismo*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez [1885].
- Arenal, C. (1999): *La igualdad social y política y sus relaciones con la libertad*. Alicante, Universidad de Alicante [1893].
- Arendt, Hannah (1982): *Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo*. Madrid, Alianza Editorial [1951].
- Arias-Salgado, Gabriel (1956): *Textos de doctrina y política de la información*. Madrid, Secretaría General del Ministerio de Información.
- Ariaz Ruiz, Aníbal (1955): *Radiofonismo. Conceptos para una radiodifusión española*. Madrid, Servicio Nacional de Radiodifusión y Cine del Frente de Juventudes.
- Artola, Miguel, ed. (1974): *Partidos y programas políticos. 1808-1936. II*. Madrid, Aguilar.
- Aub, Max (1985): *La calle de Valverde*. Madrid, Cátedra [1961].
- Ayala, Francisco (1984): *Tratado de Sociología*. Madrid, Espasa-Calpe [1947].
- Ayguals de Izo, Wenceslao (1969): *La bruja de Madrid*. Barcelona, Taber [1850].
- Babiano, José (1995): *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*. Madrid, Siglo XXI.
- Balfour, Sebastian (1994): *La Dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el Área Metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim [1989].
- Ballesteros, Antonio (1913): *Cuestiones históricas (Edades antigua y media) (Metodología)*. Madrid, Librería de E. Dossat.
- Barea, Arturo (1958): *La forja de un rebelde*. Buenos Aires, Losada.
- Baroja, Pío (1978): *Desde la última vuelta del camino*. Madrid, Biblioteca Nueva [1944].
- Barrows, Susanna (1981): *Distorting Mirrors. Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France*. New Haven, Yale University Press.
- Battaner Arias, M^a Paz (1977): *Vocabulario político-social en España (1868-1873)*. Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española.

- Bayón Chacón, Gaspar (1954): “Difusión de la cultura y cultura social de las masas”, en VVAA: *La educación en una sociedad de masas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Bell, Daniel (1974): “Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales”, en VVAA: *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Bernaldo de Quirós, Constantino (1974): *El espartaquismo agrario andaluz*. Madrid, Ediciones Turner.
- Blanco Aguinaga, Carlos (1998): *Juventud del 98*. Madrid, Taurus [1970].
- Black, Cyril E. (1988): “La dinámica de la modernización: un repaso general”, en Robert Nisbet; Thomas S. Kuhn, Lynn White y otros: *Cambio social*. Madrid, Alianza Editorial [1972].
- Blasco Ibáñez, Vicente (1998): *La bodega*. Madrid, Cátedra [1905].
- Bonilla, Adolfo (1916): *El delito colectivo. Estoicismo y libertad. El derecho Internacional Positivo*. Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos.
- Boyer, John W. (1981): *Political Radicalism in Late Imperial Viena. Origins of the Christian Social Movement, 1848-1897*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Bramson, Leon (1965): *El contexto político de la sociología*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos [1961].
- Bretón de los Herreros, Manuel (1884): *Opúsculos en prosa*. Madrid, Imprenta Miguel Ginesta [1843].
- Brones, A (1933): *¡Conquistemos las masas!*. Madrid.
- Brugarola, Martín (1967): *Sociología y Teología de la técnica*. Madrid, Editorial Católica.
- Bullejos, José y Manuel Adame (s. f. 1931?): *¿Por qué los Soviets?* Madrid, Ed. Mundo Proletario.
- Burgos y Mazo, Manuel (1921): *Para otras páginas históricas. El verano de 1919 en Gobernación*. Cuenca, 2 vols.
- Cámara, Sixto (1970): “La cuestión social”, en *Socialismo Utópico español*. Selección de Antonio Elorza. Madrid, Alianza Editorial [1849].
- Canals y Vilaró, Salvador (1910): *Los sucesos de España en 1909. Crónica documentada*. Madrid, Imprenta Alemana, vol. segundo.
- Canetti, Elías (1985): *Masa y poder*. Barcelona, Muchnik Editores [1960].
- Carnero Rabat, Teresa, ed. (1992): *Modernización, desarrollo político y cambio social*. Madrid, Alianza Universidad.
- Castaño Colomer, José (1978): *La JOC en España (1946-1970)*. Salamanca. Ediciones Sígueme.
- Catalá, Marcelo (1968): *Curso breve de Sociología*. Madrid.

Caudet, Francisco (1993): *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años treinta*. Madrid, Ediciones de la Torre.

CCOO (1973): *Las luchas obreras en España*. Lausanne, Nouvelles Editions Populaires.

Christiansen, Arthur (2001): *Politics and Crowd-Morality: a study in the Philosophy of Politics*. Kitchener, Ont., Batoche.

Clarín (Leopoldo Alas) (1990): *La Regenta*. Madrid, Castalia [1884].

Costa, Joaquín (1898): *Colectivismo agrario en España*. Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales.

Costi y Erro, Cándido (1886): *Manual del agente de orden público*. Madrid, Imprenta de José M. Ducazcal.

Cruz, Rafael (1999): *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Curran, James, Michael Gurevitch y Janet Woollacott, eds. (1981): *Sociedad y comunicación de masas*. Mexico, FCE [1977].

Díaz Cardiel, Víctor, J. F. Pla, A. Tejero y E. Triana (1976): *Madrid en huelga. Enero 1976*. Madrid, Ayuso.

Díaz del Moral, Juan (1979): *Historia de las agitaciones andaluzas*. Madrid, Alianza Editorial.

Diccionario Enciclopédico Espasa (1978). Madrid, Espasa Calpe.

Díez del Corral, Luis (1974): *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*. Madrid, Alianza Editorial.

Domínguez, Javier (1985): *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo*. Bilbao, Mensajero.

Donoso Cortés, Juan (1984): *Lecciones de derecho político*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1836].

Duque, Aquilino (1984): *El suicidio de la modernidad. Una revisión crítica de la cultura contemporánea*. Barcelona, Bruguera.

Enciclopedia, La (2003). Madrid, Salvat Editores / El País.

Escrivá de Balaguer, José María (1939): *Camino*. Madrid, Ediciones Rialp, S.A.

Espronceda, José de (2002): *Sancho Saldaña o El Castellano de Cuellar*. Alicante, Universidad de Alicante [1834].

Fernández Cuesta, Raimundo (1939): *Discursos*. S.I. Ediciones F.E.

Fernández Cuesta, R. (1955): *Continuidad falangista al servicio de España*. Madrid, Ediciones del Movimiento.

Figuro, Javier (1981): *UCD: LA "EMPRESA" que creó Adolfo Suárez. Historia, sociología y familias del suarismo*. Barcelona, Grijalbo.

- Figuerola, Laureano (1991): “Una proposición de Mr. Vaillant, concejal del Ayuntamiento de París”, en *Escritos económicos*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales-Ministerio de Economía y Hacienda [1893].
- Fité, Vital (1989): *Las desdichas de la patria*. Madrid, Fundación Banco Exterior [1899].
- Foxá, Agustín de (2001): *Madrid, de corte a checa*. Barcelona, Bibliotex [1937].
- Fraga Iribarne, Manuel (1954): “La educación, fenómeno social”, en VVAA: *La educación en una sociedad de masas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Fraga Iribarne, M. (1962): *El nuevo anti-Maquiavelo*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Freud, Sigmund (1922): “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*, tomo 18. Buenos Aires, Amorrortu Editores [1921].
- Fueyo Álvarez, Jesús (1964): *Desarrollo político y orden constitucional*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Ganivet, Ángel (1990): *Idearium español*. Madrid, Espasa-Calpe [1897].
- García Arias, Luis (1962): *La guerra moderna y la organización internacional*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- García de Cortázar, Fernando (1990): “La cruz y el martillo. La resistencia obrera católica”, en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos, coords., *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED. Tomo II.
- García Jiménez, Jesús (1965): *Teoría de los contenidos de la Televisión*. Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Información y Turismo.
- García Mellid, Atilio (1954): “Moral de las masas y educación”, en VVAA: *La educación en una sociedad de masas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- García Oviedo, Carlos (1946): *Tratado Elemental de Derecho Social*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- García Santos, Juan Felipe (1980): *Léxico y política de la Segunda República*. Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Germani, Gino (1971): *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Piados [1962].
- Gil Maestre, Manuel (1897): *El anarquismo en España y el especial de Barcelona*. Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández.
- Giménez Valdivieso, Tomás (1989): *El atraso de España*. Madrid, Fundación Banco Exterior [1909].
- Giner, Salvador (1967): *Mass Society*. Londres, Martin Robertson.
- Giner, S. (1971): *La sociedad masa: ideología y conflicto social*. Madrid, Seminarios y Ediciones.

- Giner S. (1976): "Sociedad de masas", en *Diccionario de Ciencias Sociales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Giner, S. (1994): *Historia del pensamiento social*. Barcelona, Ariel Historia [1967].
- Gironella, José María (1989): *Un millón de muertos*. Barcelona, Editorial Planeta [1961].
- González, Ceferino (1895) *Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Oviedo, Universidad de Oviedo-Revista El Basilisco [1883].
- Guinea, José Luis (1977): *Los sindicatos en la Europa de hoy*. Madrid, Ibérico europea de ediciones.
- Halebsky, Sandor (1976): *Mass society and political conflict. Toward a reconstruction of theory*. Cambridge, CUP.
- Haro Teglen, Eduardo (1971): "En busca de las masas perdidas", *Triunfo*, 27 de febrero.
- Holton, Robert J. (1978): "The Crowd in History: Some Problems in theory and Method", *Social History*, vol. 3, 2.
- Hughes, H. Stuart (1972): *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*. Madrid, Aguilar [1958].
- Jiménez Blanco, José (1976): "Las masas", en *Diccionario de Ciencias Sociales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Jiménez de Asúa, Luis (1921): *Los delitos sociales y la reforma del Código Penal*. Madrid, Reus.
- Jover, Nicasio Camilo (2003): *Las amarguras de un rey*. Alicante, Universidad de Alicante [1856].
- Juliá, Santos (1997): *Los socialistas en la política española*. Madrid, Taurus.
- Kanzaki, Izumi (1994): "Vanguardia Obrera: un movimiento apostólico obrero durante el franquismo", en *Sociedad y Utopía, Revista de Ciencias Sociales*, 4, septiembre.
- Kornhauser, William (1959): *The Politics of Mass Society*. Nueva York, The Free Press.
- Lafuente, Modesto (1842): *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rin*. Madrid, Impr. de la calle del Sordo.
- Laín Entralgo, Pedro (1984): *La Espera y la Esperanza. Historia y teoría del esperar humano*. Madrid, Alianza Editorial [1957].
- Larra, Mariano José de (2000): "García de Castilla o el triunfo del amor filial". Tragedia en cinco actos y en verso. Barcelona, Crítica [1836].
- Le Bon, Gustave (1983): *Psicología de las masas*. Madrid, Ediciones Morata [1895].
- Lederer, Emil (1940): *States of Masses. The Threat of the classless Society*. W.W. Norton and Company.

- Legaz y Lacambra, Luis (1971): *Socialización. Administración. Desarrollo*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Lenin, Vladimir Ilich (s.f.): *Obras escogidas en tres tomos*. Moscú, Editorial Progreso [1960].
- León, Ricardo (1941): *Cristo en los infiernos*. Madrid, Victoriano Suárez.
- Llorens, Vicente (1979): *El romanticismo español*. Madrid, Fundación Juan March- Castalia.
- López, Joaquín María (1987): *Curso político-constitucional*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1840].
- López Lozano, Joaquín Carlos (1968): *Del siglo de los hombres al siglo de las masas* Contestación por... Don Alfonso de Cossío y Corral. Real Academia sevillana de Buenas Letras. Sevilla, Prensa Española.
- Luca de Tena, Torcuato (1956): *La prensa ante las masas*. Madrid, Ateneo.
- Madrid, Francisco (1932): *Ocho meses y un día en el Gobierno Civil de Barcelona (Confesiones y testimonios)*. Barcelona-Madrid
- Maik, Thomas A. (1994): *The Masses Magazine (1911-1917). Odyssey of an Era*. Nueva York, Garland Publishing.
- Man, Henri de (1954): *La era de las masas y el declinar de la civilización*. Buenos Aires, Freeland [1951].
- Mannheim, Karl (1987): *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México, FCE [1936].
- Marías, Julián (1993): *Historia de la Filosofía*. Madrid, Alianza Editorial [1941].
- Maristany, Luis (1973): *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*. Barcelona, Cuadernos Anagrama.
- Martín Vigil, José Luis (1968): *Los curas comunistas*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1975): “El Manifiesto Comunista”, en *Obras Escogidas*. Madrid, Akal [1848].
- Mayer, Arno (1986): *La Persistencia del Antiguo régimen*. Madrid, Alianza Editorial [1981].
- McPhail, Clark (1991): *The Myth. Of the Madding Crowd*. Nueva York, Aldine de Gruyter
- Meisel, James (1975): *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la Elite*. Buenos Aires, Amorroutu editores [1958].
- Méndez Alanís, Ramón (1913): *La policía. Estudio científico-jurídico de la función, órganos y elementos de acción de la policía de derecho o de seguridad*. Madrid, R. Velasco Impresor.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1946): *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, CSIC [1880 – 1881].
- Mesonero Romanos, Ramón (1994): *Memorias de un setentón*. Madrid, Castalia-Comunidad de Madrid [1880].

- Mesonero Romanos, R. (2003): “Escenas de 1838”, en *Escenas matritenses (segunda serie 1836-1842)*. Alicante, Universidad de Alicante [1838].
- Mesonero Romanos, R. (2003): “Escenas de 1842” *Escenas matritenses (segunda serie 1836-1842)*. Alicante, Universidad de Alicante [1842].
- Mills, Charles Wright (1956): *The Power Elite*. Oxford, Oxford University Press.
- Mola, Emilio (1940): *Lo que yo supe. Obras Completas*. Valladolid, Librería Santarén [1932].
- Molinero, Carme (2005): *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid, Cátedra.
- Molinero, C. y Pere Ysàs (1998): *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid, Siglo XXI.
- Montero, Feliciano (1990): “Los movimientos juveniles de Acción Católica: una plataforma de oposición al franquismo”, en Javier Tusell, A. Alted y A. Mateos, coords.: *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED. Tomo II.
- Mosca, Gaetano (1984): *La clase política*. México, FCE [1975] [1896].
- Moscovici, Serge (1985): *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de masas*. México, FCE [1981].
- Mosse, George L. (1987): *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*. Detroit, Wayne State University Press [1980].
- Mosse, G. L. (1997): *La cultura europea del siglo XX*. Barcelona, Ariel [1988].
- Mosse, G. L. (2005): *La Nacionalización de las Masas*. Madrid, Marcial Pons [1975].
- Muñoz, Blanca (2005): *Cultura y comunicación: introducción a las teorías contemporáneas*. Madrid, Fundamentos [1989].
- Muñoz Soro, Javier (2006): *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons.
- Nueva Enciclopedia Larousse* (1981). Barcelona, Editorial Planeta.
- Núñez-Samper, Arturo (1967): *Los conflictos colectivos de trabajo*. Madrid, Publicaciones del Sindicato Nacional del Seguro.
- Olavarría, Juan de (1988): *Memoria dirigida a S. M. sobre el medio de mejorar la condición física y moral del pueblo español*. Madrid, Fundación Banco Exterior [1833].
- Olea Pimentel, Álvaro (1912): *Ensayo de un estudio del delito colectivo. Tesis doctoral*. Valladolid, Tipografía y Casa editorial Cuesta.
- Orduña Rodríguez, Tomás (1881): *Manual de higiene privada*. Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez.
- Ortega y Gasset, José (1986): *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa Calpe [1929].

- Ortega y Gasset, J. (1993): *Personas, obras, cosas*. Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente [1904 – 1916].
- Organización Sindical Española (1966): *Sindicalismo 66*. Madrid, Ediciones y Publicaciones Populares.
- Organización Sindical Española (1969): *Sindicalismo 1967-1968*. Madrid, Ediciones y Publicaciones Populares.
- Organización Sindical. Delegación Provincial de Madrid. Escuela de Dirigentes Sindicales (1973): *Temas de dirigentismo*. Madrid.
- Ossorio y Gallardo, Ángel (1910): *Barcelona, julio 1909 (declaración de un testigo)*. Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas.
- Pacheco, Joaquín Francisco (1984): *Lecciones de derecho político*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1845].
- Pando y Valle, Jesús (1990): *Regeneración económica*. Madrid Fundación Banco Exterior [1896].
- Pareto, Vilfredo (1966): *Forma y equilibrio sociales*. Madrid, Revista de Occidente.
- Pareto, V. (1985): *La transformación de la democracia*. Madrid, Edersa [1921].
- Pareto, V. (1987): *Escritos Sociológicos*. Madrid, Alianza Editorial.
- Park, Robert E. (1972): *The Crowd and the Public and other essays*. Chicago. The University of Chicago Press.
- Parker, Geoffrey (1990): *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Barcelona, Crítica.
- Pastor Díaz, Nicomedes (1996): *Artículos*. Madrid-Barcelona, Fundación Cajamadrid-Editorial Anthropos [1841].
- Pastor Díaz, N. (1996): “Discurso sobre la devolución de los bienes al clero”, en *Discursos*. Madrid-Barcelona, Fundación Cajamadrid-Editorial Anthropos [1845].
- Pastor Díaz, Nicomedes (1996): *Los problemas del socialismo*. Madrid-Barcelona, Fundación Caja de Madrid, Editorial Anthropos [1848].
- Payne, Stanley (1995): *La primera democracia española. La Segunda República, 1931-1936*. Barcelona, Paidós.
- Payne, S. (2005): *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid, La Esfera de los libros.
- PCE (1937): *La necesidad imprescindible del PCE*. Valencia.
- Peiró, Joan (1975): *Escrits, 1917-1939*. Tria i introducció de Pere Gabriel. Barcelona, Edicions 62.
- Pereda, José María (1989): *Tipos y paisajes*. Santander, Ediciones Tantín [1871].

- Pereda, José María (1990): *El buey suelto*. Santander, Ediciones Tantín [1878].
- Pérez Galdós, Benito (2002): *Zumalacárregui*. Alicante, Universidad de Alicante [1898].
- Perpiñá Rodríguez, Antonio (1952): *¿Hacia una sociedad sin clases?* Madrid, Euramerica.
- Perpiñá Rodríguez, A. (1960): *Sociología general*. Madrid, CSIC.
- Pinillos, José Luis (1969): *La mente humana*. Madrid, Salvat-Alianza Editorial.
- Pirala, Antonio (1984) *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, I* Madrid, Turner [1868].
- Pita Carpenter, Tomás (1969): *El ateísmo de las masas. Un nuevo mito: ocio y eficacia*. Madrid, Afrodísio Aguado.
- Prat Gaballi, Pedro (1951): *Propaganda y opinión pública : la reeducación de las masas*. Barcelona, I. G. Barcino.
- Punset i Casals, Eduard (1982): *España. Sociedad cerrada, sociedad abierta*. Barcelona, Grijalbo.
- Ramírez Molina, Eulogio (1954): “El concepto de masa”, en VVAA: *La educación en una sociedad de masas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Rebollo Torío, Miguel Ángel, *Vocabulario político republicano y franquista, 1931-1971*. Valencia, Fernando Torres Editor, 1978.
- Reich, Wilhem (1972): *La psicología de masas del fascismo*. Madrid, Ayuso [1933].
- Ridruejo, Dionisio (1976): *Escrito en España*. Madrid, G. del Toro editor [1962].
- Romero, Emilio (1986): *Tragicomedia de España. (Unas Memorias sin contemplaciones)*. Barcelona, Berenguer, Ester, Planeta.
- Romero Alpuente, Juan (1989): “El grito de la razón al español invencible”, en *Escritos*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1786].
- Romero Alpuente, J. (1989): *Intervenciones en las Cortes Ordinarias*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1821].
- Romero Alpuente, J. (1989): *Discurso sobre el Ministerio actual*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1822].
- Romero Alpuente, Juan (1989): *Discurso sobre lo que con la muerte de Fernando VII sucederá a la España* [Escritos]. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales [1834].
- Rojo, Vicente (1988): *Elementos del arte de la guerra*. Madrid, Ministerio de Defensa [1947].
- Rosenberg, Bernard; Israel Gerver y F. William Howton (1964): *Mass Society in Crisis*. Nueva York, The MacMillan Company.
- Rubió y Bellvé, Mariano (1900): *La guerra moderna. Ojeada sobre sus principios fundamentales*. Barcelona, Sucesores de Manuel Soler.

- Sagra, Ramón de la (1970): “Lecciones de Economía social”, en *Socialismo Utópico español*. Selección de Antonio Elorza. Madrid, Alianza Editorial [1840].
- Sales y Ferré, Manuel (1910): *Problemas Sociales*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- Sales y Ferré, M. (1912): *Sociología General*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- San Miguel, Evaristo (1990): *Elementos del arte de la guerra*. Madrid, Ministerio de Defensa [1826].
- Sánchez Agesta, Luis (1959): *Lecciones de Derecho Político*. Granada, Librería Risto.
- Santamaría de Paredes, Vicente (1893): *El movimiento obrero contemporáneo*. Madrid, Ricardo Fe.
- Saz Campos, Ismael (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons.
- Sanz Orrio, Fermín (1944): *Estructura social de España*. Madrid.
- Sanz Orrio, F. (1948): *Los Sindicatos españoles*. Madrid.
- Selva, Enrique de la (2000): *Ernesto Giménez Caballero: entre la vanguardia y el fascismo*. Valencia, Pre-Textos.
- Sender, Ramón J. (1936): “El novelista y las masas”, *Leviatán*, mayo.
- Sighele, Scipio (1901): *La foule criminelle. Essai de psychologie collective*. Paris, Felix Alcan.
- Shils, Edward (1960): “Mass Society and Its Culture”, *Daedalus*, vol. 89, 2. [trad. en castellano, en Monte Avila Editores, 1974].
- Shils, Edward (1980): *The Calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Soldevilla, Fernando (1897-1927): *El Año Político*. Año I-XXXIV. Madrid, Imprenta de Enrique Fernández de Rojas.
- Stein, Maurice R. (1960): *The Eclipse of Community*. Princeton, Princeton University Press.
- Tamames, Ramón (1976): *¿A dónde vas España?* Barcelona, Planeta.
- Tapia Nogueira, Emilio (1914): *El delito colectivo. Sus causas y remedios*. Lugo, Tipografía de “El Norte de Galicia”.
- Tarde, Gabriel (1986): *La opinión y la multitud*. Madrid, Taurus [1901].
- Temprano, Emilio (1999): *Contra la demagogia : introducción al arte de manipular a las masas*. Madrid, Tecnos.
- Thomas de Carranza, Enrique (1954): “Métodos modernos de educación de masas”, en VVAA: *La educación en una sociedad de masas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Tierno Galván, Enrique (1976): *España y el socialismo*. Madrid, Tícar.

- Tocqueville, Alexis de (2005): *La democracia en América*. 2 vols. Madrid, Alianza Editorial [1835].
- Tovar, Antonio (1968): *La Universidad y la educación de las masas. Ensayo sobre el porvenir de España*. Barcelona, Ariel.
- Trotsky, Leon (1973): *Historia de la Revolución rusa*. 2 vols. Bilbao, Editorial Zero. Traducción directa del ruso de Andrés Nin. [1930, Argis, 1931-1932].
- Tse Tung, Mao (1974): *Obras Escogidas*. Madrid, Fundamentos. 2 Tomos.
- Tuttle, Howard N. (1996): *The Crowd is Untruth. The Existencial Critique of Mass Society in the Thought of Kierkegaard, Nietzsche, Heidegger, and Ortega y Gasset*. Nueva York, Peter Lang.
- Ugarte, Javier (1915): *El delito colectivo. Discusión en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos.
- Villamartín, Francisco (1989): *Nociones del arte militar*. Madrid, Ministerio de Defensa [1862].
- Weber, Eugen (1989): *Francia, fin de siglo*. Barcelona, editorial Debate [1986].
- Ysàs, Pere (2004): *Disidencia y Subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona, Crítica.
- Zavala, Iris M. (1988): “Las Letras, las artes, la vida cotidiana”, en La época del Romanticismo (1808-1874), en J. M. Jover Zamora, ed.: *Historia de España, de Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Zavala, Iris M (1972): *Románticos y socialistas*. Madrid, Siglo XXI.
- Zugasti y Sáenz, Julián (1983): *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* Córdoba, Ediciones Albolafia-Diputación Provincial de Córdoba [1876].